

DRAMATURGIA ARGENTINA



GLORIA BRAVAR

SUSANA LAGE

SOL BONELLI

GABRIELA ISABEL ROMÁN

ELCIDA MARINA VILLAGRA

MARÍA AGUSTINA MOLO ARABEHETY

BARBARA POSEORSKI

CRISTINA MERELLI

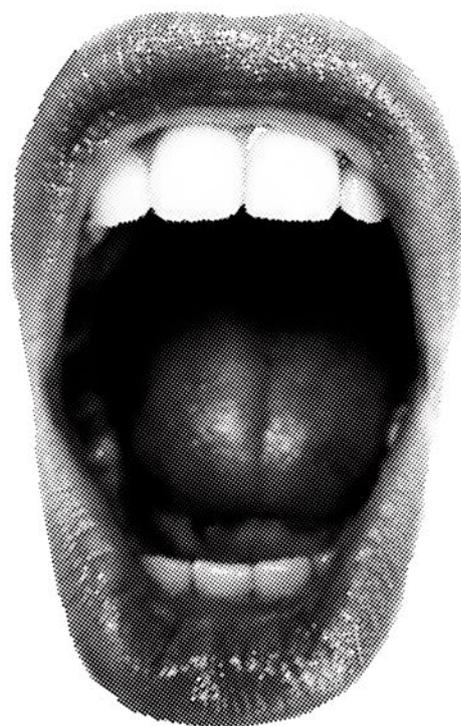
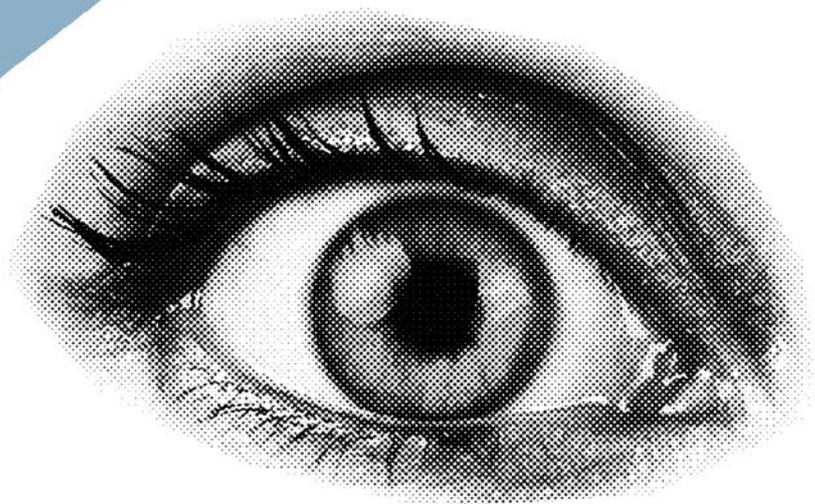
ANA LAURA PACE

ELEONORA MARISTANY

MÓNICA MAFFÍA

ANTOLOGÍA III

La Colectiva de Autoras



ANTOLOGÍA III

LA COLECTIVA DE AUTORAS

Esta antología fue realizada por la Comisión Editorial de La Colectiva de Autoras en colaboración con el CELCIT.

Presentación, prólogos, revisión editorial y gestión a cargo de:

Gilda Bona
Sol Bonelli
Analía Debernardi
María Paula del Olmo
Amancay Espíndola
Patricia Galotta
Judit Gutiérrez
Mónica Landolfi
Ana Laura Pace
Lucila Rubinstein
Lía Salas
Tatiana Sandoval
Sandra Silveyra
Marcela Fabiana Spighich

Agradecemos a todas las compañeras de La Colectiva de Autoras por el trabajo que realizan de manera constante para la visibilización de nuestra producción autoral y al CELCIT (Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral) por brindarnos este reconocido espacio de publicación.

Todos los derechos reservados.

Buenos Aires. 2022

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar. e-mail: correo@celcit.org.ar

ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)

Por La Colectiva de Autoras

[LA MUJER DE LAS PLUMAS EN EL SOMBRERO](#)

Gloria Bravar

[LAGARTIJAS](#)

Susana Lage

[NUEVA EN EL HORIZONTE DE UNA TIERRA](#)

Sol Bonelli

[07 \(EL REVÓLVER\)](#)

Gabriela Román

[CIELO ABIERTO](#)

Elcida Villagra

[LO ABSTRACTO DEL LAPACHO](#)

María Agustina Molo Arabehehy

[LA MUDANZA](#)

Barbara Posesorski

[MASCARONES DE PROA](#)

Cristina Merelli

[PERRITOS AFGANOS](#)

Ana Laura Pace

[LA MUERTE DIGNA](#)

Eleonora Maristany

[EN CARNE VIVA](#)

Mónica Maffía

COLECCIÓN ANTOLOGÍA DE AUTORAS ARGENTINAS

A continuación, presentamos el trabajo realizado entre el Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral (CELCIT) y la Colectiva de Autoras de Argentina.

En tiempos de cambio de paradigma en donde los movimientos de mujeres trabajan activamente para modificar la realidad a partir de nuevas formas de organización, desde *La Colectiva de Autoras* acercamos al CELCIT la propuesta de creación de una serie de antologías con el propósito de dar a conocer el amplio universo contemporáneo de producción dramática de mujeres argentinas.

La Colectiva de Autoras es una organización independiente de instituciones, partidos políticos y del Estado, autoconvocada con la finalidad de reflexionar y accionar sobre el desarrollo de nuestra tarea. El proyecto editorial se inicia luego de varias asambleas en las que se puso de manifiesto la desigualdad y falta de paridad históricas, aún existentes en las publicaciones de textos teatrales. Asumimos la tarea de edición, como un modo amoroso de aprender y darnos a conocer. Elegimos al CELCIT como plataforma de difusión por ser un centro de creación e investigación de gran prestigio, comprometido con la realidad del teatro latinoamericano desde hace 46 años.

Esperamos que este gesto compartido aliente a que las obras lleguen a nuevos escenarios e inspire a diferentes movimientos de dramaturgas de otras latitudes. Por ello, agradecemos al CELCIT la publicación de nuestros textos e invitamos a leerlos en la siguiente antología.

PRÓLOGO A LA ANTOLOGÍA III

Esta tercera antología reúne las voces y miradas de once dramaturgas que con sus trabajos enlazan un entramado poético y político en el que se vislumbran los paisajes que deciden habitar con sus textos. Desde singulares puntos de vista e indagando en diferentes imaginarios, las obras exploran temáticas que nos interpelan directa o indirectamente, porque no han sido abordadas desde lo políticamente correcto, sino desde el desafío a los límites de lo predeterminado, lo socialmente aceptado, lo naturalizado por la estructura patriarcal y el sistema capitalista.

Las relaciones que podemos establecer entre los textos que a continuación presentamos son múltiples y variadas, lo que nos permitiría presentar infinitas combinaciones de nuestras lecturas. Tomaremos solo una de esas opciones y la desarrollaremos, ya que seguramente las, les y los lectores sabrán leer entre líneas todas las demás.

Por la intertextualidad que aparece, implícita y explícita, trazamos una línea entre las obras: *La Mujer de las plumas en el sombrero*, *Mascarones de proa* y *En carne viva*.

En *La mujer de las plumas en el sombrero* de Gloria Bravar nos encontramos con una reversión de la obra *Edda Gabler* de Henrik Ibsen. “Es una nena extraña” dice uno de los personajes de la protagonista de la obra, dándonos a entender que desde niña Edda no hace más que defender sus diferencias. Enfrentada a su destino, la muerte aparece como la única liberación posible.

“Me atraviesan cientos de caminos. ¿Cuál es el correcto?” dice la posadera en *Mascarones de proa* de Cristina Merelli, obra en la que se construye un lenguaje poético propio que por momentos nos recuerda a Federico García Lorca. En ese clima se debaten la posadera y otra mujer que desea reconocer el amor y liberarlo antes que la sujete con sus cadenas.

La obra *En carne viva* de Mónica Maffía aborda el cuestionamiento a las reglas del mercado del arte, que bajo el sistema capitalista atentan contra la vida y la integridad de las personas. “(...) ¿quién quiere hacer los grandes clásicos que indagan sobre el destino, sobre la finalidad de la existencia, si los espectáculos están financiados por traficantes de venenos, de armas o de esclavos?”, nos dice el protagonista. La autora hace explícita la relación de este monólogo con contenidos y conceptos que encontramos en textos de Shakespeare, Ibsen, Edgar Allan Poe (entre otros) a los que se refiere expresamente y con los que dialoga.

Por la preponderancia del paisaje, que aparece como otro personaje más de la trama, relacionamos *Lagartijas* de Susana Lage con *Nueva en el horizonte de una tierra de Sol* de Sol Bonelli. En la primera una tierra árida y arrasada es regida por un tiempo de desesperanza que permanece siempre igual, eterno e inmutable como el Dios que invocan sus personajes: “Andá, Ignacio, dale, atajalo a tu Dios, dale, atajalo...”. En la segunda, la autora propone la refundación del mundo en medio del infierno provocado por el cambio climático, en una Buenos Aires futurista e inundada, en la que Ariana acciona, aún cuando eso implique navegar hacia un incierto vacío porque, como dice este personaje: “No existe cura que remedie lo que no está. Pero eso que no se nombra, existe igual.”

Si bien en todas las obras aparece el cuestionamiento a lo normalizado, a lo que se entiende por lo correcto, lo social y moralmente aceptado, este se despliega desde diferentes puntos de vista. Tanto en *Cielo abierto* de Elcida Villagra como en *La mudanza* de Barbara Posesorski, lo que se ponen de manifiesto son los mandatos intergeneracionales. “Me parece que no estás entendiendo nada cielo. Yo te voy a explicar (...)” le dice una madre a su hija en *La mudanza*. Podemos percibir entre líneas que la obligación de hacer felices a los demás aleja a los personajes de ese sentimiento, en lugar de propiciarlo. En *Cielo abierto* el silencio acerca de la elección sexual es una condena que cae cuando alguien habla y la otra persona acepta escuchar.

Estas obras, además, se conectan con *07 (El revólver)* de Gabriela Román, en la que dos jóvenes que desean triunfar compiten en un mundo cuyas reglas están pensadas para que ninguno de los dos gane y en el que la elección sexual se transforma en moneda de cambio. En *Lo abstracto del lapacho* de María Agustina Molo Arabehty, dos mujeres jóvenes viven una historia de amor con una mirada feminista, con sentido crítico, y atravesada por la idea del tiempo como un factor discontinuo, que le hace decir a Tina: “Pero el lapacho puede florecer en invierno o en primavera, a veces no

florece, a veces florecen pocos.”

En síntesis, se habla de una manera de vivir la propia sexualidad, del ocultamiento de la identidad sexual, de los tabúes vinculados a los mandatos sociales y familiares y del dinero, como factor determinante en las relaciones de poder.

Perritos afganos de Ana Laura Pace puede ser vinculada tanto con las obras que comentamos en el párrafo anterior como con *La muerte digna* de Eleonora Maristany. En *Perritos afganos* la autora despliega una divertida trama, en la que metafóricamente se traza un paralelismo entre la utilización de las hembras caninas como reproductoras y el rol binario que se otorga a las personas en las sociedades patriarcales. El dinero da poder y genera desigualdad, no solo de clase, sino también en las relaciones amorosas. “¡Pobre Penélope! Por ser tan pero tan reina, no tiene derecho al amor.”

En *La muerte digna* la relación de un padre moribundo con sus hijos es atravesada por la herencia, por la disputa del amor de una mujer y por la memoria del maltrato y de la opresión ejercida sobre las elecciones de vida de los hijos : “Y no me jodas Mauro. Los dos estamos en la misma. Esperando. Y mientras, comemos algo rico. ¿Está mal?”

En los textos escritos por mujeres encontramos un abanico de colores que se abre a la diversidad de temáticas y conflictos. Son puestos de manifiesto todos los sentimientos que nos atraviesan, pero sin la represión que se instala como característica de los personajes femeninos en los textos en los cuales prima una mirada patriarcal. En esta antología los personajes son mujeres fuertes y decididas que exponen, incluso, sus propias contradicciones, son mujeres trans, son hombres reprimidos y frustrados en la realización de sus deseos por los designios despóticos de un patriarca. Se enfrentan temas como la explotación de los animales para la obtención de ganancias mezquinas, la utilización de recursos nocivos para la salud con el solo objetivo de incrementar las ganancias y, cuando del amor se trata, las autoras buscan trascender la clásica sublimación romántica, en la que un personaje (generalmente masculino), es “salvado” o “rescatado” por otro (generalmente femenino).

Esperamos que disfruten de la lectura tanto como nosotras y que, en un futuro cercano, podamos ver estos textos hechos cuerpo en un escenario.

Diciembre, 2021

Comisión Editorial

Colectiva de Autoras de Argentina

LA MUJER DE LAS PLUMAS EN EL SOMBREIRO

VERSIÓN LIBRE DE “HEDDA GABLER” DE HENRIK IBSEN

Gloria Bravar (Buenos Aires)
gloribravar@gmail.com

PERSONAJES

EDDA GABLER

JORGE TESMAN, su marido, profesor de historia del arte

TEA RÍOS DE MÉNDEZ, amiga del pasado de ambos

EIDER LOBOS, amigo del pasado de Tesman

EL JUEZ BRACK, amigo y asesor de la pareja

HAYDEE, mujer mayor, empleada en la casa de la pareja

SONIA, joven niñera en la infancia de Edda

Chacra del general Gabler. Fin de los años 40’.

Medianoche, habitación de la niñera. Sentada frente a un pequeño escritorio junto a una puerta ventana que da al parque, SONIA, lee al retrato de su madre la carta que termina de escribirle y habla con ella como si ella estuviera presente.

SONIA. Mamá... no sé si voy a durar mucho en este trabajo, me la paso metiendo la pata. En la chacra del general Gabler parece que estuvieran en un país donde las mujeres todavía no votan, pero igual no me puedo quejar, esta habitación es muy cómoda, tiene una puerta ventana que da al parque y en mi día libre puedo ir al cine en el centro. Hay un día de damas gratis, ¡pero una lástima! como cae en miércoles no lo puedo aprovechar. Lo difícil es esta nena. En un momento nos tiraniza a todos y cuando ya quisiera matarla aparece la huerfanita. Sirvientas, jardineros y hasta la misma gobernanta viven atentos a sus caprichos. Usa de entrecasa un tapadito de zorro, ¿puede creer...? Días pasados le enseñaba la revolución francesa y de repente dije sin querer: Libertad, igualdad y fraternidad, ¡también! para todas las mujeres del mundo. Voy a terminar de patitas en la calle. ¡Ojalá no le cuente al padre! ¡Es tan buen mozo! Alto, ojos celestes, mirada fría, eso sí. ¡Qué vergüenza de niñera que soy yo, ¿no...?! Hace unos días la encontré con la mirada perdida y cuando me miró fue como si no me reconociera. El tapadito estaba tirado en el piso hecho un revoltijo. Me dio pena. No tiene una tía, una abuela... es muy triste verla deambulando por estos cuartos tan elegantes.

Bueno, no pude reprenderla, levanté el tapadito y dije lo primero que se me ocurrió: “Estuve leyendo unos cuentos de la mitología noruega, hay unos personajes muy extraños, las huldras” ¡Tuvo una reacción! “No, huldras, no, ¡huldres!” me contestó. Sí, claro, le dije, aparecen de las dos maneras, huldras o huldres. “¿La señorita Sonia anduvo metiendo mano en nuestra biblioteca?” Me dijo así, ¡con tanta altanería! y de un tirón me arrancó el tapadito de la mano. “No sé a qué te referís -le contesté tragándome las lágrimas-, lo que yo hice fue investigar para tus lecciones” Cuando ya estaba por advertirle que cuidara su manera de dirigirse a mí, ¡de la nada apareció la huerfanita!: “Contame el cuento de las huldras, Sonia, o huldres, no me importa cómo se llamen... nunca, nadie, me contó cuentos como vos...”. Ahora sólo me pide cuentos de huldras y yo no quiero contarlos más. Los cuentos de hadas ya me tienen podrida. Me cansaron. Quiero contar historias de mujeres reales. No quiero enseñar que hay sólo dos caminos que se excluyen. Ser buena o mala, inteligente o estúpida, esposa fiel o amante repudiada. Pero me doy contra un muro, de esas mujeres, mi pupila, no quiere saber nada. Y es tan incierto ese otro camino, ¡tan escurridizo...!

(Mira el retrato y lo toca con la punta de los dedos.) Mi estrella del norte... *(Se levanta y durante un tiempo muy breve se queda pensativa mirando el parque a través de la puerta ventana.)*

Una huldra puede ser una señora de pollera larga que vende huevos y leche o una diablesa desfachatada. La diablesa anda desnuda por el bosque sólo cubierta por una tela vaporosa. ¡Para mí mucho mejor diablesa que vendedora de huevos, eh! En algunos cuentos, la huldra hechiza a un hombre, lo trata como a un descarte, le exige regalos costosísimos y después lo abandona dejándolo en la miseria. La vendedora de huevos, no, ella lo perdona todo, destrato, brutalidad, asquerosidades, y después anda como embobada vendiendo los productos de granja. No, mami, no, en esos cuentos no hay solución: O diablesas o taradas. En las láminas de los libros, a la vendedora de huevos se le asoma una cola de vaca por debajo del vestido, y a las diablesas, les sale una cola de zorro en medio de las nalgas como a la altura del huesito dulce o en la espalda como corteza de árbol. Son siempre mujeres muy bellas... pero con algo que no es humano... ¡Es para reírse! ¡Las dos estamos presas! ¡Ella de una fantasía lunática y yo de un cuento que no quiero contar...!

(Pone la carta en el sobre, lo cierra, lo deja sobre el escritorio y luego se saca los zapatos.) Tienen orgullo, no les importa ser comprendidas... Si ocultan la cola de zorra es sólo para que no las persigan. *(Se levanta de golpe.)* ¡Tengo que dormir, mañana me levanto temprano...! Mamá, si puede, hágame llegar encomienda de nuestra yerba, la de acá tiene gusto amargo... Sonia...

Veinte años más tarde. Casa de JORGE TESMAN.

ACTO 1

Amplia sala de estar. Igual que veinte años atrás en la habitación de la niñera, en la presente sala, a izquierda, hay una puerta ventana que da a un parque y junto a ésta un pequeño escritorio. Luego, adelante, un sofá y una mesa ratona, atrás, una mesa con sillas, a derecha, una estufa, un pequeño sillón, alguna silla, y un tanto retirado y separado por cortinados, el ambiente privado de EDDA.

Escena 1

Horas de la mañana. Muchas flores distribuidas por la sala y algunas sobre la mesa para ponerlas en agua. HAYDEE, ordena la sala, descorre el cortinado, luego mira los ramos de flores y lee las tarjetitas.

HAYDEE. *(Leyendo.)* “Asociación de Profesores de Historia...” “Escuela de Artes y Oficios...” “Bienvenido Profesor Tesman y señora.” Señora, sí, ¡cualquier día! Ni muñecas ni cocinitas, venir a su casa de recién casada con las pistolas del padre, ¡madre del cielo! ¡qué coraje! ¡no me lo puedo explicar! Con tantas chicas lindas y buenas, ¡venir justo a casarse con una que mea de parado...!

Entra JORGE TESMAN con una caja muy bien envuelta.

TESMAN. Buen día...

HAYDEE. ¡Ya no hay dónde poner tantas flores, eh...! Parece que a alguien lo extrañaron mucho. Una luna de miel demasiado larga, ¡seis meses! ¡Demasiados para su tía Julia...! ¡y para mí...!

TESMAN. *(Entregándole la caja.)* Tu regalo, espero te guste...

HAYDEE. ¡Claro que me va a gustar! *(Desenvuelve el regalo.)* ¡Un cofre...!

TESMAN. Sí, de madera de cedro...

TESMAN se sienta y HAYDEE deja regalo y envoltorio sobre la mesa y comienza a poner las flores en agua.

HAYDEE. Voy a ver si la señora necesita algo.

TESMAN. No hace falta, pidió que no la llamen. *(Pausita.)* ¡Qué noche la de ayer! Por suerte el Juez Brack se ofreció a llevar a tía Julia a su casa, ¡la pobre, se sostenía el sombrero con las dos manos, soplaban el viento a más no poder!

HAYDEE. Su tía Julia lo adora...

TESMAN. Como decimos siempre, mi tía Julia, padre y madre para mí. ¿Haydee...? Me pare-

ce que te podrías tomar un descanso...

HAYDEE. No sé, ahora la señora de la casa no es su tía Julia sino su mujer, ¡Edda Gabler! Tengo que demostrarle que todavía sirvo.

TESMAN. ¡Faltaría más!

HAYDEE. Es que no sé si podré conformarla. ¿Se acuerda cuando pasaba cabalgando con su padre...? Vestido negro hasta los tobillos y sombrero de plumas en la cabeza. ¡Con tantos pretendientes que tuvo, y aquí está, casada con nuestro Jorge Tesman! Nunca se me ocurrió que usted podría casarse con una chica así.

TESMAN. ¡Ni a mí se me ocurrió! ¡Mis amigos andarán muertos de envidia!

HAYDEE. Y con esa luna de miel de seis meses, ¡más envidia todavía!

TESMAN. Pero también fue viaje de estudio y de compromisos profesionales, eh. Todos esos archivos que tuve que visitar, todos esos libros que tuve que leer...

HAYDEE. Sí, sí, archivos se llaman ahora, seis meses que anduvieron bien solitos, su tía Julia se muere por saber si habrá posibilidades...

TESMAN. ¡Muchas posibilidades! El decano me dijo que están pensando en mí para darme un nombramiento como titular de cátedra.

HAYDEE. ¡Titular de cátedra! Su tía Julia está pensando si tiene alguna novedad especial.

TESMAN. ¡Pero si yo a mi tía le conté todo!

HAYDEE. *(Que se Ilusiona con la posibilidad de un niño en la casa.)* ¿Es que sí entonces...?

TESMAN. ¡Pero si le conté! ¡Durante el viaje me dieron el doctorado a través de la embajada!

HAYDEE. ¡Más libros para limpiar...! *(Cambio. Mira la sala.)* ¿Te parece que te vas a sentir cómodo en esta casa...? Yo todavía no me puedo hallar... ¿Te gusta...?

TESMAN. ¿Cómo no me va a gustar? Nunca pensé que yo iba a tener una casa como esta. ¡Y eso también se lo debo a mi tía Julia...!

Entra EDDA GABLER.

HAYDEE. ¡Señora...!

EDDA. ¿Me perdí de algo? ¿Molesto? ¿Qué es este olor? ¿Esta suciedad? ¿Acaso piensan hacer un gallinero de la sala...?

TESMAN. ¿Eh...? ¿Qué pasa...?

HAYDEE. *(Da un paso hacia EDDA con las flores en las manos.)* Señora, ¿necesita algo? ¿Durmió bien? Estaba por llevarle el desayuno, pero Jorge, el señor...

EDDA. No, desayuno ya dije que no. ¿Quién abrió el cortinado de mi habitación? Ni gobernanta tenemos, ¡tuvo que ser usted! ¡No quiero este mar de sol en mi habitación! ¡No me gusta!

TESMAN. *(Levantándose.)* ¡Cierro ya mismo!

EDDA. No, para eso está el personal, ¿para qué sino?

A HAYDEE se le caen las flores de las manos.

EDDA. *(Que se sienta en el sillón y se masajea las sienes.)* No soporto el olor a flores. Me da jaqueca.

HAYDEE. Discúlpeme, señora, recién estoy conociendo sus gustos, ¿quiere una taza de té...?

EDDA. Sí, un té... Gracias...

HAYDEE. Como usted diga, señora... *(Sale HAYDEE.)*

TESMAN. Edda, no sé... ¿querés tomar... comer algo...?

EDDA. ¡Ya dije que no! ¡Vos querés que yo engorde, pero no te voy a dar ese gusto!

TESMAN. *(Saliendo, sin saber dónde ponerse.)* No, no, tranquila, está bien... ¿Haydee...?

Escena 2

Detrás de la puerta ventana, como una brisa moviendo una liviana cortina, aparece SONIA, tal como en los años 40'.

EDDA *(Se levanta, camina, mira la sala.)* Olor a lavanda y flores marchitas. No para mí... *(Desencajada, se mira el vientre y se estira con los brazos hacia arriba tomando distancia de su centro.)* No para mí...

SONIA. Hay pollitos negros y amarillos, todavía son bebés... no se sabe cuáles son los machos... y cuáles las hembritas...

EDDA. Deformación ridícula. *(Patea las flores caídas.)* No para mí...

SONIA. *(Que señala con el dedo índice el vientre de EDDA.)* Sobre todo están los pollitos, que te dan picotazos en el oído... sobre todo... *(Se retira.)*

Escena 3

EDDA va a la puerta ventana, mira el parque y luego entra TESMAN.

EDDA. ¡No te escuché entrar...!

TESMAN. ¿Qué hacés...?

EDDA. Miro las hojas caídas... las rosas deshojándose... ¿Llamaron al jardinero...?

TESMAN. A mí me gusta el color del otoño, rojos, ocre, algunas hojas hasta parecen doradas según como les da el sol...

EDDA. Cosas de libros. Se ve marchito, no tiene ninguna gracia. Lo mejor es hacer una buena poda...

TESMAN. ¿Te indispusiste...?

EDDA. Shhh, ¡son cosas mías!

TESMAN. Pronto va a estar todo bien, ¿no es cierto, Edda...?

EDDA. Sí, de a poco voy a ir acostumbrándome...

TESMAN intenta tomarla por la cintura y EDDA lo rechaza.

TESMAN. ¿Ponemos algo de música? ¡No! ¡Mejor la radio! Necesito oír las noticias, ¡con todo lo que está pasando quiero saber dónde estoy parado!

EDDA. *(Que deambula por ahí.)* Te presto mí combinado, poné lo que quieras.

TESMAN. ¡Ah, pero qué generosa la señora!

EDDA. *(Señalando las flores sobre la mesa.)* ¿Quién pudo haber mandado unas flores tan vulgares?

TESMAN. Vulgares, no, simples... *(Lee la tarjetita.)* “Vuelvo más tarde. Señora Tea De Méndez...”

EDDA. ¿Quién es?

TESMAN. Méndez es un diputado que salió de acá, ahora está en un pueblo del sur. Si es la Tea que yo pienso, la conocés, fue compañera tuya en el liceo: Tea Ríos.

EDDA. ¡La becada! Ahora se hace la misteriosa. ¿Tesman...? ¡Te veo al galope! ¡Fue tu novia!

TESMAN. No, mi novia no... nos encontramos algunas veces...

EDDA. Tea Ríos y su pelo enmarañado, ¡pretendía que la admiraran por ese nido de caranchos! ¿Y ese amigo tuyo, Eider Lobos? ¿No terminó también yéndose al sur...? *(Suena el timbre.)*

TESMAN. Creo que sí... *(Entra HAYDEE.)*

HAYDEE. En la puerta está la muchacha que trajo esas flores cuando ustedes dormían, dice que necesita verlo, que es urgente.

EDDA. Hágala pasar... *(Sale HAYDEE.)* Una mosquita muerta tu novia, ¡dudo que haya conseguido peinarse!

TESMAN. ¡Cómo te entusiasmate, gordita! ¿Vas a jugar al gato y al ratón con tu amiga Tea...?

Entra TEA. Vestimenta medio hippie, cabellos enrulados y exuberantes. No puede estar quieta ni ocultar lo que siente.

EDDA. Buenos días, un placer volver a verla.

TEA. Sí, hace muchos años que dejamos de vemos...

TESMAN. Igual que nosotros, eh, ¿desde cuándo está acá?

TEA. Desde ayer al mediodía, ¡casi me muero cuando me dijeron que todavía estaban viajando!

EDDA. ¿Y eso por qué? ¿Pasó algo malo donde usted vive?

TEA. Pasó algo muy malo, no tenía a quién recurrir.

EDDA. Venga, sentémonos en el sofá.

TEA. No, no puedo quedarme quieta.

EDDA. ¡Claro que puede!

EDDA ignora el comentario de TEA, la lleva al sillón y se sienta a su lado.

TESMAN. ¿Qué pasó? ¿Algo con su marido?

TEA. No...

EDDA. Hable claro.

TESMAN. Por favor...

TEA. Es por Eider. Eider Lobos. Él también volvió del sur. Está en una pensión por esta zona. Hace más de una semana que está solo y me tiene muy preocupada. Acá están sus amigos de antes, ¡es tanta la mala compañía que puede encontrar!

EDDA. Discúlpeme, señora, ¿pero eso a usted qué le importa?

TEA. Fue profesor de nuestros hijos.

EDDA. ¿De sus hijos?

TEA. De los de mi marido.

TESMAN. No sé cómo decirlo, ¿Eider pudo llevar una vida normal? ¿Pudo dar clases, cumplir con horarios, obligaciones...?

TEA. Claro que pudo, en los últimos dos años no hubo nada que reprocharle, pero acá... ¡Me da miedo que tire tanto esfuerzo a la basura!

TESMAN. ¿Y por qué no se quedó en el sur, con usted, su marido?

TEA. No lo sé... El éxito del libro fue como una trampa, me parece que se mareó. Le hacían notas, lo llamaban para presentaciones en toda la provincia y cuando lo lanzaron acá, ¡fue tanto el reconocimiento! ¡Tan notable!

TESMAN. Un reconocimiento notable, ¿escuchaste Edda?

EDDA. Estoy escuchando. Tu amigo tuvo un éxito notable

TEA. Empezó a estar nervioso, como si el manuscrito le quemara entre las manos...

TESMAN. ¿El manuscrito...?

TEA. Ah, perdón, no estás al tanto...

TESMAN. ¿Hay otro libro...?

TEA. Sí. Este segundo libro lo escribió allá durante los últimos dos años. Conmigo. Mismo tema que el primero, pero mucho mejor, sobre los cambios culturales, la nueva era, los nuevos paradigmas. En la editorial le dijeron que estaban muy interesados en verlo y que no dudaban que sería otro éxito.

TESMAN. ¿Escuchaste Edda?

EDDA. Sí.

TEA. No sé qué pasó. ¡Fue imposible seguir con la vida que teníamos!

EDDA. ¿Y usted ya se encontró con él?

TEA. No, no me llamó, me costó un triunfo conseguir su dirección, pero ya la tengo, queda cerca de acá... (A TESMAN.) Seguro que querrá verte, fueron tan amigos y tienen tantos intereses en común...

TESMAN. ¡Eso fue hace mucho...!

TEA. Los amigos de la adolescencia siempre son los mejores amigos... Me promete, señor Tesman, que me va a ayudar a cuidarlo...

TESMAN. Sí, señora Ríos...

EDDA. Señora De Méndez...

TEA. Muchas gracias. Mi marido, yo, los chicos, todos lo apreciamos mucho.

EDDA. Deberías escribirle Tesman, si está tan alterado, puede ser que no te busque.

TESMAN. ¿Tiene su dirección?

TEA. Sí. (Saca un papelito del bolso.) Es ésta, no me di cuenta de pedir el teléfono...

TESMAN. Ahora mismo le escribo.

EDDA. Tesman, que sea una carta amable y cariñosa... Y larga... (Sale JORGE TESMAN.)

Escena 4

TEA (Se levanta e inicia la salida.) Muy amable. Gracias.

EDDA. De ninguna manera, ahora podemos hablar en confianza entre mujeres.

TEA. ¿En confianza? No tengo más nada que decir, absolutamente nada.

EDDA pone una mano en el hombro de TEA con intención de obligarla a sentarse. TEA la esquiva.

EDDA. Claro que hay, si yo la entiendo perfectamente.

TEA. ¿Usted? No señora, ya mismo me tengo que ir.

EDDA. No puede estar tan apurada.

TEA. Se equivoca. Y no vine a esta casa para hablar de mí.

EDDA. (Con dulzura.) ¿Ni siquiera conmigo? Si fuimos al mismo colegio...

TEA. Pero usted estaba dos años adelantada, ¡Y yo le tenía un miedo atroz!

EDDA. (Entre simpáticas risitas.) ¿Me tenía miedo? ¿Pero por qué...?

TEA. Porque cada vez que nos cruzábamos en las escaleras me decía cosas horribles, me arrinconaba, me tiraba del pelo, y como a usted la dejaban hacer lo que se le daba la gana,

nadie me la sacaba de encima.

EDDA. Pero eso es una zoncera.

TEA. Para mí no fue ninguna zoncera, me dijo que, si seguía presumiendo con mi pelo, me lo iba a quemar.

EDDA. Cosas de chicas para divertirse.

TEA. Ninguna diversión. (*Se retira y vuelve.*) Y no fue solo lo del pelo. Usted decía que a mí no me correspondía estar en ese liceo. Que mi lugar era en uno de esos colegios del bajo, donde las chicas no aprenden francés sino dactilografía y corte y confección. Afortunadamente, después cada una a su mundo como tenía que ser. Buenos días.

EDDA. Pero Tea, espere, si nos alejamos nos volveremos a acercar. ¡Y vamos a empezar por tutearnos! Dejemos de decir señora de acá y de allá y empecemos a llamarnos por nuestros nombres como cuando éramos chicas.

TEA. Eso nunca pasó, usted está completamente equivocada.

EDDA. Si me equivoco lo vamos a cambiar y vamos a recuperar la confianza si es que se había perdido... (*EDDA se acerca a TEA y le da un beso en la mejilla.*) Desde ahora me vas a tutear y me vas a llamar simplemente Edda...

TEA. (*Conmovida, le toma la mano.*) ¡Cuánta dulzura! ¡No estoy acostumbrada a que me traten así!

EDDA. Pobre Tea, ¿no estás acostumbrada a qué te traten bien ni siquiera en tu casa?

TEA. Uh, ¡ojalá tuviera una casa...! Pero no, nunca la tuve.

EDDA. Me imaginaba, ¿llegaste a la casa de Méndez como gobernanta?

TEA. En realidad, fui como niñera, pero después me tuve que ocupar de todo porque la mujer de Méndez estaba siempre enferma en la cama.

EDDA. Y después te casaste con él.

TEA. (*Dejándose caer en el sillón.*) Sí... Me creí que había cambiado mi suerte. ¡Ya hace más de seis años...!

EDDA. (*Sentándose al lado de TEA.*) ¿Y Eider Lobos también?

TEA. Eider, los últimos tres, nos hicimos muy amigos, yo lo ayudaba con el libro y conversábamos sobre todo lo que se le pueda ocurrir... No me sale tutearte... Lo que se "te" pueda ocurrir... Nos acompañábamos mucho, teníamos largas conversaciones sobre cómo lidiar con nuestras vidas, ¡y como mi marido se la pasa viajando por la política...!

EDDA. ¿Pero tu marido es un hombre bueno? ¿Te trata bien?

TEA. Él se cree que hace todo bien.

EDDA. Seguro que te debe querer a su manera.

TEA. No, no me quiere, yo le soy útil. Méndez se quiere a sí mismo y un poco a los hijos puede ser.

EDDA. Es que es un hombre muy viejo, ¡te lleva muchos años!

TEA. Sí, ¡también eso...! Realmente yo fui una chica demasiado tonta... (*EDDA se levanta y se sienta en el otro sillón.*) Cuando Méndez está en la casa encuentro siempre algún motivo para no acostarme, doblo ropa, barro, pongo cebos para las cucarachas, miro si las ventanas están bien cerradas o bien abiertas. Todo da igual...

EDDA. A Lobos seguro que lo quiere porque si te mandó a la capital para buscarlo...

TEA. Bueno... Va a ser mejor que lo diga de una vez por todas, total pronto se va a saber, Méndez no sabe que yo estoy acá.

EDDA. (*Verdaderamente sorprendida.*) ¿Tu marido no lo sabe?

TEA. No, ni siquiera estaba en la casa cuando decidí venir, sentí que ya no había motivos para aguantar y me mataba la inquietud.

EDDA. No puedo entender cómo te atreviste.

TEA. (*Encogiéndose de hombros.*) Es que ya no podía hacer otra cosa. Dejé a los chicos al cuidado de una tía, junté algo de ropa, cerré la puerta, tomé el tren, y me vine a la capital. Sin Eider, esa casa no significaba nada para mí.

EDDA. ¿Y qué le vas a decir a tu marido cuando vuelvas?

TEA. ¡No pienso volver!

EDDA. Pero la gente, ¿qué va a decir? ¿Cómo vas a aguantar que te señalen, las habladoras? ¿De qué vas a vivir...?

TEA. Que digan lo que quieran, ¡yo hice lo que tenía que hacer! No tengo idea de qué voy a vivir, pero sé que yo quiero vivir donde se encuentre Eider.

Entra HAYDEE con las cosas del té, las pone sobre la mesa, y a poco de retirarse, se queda observándolas sin ser vista.

EDDA. (*Sirviendo el té.*) ¿Y entonces TEA...? ¿Por qué no tuviste tus propios hijos...?

TEA. Una mezcla, no quise y no pude... pero en realidad dejé que mi marido decidiera por mí... (*EDDA se levanta y empieza a deambular.*) Quedé embarazada una vez y Méndez me lo hizo sacar...

EDDA. Ah, sí, una de esas intervenciones...

TEA. ¡Intervenciones! Estaba vestido para jugar al fútbol, ni guantes ni delantal de médico. Méndez decidió que no era buen momento porque ya había empezado la campaña para intendente. ¡De verdad que yo fui una chica muy tonta!

EDDA. ¿Por qué...?

TEA. No sé qué clase de madre hubiera sido, no sé si quería un hijo de verdad o solamente panza de embarazada, pero me hubiera gustado preguntármelo... O haber sido más valiente y haberlo tenido, aunque nadie me ayudara... Dicen que con un hijo una nunca se siente sola...

Sale HAYDEE, secándose lágrimas viejas, y abrazando la bandeja vacía. EDDA se sienta nuevamente junto a TEA.

EDDA. ¿Y cómo empezó tu amistad con Eider Lobos?

TEA. *(Riendo complacida.)* Tratando de que sentara cabeza. Me miraba desde arriba de la colina. Opinaba, “cuestionaba”, como dice él, mi pensamiento burgués y mi romanticismo, pero, así y todo, aún con ironías y sarcasmos, dejó de tomar, me fue dando un lugar en su vida, y los dos empezamos a ser otros. Me hacía escuchar a los Beatles...

EDDA. ¿Los Beatles...?

TEA. Sí, ¿no los conocés...?

EDDA. Sí, sí, los Beatles... ¿Y Tea...? Perdoname el atrevimiento... ¿tuvieron relaciones extramatrimoniales...?

TEA. *(Sin contestar y riendo con vergüenza.)* ¡Preguntona...! A Eider... Bueno... muy preguntona... Mucho tiempo lo encontré sentado frente a una fila de vasos vacíos, sin peinar, sin afeitar, pero cuando se dio cuenta que me amargaba que desperdiciara su vida, dejó de mirarme desde arriba de la colina y empezó a cambiar.

EDDA. O sea, como dicen en las novelas, “ella consiguió redimirlo gracias a su alma pura y su buen corazón...” *(Ríen las dos.)* ¿Y te leía lo que escribía?

TEA. ¡No sólo me leía! ¡Escuchaba mis opiniones! ¡Trabajábamos juntos! Él dictaba y yo tomaba apuntes a mano o escribía con su máquina destartalada. Pero siento que eso se terminó y estoy muy triste porque creo que hay otra mujer a quién Eider no puede olvidar...

EDDA. ¿Él te lo contó?

TEA. Muy por arriba, no quise sonsacarle.

EDDA. Claro, no está bien sonsacar.

TEA. Me dijo que era una mujer muy hermosa y que se separaron cuando ella le apuntó con una pistola. Si Eider dejó lo que teníamos... seguro que no fue para publicar otro libro...

EDDA y TEA son interrumpidas por TESMAN y EL JUEZ BRACK que entran charlando animadamente. EL JUEZ BRACK y EDDA hacen un poco de teatro: EDDA le extiende la mano y el juez juega a besársela.

EDDA. *(Extendiendo la mano.)* Juez Brack, dichosos los ojos que lo ven...

BRACK. ¿Se puede venir tan temprano y sin avisar a la casa del joven matrimonio?

EDDA. Se puede. Pero me sorprende que esté levantado a estas altas horas de la mañana.

BRACK. *(Que juega a no soltarle la mano.)* ¿Se me nota el madrugón? ¿Cómo me veo?

EDDA. Un poquito más joven que ayer a la noche.

TESMAN. (A TEA.) Ya le envié la nota, está en camino de la pensión.

TEA. Muchas gracias... Buenas tardes...

EDDA. ¡Tea! ¡Yo misma te acompaño! (Salen EDDA y TEA.)

Escena 5

BRACK. Mi amigo (*Paneando el entorno.*), le recomiendo más austeridad.

TESMAN. ¿Con Edda? ¡Imposible! Seguimos negociando los lacayos con librea y el establo privado para su caballo.

BRACK. Su mujer se quedó en el siglo XIX.

TESMAN. Sí, más o menos a mediados de siglo XIX, antes de la invención del automóvil y el teléfono.

BRACK. ¿Se acuerda cuando pasaba cabalgando con su padre? ¡Vestido negro hasta los tobillos y plumas en el sombrero! ¡Había que verla! Tesman, el que las hace las paga, usted se ha quedado con el trofeo máspreciado.

TESMAN. No me dormí en los laureles, mi amigo. Respecto de la economía espero sanear mis finanzas con el nombramiento de la universidad.

Entra EDDA y se pone a pasear por ahí.

BRACK. De eso le quería hablar. Me llegó el rumor de que no habría nombramiento directo y que están planeando un concurso por antecedentes y oposición.

TESMAN. ¡Pero si el decano me dijo que la cátedra iba a ser para mí! ¿Escuchaste Edda?

EDDA. Estoy escuchando.

BRACK. Es sólo un rumor. Ya sabemos que lo que se dice extraoficialmente puede cambiar de un momento a otro.

TESMAN. ¿Y oposición con quién?

BRACK. Con Eider Lobos.

TESMAN. ¡Otra vez dando examen y justo con Eider! ¡Qué criterio tan desacertado! Por otra parte, no sé cómo pueden tenerlo en cuenta...

BRACK. Viene de una familia de catedráticos.

TESMAN. ¡Pero si él nunca tuvo nada que ver con su familia y la familia siempre lo negó!

BRACK. Las familias son como los decanos, nunca se sabe, ¡y con el éxito que está teniendo su libro!

TESMAN. (*Con la mirada fija en el ir y venir de EDDA.*) Sí, ya lo sé, el libro... Edda, ¿estás escuchando...?

EDDA. Escucho sin perderme ningún detalle, pienso que puede ser algo divertido, como una

competencia deportiva.

Entra HAYDEE, le entrega un sobre a EDDA y sale.

BRACK. Por otra parte, son sólo rumores. En realidad, yo estoy acá para recordarle la fiesta de hoy en mi casa.

TESMAN. ¡Yo no estoy para ninguna fiesta!

EDDA. *(Que abre el sobre.)* Tesman, pienso que te vendría muy bien distenderte un poco.

TESMAN. No estoy con ánimos para fiestas y además no quiero dejarte sola.

BRACK. Lo lamento, pero es una fiesta sólo para hombres, prácticamente una bienvenida para usted, así que no me puede fallar.

EDDA. *(Mostrando la hoja que sacó del sobre.)* Respuesta del señor Lobos, ya tengo plan para esta noche, dice que hoy se dará una vuelta por acá.

TESMAN. Pero Edda, sola con Lobos, si ni siquiera se conocen...

EDDA. Si lo que te preocupa es la reputación de la casa, no voy a estar sola con Lobos, también viene Tea. Podremos tomar algo, jugo, por ejemplo, ya que ahora son muy abstemios, y conversar amigablemente.

BRACK. *(Que se levanta y sale.)* Y si ese tal Eider Lobos quiere, también podría venir a mi fiesta, ¡qué mejor!

EDDA. *(Saliendo.)* Claro Tesman, ¿qué mejor?

TESMAN. *(Saliendo.)* Ni que se hubieran puesto de acuerdo...

ACTO 2

SONIA. *(En la infancia de EDDA, a fin de los años 40', lee a su madre la carta que termina de escribirle.)* Querida mamá, en esta chacra todo me da frío, la falta de risas, las caras serias *(Pausita.)*, ¡y encima no te encienden ni una estufa! El general Gabler no está nunca, los días raros en que viene, primero puros regalos, algún beso, y al rato la cara se le pone sombría y nos da la espalda. *(Pausita.)* Yo sigo siendo una provinciana... Días pasados, hicimos una actividad especial, fuimos al gallinero. Habían nacido pollitos, pensé que le gustaría verlos, ¿qué pasó...? En medio de la caminata se paró y me dijo: "¿Lo limpiaron? Es un lugar demasiado sucio el gallinero" Sí, claro, es un poco sucio, le contesté, pero eso se soluciona fácil, con lavarse las manos, suficiente, y los pollitos son tan lindos; el jardinero me contó que hay negros y amarillos, pero como todavía son bebés no se sabe cuáles son los machos y cuáles las hembritas. "¿El jardinero es tu novio...?" Me estaba acusando, me lo dijo levantando una ceja. ¡Yo le hablaba de pollitos bebés y ella de faltas a la moral! Quiere dominarnos a todos, pero ya lo sabemos, al instante aparece la huerfanita. Se me acercó y me preguntó como en

secreto: “¿Sonia...? ¿Qué quiere decir los machos y las hembras...?” Los gallos y gallinas -le contesté con miedo a meter la pata. “¿Sonia...? ¿Por qué algunos huevos son sólo huevos que se comen y otros se hacen pollitos...?” Hubiera querido hablar como una maestra, y por ejemplo decir, esa lección la dejamos para otro día, pero hablé como en el campo: Porque el gallo la pisa a la gallina -le dije. Después, mientras caminábamos para la casa, me dijo: “No me gustan los pollitos, demasiado sucios” (*Pausita.*) Es una nena extraña, sí... Bueno, en el verano tengo un mes de vacaciones, ¡un mes! ¡Eso no se termina nunca! ¡vamos a dormir la siesta con todos los gatos en la cama! (*Risa pequeña.*) Mamá, escríbame pronto, quiero saber cómo sigue la abuela... Sonia... que nunca las olvida... (*Dobla la carta, la guarda en un bolsillo, y se retira.*)

Casa de JORGE TESMAN, horas de la tarde, mismo día que en el acto 1. La sala ordenada y ya sin flores.

Escena 1

EDDA, con el estuche de las pistolas en las manos, va al escritorio, lo apoya, tamborilea los dedos en la madera, luego saca una pistola, va a la puerta ventana, mira el parque, apunta y dispara.

BRACK. ¿Qué hace? ¿Se volvió loca? ¿Me quiere matar?

EDDA. Si lo hubiera querido matar ya lo hubiera hecho hace tiempo.

BRACK. ¿A qué le dispara?

EDDA. Al aire.

BRACK. ¿Y se puede saber por qué?

EDDA. ¿Y se puede saber por qué usted entra por atrás y sin avisar?

BRACK. ¡Y por eso me quiere matar! ¡Basta de apuntarme! (*Sacándole el arma de la mano.*)

¡Tranquila señora, no juegue con estas cosas! (*Refiriéndose a la pistola.*) La tengo vista, ¿y el estuche...? (*Lo encuentra y guarda el arma.*) ¿No encontró una actividad más placentera en que ocuparse?

EDDA. No. Estaba aburrída mordiéndome la cola.

BRACK. ¿Y Tesman?

EDDA. Apenas comió salió volando para la casa de su tía Julia.

BRACK. ¡Qué tonto soy! Si lo hubiera pensado bien hubiera venido antes.

EDDA. Entonces no hubiera encontrado a nadie porque yo me estaba vistiendo. Matemos el tiempo, Brack, ¿tiene algo para fumar?

BRACK busca un atado y un encendedor, luego, durante el diálogo, le ofrece un cigarrillo, enciende y fuman.

EDDA. Hace siglos que no hablamos. Porque esas bobadas de ayer en el puerto o lo de esta mañana no cuenta para nada.

BRACK. Desde hace meses que deseaba este encuentro.

EDDA. Y yo no deseaba otra cosa.

BRACK. ¿De veras señora Edda? Yo me creí que se estaba divirtiendo a lo loco, Tesman contaba maravillas.

EDDA. ¡Claro! ¡Para él no existe nada mejor que andar revolviendo libros y copiar y copiar manuscritos!

BRACK. ¡Bueno, esa es su vocación! (*Mirándola de arriba abajo.*) En parte... al menos...

EDDA. Usted lo ha dicho, "su" vocación, pero no la mía, me aburrí a más no poder. Imagínese medio año sin encontrarnos con nadie con quien hablar de cualquier cosa, y lo peor de todo, estar siempre y constantemente, sola, con una única persona.

BRACK. Pero con Tesman me parece que sí se puede.

EDDA. Es que Tesman es un profesional y los profesionales no son siempre los más divertidos compañeros de viaje.

BRACK. Pero no estamos hablando de cualquier profesional, mi bella señora, estamos hablando de una luna de miel y con el profesional amado.

EDDA. ¡AY, juez, basta de palabras pegajosas! ¡Ya me gustaría que usted mismo probara esa medicina! ¡Oír hablar de cultura siempre y constantemente a todas las horas del día!

BRACK. Me imagino, pero igual tengo una duda, ¿cómo fue que se casó con Tesman entonces?

EDDA. Pongámosle que ya me había llegado la hora (*Se levanta de golpe.*) Tampoco es eso lo que pienso, Tesman es una persona muy correcta.

BRACK. Correcto y sólido. Será un buen marido y un buen padre de familia.

EDDA. Ay, ¡por favor! ¿Usted también? ¡No me dan respiro...! (*Cambia de tono, otra vez divertida...*) Si él a toda costa quería tener el gusto de mantenerme, no veo porque yo se lo iba a impedir. Fue mucho más de lo que otros estuvieron dispuestos... mi querido y alocado juez...

BRACK. Usted ya sabe que yo tengo un gran respeto por el matrimonio, un respeto amplio. Mi deseo es, simplemente, entrar a la casa de mis amigos por la puerta de atrás, como una compañía interesante y divertida.

EDDA. ¿Del dueño de casa?

BRACK. Más bien de la dueña. Pero también del dueño, ¿por qué no? Una especie de triángulo irresponsable. Un amigo que nunca traiga temas intelectuales ni nada profesional... (*Se oye la voz de TESMAN hablando con HAYDEE.*) Se terminó el triángulo...

EDDA. (*Moviendo el aire con las manos para sacar el humo.*) ¡Sigue rodando el tren de la boda!

Entra TESMAN con todos los bolsillos llenos de libros.

EDDA. Ya estás en casa, querido...

TESMAN. Estaba demasiado abrigado, ¡qué calor...! Brack, usted por acá, Haydee no me dijo nada...

BRACK. Entré por el jardín.

TESMAN. Traje un poco de todo, pero sobre todo teatro griego. (*Saca libros de los bolsillos, lee los nombres y los pone sobre la mesa.*) Las tragedias de Eurípides, El cíclope, Medea... Bueno, éstos de teatro no son: Artesanía doméstica del Medioevo. Orfebrería en el antiguo Perú... Cosas de la profesión, ¡los necesitaba!

EDDA y BRACK. (*A coro.*) ¡Seguramente...!

TESMAN. También tengo el libro de Eider Lobos. Está preciso, concentrado ¡es increíble! ¡Antes no escribía así! (*Recoge algunos libros, entusiasmado.*) Voy a llevarlos a mi escritorio, ¡algunos tienen las páginas unidas! ¡voy a cortárselas! Edda, estuve hablando con HAYDEE, quiero que trates de dirigirte a ella con alguna palabra gentil. (*Sale.*)

BRACK. ¿Qué pasó con Haydee? ¿Apenas llegó y ya la estuvo atormentando?

EDDA. Encontré la sala revuelta como gallinero y tuve que aclarar cómo quería que fueran las cosas de ahora en más.

BRACK. Lo que pasa es que usted no es feliz.

EDDA. ¿Y por qué tendría que ser feliz? A ver qué se le ocurre sin apelar a ninguna bobada.

BRACK. Entre otras cosas porque vive en la casa que quería.

EDDA. Usted también se creyó el cuento de la casa... (*Suspira.*) El verano del año pasado dejé que Tesman me acompañara después de la fiesta del club...

BRACK. Yo desgraciadamente andaba por otros rumbos.

EDDA. Sí, juez, ¡usted sí que andaba por otros rumbos!

BRACK. Señora Edda, usted se me queda calladita y se hace la desentendida...

EDDA. ¿Por qué? ¿El que anduvo por otros rumbos fue usted y la que tiene que avergonzarse soy yo?

BRACK. Escucho el cuento de la casa...

EDDA. Pasamos por acá, Tesman daba mil vueltas porque no sabía cómo decirme lo que quería, a mí me dio pena, y entonces dije, en una casa como esta me gustaría vivir. Y a partir de ahí tuvimos tema de conversación, y eso trajo el compromiso, el casamiento, la luna de miel (*Señalando el entorno.*) y todo esto... (*Entrecruza las manos atrás de la cabeza y se reclina en el sillón como la maja vestida.*) Si Tesman no estuviera constantemente hablando de

libros o de la tía Julia... si en lugar de profesor fuera diplomático o político o se dedicara a otra cosa, más... Usted no tiene idea de lo horriblemente que yo me voy a aburrir en esta casa...

BRACK. ¿Y no piensa que a lo mejor la vida le está preparando una misión importante, nuevos deberes?

EDDA. (*Levantándose de golpe.*) ¡Cállese! ¡Nada de deberes para mí!

BRACK. Ya lo veremos dentro de un año a más tardar.

EDDA. ¡Nunca! ¡Yo no estoy hecha para esas cosas! ¡No para mí! (*Va al escritorio.*)

BRACK. Cuidado con el reloj biológico, se puede arrepentir. Además, es la vocación de todas las mujeres...

EDDA. ¡Qué se calle le digo! A veces creo que tengo vocación para una sola cosa... Sólo... para aburrirme mortalmente... (*Oye ruidos, gira y sonrío.*) He aquí a nuestro sabio profesor.

Entra TESMAN vestido para la fiesta nocturna.

EDDA. Estás muy elegante, querido... (*TESMAN acepta el cumplido.*)

TESMAN. ¿Mandó a decir Eider Lobos que no va a venir?

EDDA. No.

TESMAN. Entonces debe estar por llegar. Edda, lo que no quiero es dejarte sola, no me parece bien, no se conocen y no sé cómo podría presentarse Eider...

EDDA. No voy a estar sola, también va a venir Tea. Si la hubieras escuchado te quedarías muy tranquilo, según ella, Eider Lobos, es una persona completamente nueva, perfectamente sobria y determinada...

Escena 2

Entra EIDER LOBOS. Tiene la misma edad que TESMAN, pero parece mayor, está desgastado. Viste con informalidad, lleva el abrigo abierto y el pelo largo.

TESMAN. ¡Eh, viejo, por fin nos vemos otra vez!

LOBOS. ¡Gracias por tu carta!

EDDA. (*Se acerca extendiendo la mano.*) Bienvenido señor Lobos... No sé si los señores se conocen...

LOBOS. El Juez Brack.

BRACK. Sí. Hace muchos años.

LOBOS. Añares.

TESMAN. (*Poniéndole las manos sobre los hombros.*) Si pensás quedarte en la capital, esta es tu casa, espero que nos veamos seguido. ¡Sentémonos!

LOBOS. *(Se sienta.)* Sí, pienso quedarme por acá.

EDDA se dirige a la puerta ventana.

TESMAN. Acabo de conseguir tu libro, todavía no pude sentarme a leer.

LOBOS. No te molestes, no es nada especial.

TESMAN. ¿Por qué? Yo no estaba en el país, pero me dicen que ha sido muy elogiado.

LOBOS. Sí, lo escribí para que todos pudieran entenderlo, no quería crear polémica.

BRACK. Muy razonable.

LOBOS. Quiero empezar de nuevo. Recuperar el tiempo perdido. Hacerme un lugar. *(Saca un paquete del interior de su abrigo.)* Éste, sí lo vas a leer, éste es el que vale, en éste estoy yo, soy yo... *(Abre el paquete.)* Es sobre el futuro. *(Saca algunas hojas y TESMAN se acerca.)*

BRACK. Muy interesante...

TESMAN. Y escrito con tu vieja máquina, eh, saltan las erres. *(LOBOS asiente divertido.)*

LOBOS. Tiene dos partes. En la primera está mi crítica a los ideales siglo del XIX que seguimos arrastrando todavía a fines de los 60', a esta sociedad burguesa con su modo de vida hipócrita de doble moral... La segunda es un ensayo sobre la producción cultural que vislumbro para el futuro, el cambio en las formas de vincularse entre las personas, con la naturaleza y el arte... *(A Tesman.)* Ya sabés, viejo, todo a nuevo, nuevo paradigma, hombre nuevo, la imaginación al poder...

BRACK. Qué cosa tan... inesperada... interesante, interesante, muy interesante...

TESMAN. ¡Me parece extraordinario! ¡A mí nunca se me hubiera ocurrido!

LOBOS. *(Deja el paquete del manuscrito sobre la mesa.)* Pensé que podríamos sentarnos a leer...

TESMAN. Quisiera leerte, eh, es lo que más quisiera, pero esta noche no puedo... *(Mira a BRACK.)*

LOBOS. Otro día, no hay apuro.

BRACK. Lo que pasa es que hay una reunión en mi casa, algo así como una fiesta en honor a Tesman. Escuche, ¿por qué no viene usted también?

LOBOS. No, no puedo. Muchas gracias.

BRACK. ¿Por qué no? No somos muchos, un grupo selecto *(Riendo.)*, lo vamos a pasar muy bien.

LOBOS. No lo dudo, pero de todos modos mejor no.

BRACK. En mi casa hay varias habitaciones, hasta podría llevar su manuscrito y leerle algo a Tesman si usted quiere.

TESMAN. ¿Por qué no hacemos eso?

EDDA. Querido, si el señor Lobos dice que no quiere, a lo mejor prefiere quedarse a tomar el

té conmigo. Conmigo y Tea. Ella también va a venir. Me parece hasta necesario que se quede, porque si no, no habría quién la acompañe a su casa.

LOBOS. En ese caso, me quedo. Gracias.

EDDA. Ya vuelvo. *(Sale.)*

Escena 3

TESMAN. Eider, quisiera preguntarte algo, ¿pensás dar conferencias para presentar tu nuevo libro...?

LOBO. Sí, viejo, hay que atender a los lectores y conformar a la editorial, un poco de auto bombo. Pero también sé que eso podría no resultarte muy conveniente... Voy a esperar a que salga tu nombramiento en la universidad, ya sabés que abomino de las academias... Pero esta vez, si hay algo en lo que quiero derrotarte, ¡es en el cariño de la gente!

TESMAN. ¡Lo sabía!

Entran EDDA y HAYDEE. EDDA pone algo en la mesa y va al escritorio. HAYDEE completa el servicio con jarras y copas.

TESMAN. ¿Escuchaste Edda? Eider no piensa interponerse en nuestro proyecto de la universidad.

EDDA. ¿Nuestro proyecto? ¡No me metas a mí en eso! ¡Son cosas tuyas! *(Cambio de actitud.)*

Señores... ¿Nos acercamos a la mesa para tomar algo? ¡Preparamos clericó de frutas y vino!

TESMAN y BRACK. *(Yendo hacia la mesa.)* ¡Fantástico! / ¡Muy buena idea! / ¡Viene bien para el camino!

LOBOS. No gracias, para mí no.

BRACK. Hombre, que yo sepa, el clericó no es ningún veneno.

LOBOS. No para todos.

EDDA. El señor Lobos se puede quedar conmigo. *(A LOBOS.)* Al regreso de nuestro viaje, Tesman y yo pasamos por el Tirol, le puedo enseñar las fotos.

Lobos asiente y todos se reacomodan. BRACK y TESMAN a la mesa de atrás, EDDA, después de ir al escritorio y buscar el álbum, en una esquina del sillón, y LOBOS, en una silla que él mismo acerca. Mientras EDDA y LOBOS miran el álbum, TESMAN y BRACK, beben, fuman y charlan animadamente. BRACK, cada tanto, observa lo que ocurre en el sillón.

EDDA. *(Muestra una foto del álbum.)* Estas de acá son las montañas Ortler en Meran. Acá está escrito con la letra de Tesman, ¿reconoce la letra...?

LOBOS. *(En voz baja.)* ¡Edda Gabler...!

EDDA. *(Dirigiéndose a LOBOS, pero sin dejar de mirar el álbum.)* Shhh... Así me podía llamar antes, cuando nos conocíamos.

LOBOS. Y ahora, para el resto de mis días, tengo que acostumbrarme a no decir Edda Gabler...

EDDA. *(Hojeando el álbum)* Sí. Y será mejor que empiece cuanto antes.

LOBOS. Edda Gabler, casada, y casada con Jorge Tesman, ¡es para pegarse un tiro! ¿Cómo pudiste desperdiciarte así?

EDDA. *(Que observa que se acerca TESMAN.)* ¡Shhh! ¡Callado! Este es el valle del Ampezzo, ¡mire qué alturas! *(A TESMAN.)* ¿Cómo se llaman estos montes tan raros?

TESMAN. Los Dolomitas.

EDDA. Los Dolomitas...

TESMAN. *(A EDDA.)* ¿Quieres que te traiga un poquito de clericó?

EDDA. Sí, con unas galletitas. *(TESMAN va a la mesa de atrás.)*

LOBOS. Contestame cómo pudiste hacer esto.

EDDA. Si me sigue tuteando me levanto y no hablamos más.

LOBOS. ¿Ni siquiera podré tutearte cuando estemos solos?

EDDA. No. Eso no va a pasar nunca más.

LOBOS. Entiendo, sería una ofensa a tu gran amor por Jorge Tesman.

EDDA. Amor y más amor, ¡una palabra que nadie sabe qué significa! Ni amor ni licencia para todo. Eso no es para mí.

LOBOS. Edda Gabler, la medida justa, el vestido impecable, muerta de ganas y manteniendo las apariencias hasta sangrar.

EDDA. Shhh, nada de arrebatos, se acerca Tesman.

LOBOS. *(A TESMAN.)* Viejo, ¿dos copas...?

EDDA. *(A TESMAN.)* El señor Lobos no bebe.

TESMAN. Lo sé. Una es para Tea, debe estar por llegar. *(Pone las copas en la mesa ratona y se va.)*

LOBOS. ¿No hubo amor entre nosotros? ¿Ni un poco, ni un cachito de amor...?

EDDA. *(Que sonríe.)* Para mí fuimos grandes compañeros... Y usted sabía compartir con mucho desparpajo sus correrías...

LOBOS. Sabías preguntar...

EDDA. Había algo muy divertido en ese compañerismo del que nadie sabía nada.

LOBOS. ¡Divertido, cuánta prudencia! En la boca de la señora Edda, se congela la palabra compañerismo...

EDDA. No va conmigo la insensatez...

LOBOS. Esta no fue la Edda Gabler que yo conocí... Cuando yo me aparecía por la chacra, si

estaba tu padre, se quedaba sentado junto a la ventana, leía los diarios y nos daba la espalda... Ahí, sí, estaba la Edda Gabler que yo conocí. Y éramos sólo nosotros, como dos gatos vagabundos por las cornisas...

EDDA. En el sofá del rincón...

LOBOS. Por meses mirando siempre la misma revista...

EDDA. Como ahora miramos este álbum...

LOBOS. ¡Qué poder tenías sobre mí! ¿Ocaso podrías decirme que no es eso el amor?

EDDA. Hace mucho dejé de preguntármelo.

LOBOS. Fuimos compañeros en el ansia de vivir, sí, y ni siquiera eso pudo durar...

EDDA. Fue tu culpa.

LOBOS. ¡Pero si yo no fui el que rompió!

EDDA. Deberías agradecermelo, no dejé que nos destruyera la realidad. No tendremos que vernos viejos, endeble, privados de belleza.

LOBOS. ¿Por qué no me disparaste al corazón?

EDDA. Será que después de todo, Edda Gabler, tuvo miedo...

LOBOS. ¿A quedarte sola?

EDDA. ¡Si hubiera sido eso...! A ser la piedra del escándalo...

LOBOS. ¡Eso es una cobardía y una estupidez!

Entra TEA.

EDDA. *(Aplaudiendo.)* ¡Por fin Tea!

TEA cambia un ligero saludo con los hombres en el fondo. LOBOS se pone de pie y la saluda con discreción, sólo inclinándose levemente.

EDDA. *(Tendiendo los brazos desde el sillón.)* Mi bella Tea, ¡no te imaginás cuánto te esperaba!

TEA. *(Tomándole las manos, casi susurrando.)* Necesito hablar unas palabras con tu marido.

EDDA. No, dejá que disfrute en la casa, en un rato ya se van a una fiesta de hombres.

TEA. *(A LOBOS.)* ¿También vas a ir?

LOBOS. No.

EDDA. Él se queda con nosotras.

TEA. *(Complacida, busca una silla y la arrima al lado de LOBOS.)* ¡Qué bien se está acá...!

EDDA. No, no, ¡quiero que te sientes acá, al lado mío en el sillón! ¡Quiero estar en el medio de los dos! *(TEA lo hace.)*

LOBOS. ¿No da gusto verla?

EDDA. *(Con picardía, acariciándole los rulos.)* ¿Sólo verla...?

LOBOS. Sí, porque no es de eso de lo que estoy hablando. Nosotros somos amigos, verdaderos compañeros.

TEA. ¡Soy tan feliz!

LOBOS. ¡Y el valor con el que actúa!

TEA. ¡Por favor, valor yo...!

LOBOS. Una valentía enorme cuando se trata de un amigo.

EDDA. Sí, muy valiente nuestra dulce Tea.

TEA. ¡Por favor! ¿Se puede saber de qué están hablando ustedes dos?

EDDA. Sí, Tea, ¡quién pudiera tener tu valor!

LOBOS. ¿Y si usted también lo tuviera? ¿Qué cree que pasaría? ¿Se abriría la tierra? ¿Un rayo le fulminaría la cabeza?

EDDA. No, no es eso.

LOBOS. ¿Qué le pasaría?

TEA. ¿De qué están hablando...?

EDDA. Cuando alguien tiene el valor suficiente, puede vivir su propia vida... *(Cambio. Toma una copa.)* Ahora Tea, vamos a brindar por tu valentía...

TEA. No, Edda, gracias, yo no tomo alcohol.

EDDA. ¿Y usted señor Lobos?

TEA y LOBOS. *(Superponiéndose.)* ¡No, él tampoco! / ¡No, no, yo no!

EDDA. Sin embargo, me parece que debería hacerlo. Por su bien. Por la gente que lo está mirando. Podrían pensar que todo ese cambio del que estuvo hablando no es más que una cáscara. ¿No vio cómo el juez sonrió cuando usted no se atrevió a ir a la mesa?

TEA. Edda, ¿qué estás haciendo?

LOBOS. ¿Qué yo no me atreví? ¡Si usted me lo pidió!

EDDA. ¿No vio que Brack le hizo una seña a Tesman y sonrió cuando usted dijo que no podía ir a la fiesta y ni siquiera se arrimó a la mesa?

LOBOS. ¿Piensa que no voy porque no me atrevo?

EDDA. Yo no, pero el juez me parece que no entiende, por qué, si tiene tan claro cuáles son sus límites, no se atreve a ir a la fiesta y prefiere quedarse acá con las mujeres. ¿O cambió de idea y piensa ir?

LOBOS. No, señora Tesman, pienso quedarme.

EDDA. Muy bien, como debe ser un hombre, determinado y sólido. ¿Viste Tea? Es lo que te dije cuando llegaste tan angustiada esta mañana.

LOBOS. ¿Angustiada?

TEA. Por favor Edda, ¿qué estás diciendo?

EDDA. ¿Por qué? ¿No lo ves? No hay ninguna necesidad de que andes todo el tiempo de-

sesperada.

LOBOS. (*Levantándose de golpe.*) ¿De qué habla...? Tea, ¿qué significa?

TEA. Por el amor de Dios, Edda, ¿qué es lo que estás haciendo?

LOBOS. ¿Tea...? ¿Desesperada por mí...?

TEA. Edda, otra vez me estás haciendo la más desgraciada del mundo.

LOBOS. (*Mira a TEA crispado por el enojo.*) ¡Así que esta es la fe que me tiene mi gran amiga!

EDDA. (*Agarrando del brazo a TEA que está a punto de levantarse.*) Shhh, ¡no te pares que te está mirando el asqueroso del juez!

TEA. (*Que rechaza la mano de EDDA.*) Edda, ¡basta! ¡Me das miedo! (*A LOBOS.*) Amigo mío querido del alma, antes que nada, tendrías que escucharme a solas.

LOBOS. (*Toma un vaso y lo levanta.*) Tea, ¡a tu salud...! (*Se lo lleva a la boca y toma hasta el fondo.*)

TEA. ¿Cómo pudiste hacer esto, Edda?

EDDA. ¿Hacer qué? ¿De qué hablás? ¿Estás loca?

LOBOS. (*Deja el vaso en la mesa, toma el otro y lo levanta*) A su salud señora, gracias por la verdad. (*Bebe, luego va a la mesa de atrás, se sirve y vuelve a tomar*) Juez Brack, Tesman, ¡voy con ustedes a la fiesta!

BLACK y TESMAN. ¡Buena decisión! / Sí, viejo, ¡y de paso podemos leer algo de tu libro! (*Se levantan y toman sus cosas para irse.*)

TEA. ¿Por qué hiciste eso Edda? Ahora no sé qué puede pasar...

EDDA. (*Con ironía.*) Volverá a ti audaz y apasionado, con racimos de uvas y hojas de parra en la cabeza. (*Ríe divertida.*) ¡Vamos a despedirlos a la calle!

Salen todos y entra HAYDEE.

HAYDEE. (*Murmura mientras apaga las luces y recoge el servicio.*) Hay que joderse... Por qué no se quedarán en sus casas... Madre del cielo, protege a mi muchacho...

ACTO 3

Al otro día de madrugada. La sala está en penumbras, la estufa encendida. El abrigo y el chal de TEA continúan en la misma silla. EDDA duerme en el sofá tapada con una manta. SONIA, tal como en los años 40' la mira desde un rincón.

SONIA. (*Cantando y bailando en el sueño de EDDA.*) 1+2+7+9+3 No los quiere como una mamá... los quiere como una gallina... 1+2+7+9+3. "Y los cuatro pies marcados / En la orilla del camino / Ay... Ay...". "Sobre todo, están los pollitos y los gatos vagabundos y los pies mar-

cados y la zorra mordiéndose la cola... y la cornisa... 1+1..." (Se retira diciendo chau con la mano.)

Escena 1

En la puerta ventana se insinúa la luz azul del amanecer. EDDA despierta, toma un espejito, se arregla el pelo, luego va a la estufa y se calienta las manos. Entra TESMAN tratando de no hacer ruido.

EDDA. *(Sin levantar la vista.)* Buen día...

TESMAN. ¡Edda! ¡Levantada tan temprano!

EDDA. Más bajo, Tea duerme en mi habitación.

TESMAN. ¿No pasó Eider a buscarla?

EDDA. No. Ni Eider ni ningún otro. Por la hora parece que lo pasaron muy bien.

TESMAN. ¿Estabas preocupada por mí?

EDDA. No, querido, esa es Tea.

TESMAN. Lo pasamos bien, al principio más que nada. Como llegamos temprano Eider pudo leerme algo de su libro. Después todo se fue confundiendo, una bacanal agotadora...

EDDA. ¿Se pelearon para ver quién se ponía las hojas de parra en la cabeza...?

TESMAN. ¿Eh...? Eider escribió un libro genial. Tengo que confesar que me dio un poco de envidia, pero es evidente que no puede tomar, pierde el juicio, no puede razonar.

EDDA. ¿Qué hizo?

TESMAN. Se ofendía por todo. Si le corrían un vaso de lugar, si no se hacía el debido silencio cuando él hablaba. Insoportable. Se echó un discurso incoherente sobre el futuro y la mujer que lo había inspirado.

EDDA. ¿Sí? ¿Y cómo terminó la bacanal?

TESMAN. Salimos todos juntos, Brack también porque quería tomar aire. Nos pusimos de acuerdo en acompañarlo a Eider hasta la pensión, era un peligro dejarlo solo, pero después fue una locura.

EDDA. ¿Qué pasó?

TESMAN. Me retrasé solamente dos minutos, eh, se me habían desatado los cordones, ¡dos minutos!, ¿te das cuenta Edda?

EDDA. ¿Cómo me voy a darme cuenta si no estuve ahí?

TESMAN. No levantes la voz, estoy agotado. No se lo cuentes a nadie. Por Eider. ¡No lo cuentes, por favor!

EDDA. No lo cuento.

TESMAN. *(Sacando de un bolsillo el paquete del manuscrito.)* Lo encontré a un costado del

camino, arriba del pilar de un cerco, ¡dos años de trabajo! El original, su único, irrecuperable manuscrito, ¡como si lo hubiera tirado al río! ¡Qué cosa tan triste!

EDDA. ¿Y por qué no lo llamaste para dárselo?

TESMAN. Porque como estaba iba a volver a perderlo, ni siquiera lo comenté con los otros, no quise hacerlo quedar como un estúpido. Al llegar a una esquina dobló con otros dos, Brack siguió por su lado, y yo me fui con otros a tomar un café. En cuanto descansa un poco se lo llevo de una corrida.

EDDA. *(De golpe extendiendo la mano.)* ¡No...! Mejor no se lo lleves tan pronto, quisiera ho-
jearlo.

TESMAN. ¡No! Lo quiero llevar cuanto antes, ¿te imaginás la desesperación cuando salga de la borrachera y no encuentre los papeles?

Entra HAYDEE.

HAYDEE. ¡Jorge querido! ¡Me avisaron que su tía Julia está muy mal! ¡Esperan la ambulancia para llevarla al sanatorio! ¡Le pide que vaya lo más pronto que pueda!

TESMAN. *(Confundido.)* ¡Mi tía Julita, por Dios, ya salgo, ya salgo! ¡Ay, Edda, si pudieras acompañarme!

EDDA. No, no me lo pidas. Ni enfermedades ni hospitales para mí. Yo no puedo ver eso.

TESMAN. Perdón, no tendría que habértelo pedido. ¡Dios quiera que no pase nada!

EDDA. Espero no sea nada grave.

Salen TESMAN y HAYDEE.

Escena 2

EDDA toma el paquete del manuscrito, va hacia el escritorio, ve algo en el jardín, tapa el paquete y se aleja de la puerta ventana.

EDDA. Juez Brack, se le ha hecho costumbre entrar por la puerta del atrás.

BRACK. ¿Y Tesman?

EDDA. Tuvo que salir, se descompuso la tía Julia.

BRACK. Esperemos no sea nada grave. ¿Tesman qué le contó?

EDDA. Sólo cosas aburridas, que fue a tomar café y otras cosas decentes.

BRACK. Cuando terminó la fiesta salí con los demás porque no quería perderme detalle sobre ese amigo de su marido.

EDDA. ¿Y por qué tanta curiosidad?

BRACK. Yo no puedo quedar involucrado con ese tipo. ¡Muy mala idea haberlo invitado! Era

evidente que iba a seguirla y me podía meter en problemas. Él y otros dos se fueron a la casa de una señorita de pésima reputación, “la pelirroja...”

EDDA. Ah, ¿sí?

BRACK. Parece que “la pelirroja” lo recibió a los besos y los abrazos pero al final terminó maldiciéndolo y a los golpes. Una gresca de bajo fondo. Lobos la acusó de haberle robado la billetera y otras cosas, y con el tole tole que armaron, los vecinos llamaron a la policía.

EDDA. *(Casi riendo.)* ¿En serio?

BRACK. No es cómico, ¡le va a ir muy mal! ¡Un borracho, sí, pero con tufo a subversión! Se resistió a la autoridad, dio patadas, golpes, insultos, hasta que lo metieron en el patrullero. Gritaba su nombre y su número de documento...

EDDA. ¿Y usted cómo lo sabe?

BRACK. Por la policía. No quiero que aparezca mi nombre en ese expediente. Quería que usted y Tesman estuvieran al tanto. No deberían abrirle la puerta en ninguna casa que se precie de decente.

EDDA. Y usted piensa que en esta casa también habría que cerrarle la puerta en la cara.

BRACK. ¡Claro, señora! ¡Si ese desubicado empieza a frecuentar esta casa el que estaría sobrando sería yo!

EDDA. Así que su objetivo es convertirse en el único gallo del gallinero.

BRACK. Ese es mi objetivo y voy a usar todos mis recursos para lograrlo.

EDDA. Al fin de cuentas, usted resultó ser un hombre peligroso, ¡pero eso es lo que me divierte a mí!

BRACK. Me voy, ¡por ahora no tengo más nada que declarar!

EDDA. ¿Se va por la puerta de atrás? ¿No le preocupa que le dispare?

BRACK. No, sólo una loca dispararía contra su propio gallito manso...

Se despiden riendo, pero cuando se queda sola, a Edda se le corta la risa.

Escena 3

EDDA destapa el paquete del manuscrito, lo abre, suena el timbre, y entonces apurada, vuelve a taparlo. Entra EIDER LOBOS, aparece desencajado y desprolijo.

LOBOS. Encontré la puerta abierta y la luz encendida, la señora Haydee, no está... pensé que había pasado algo malo...

EDDA. *(Verdaderamente asustada.)* ¿No está...?

LOBOS. No la vi...

EDDA. ¡Claro, claro, tuvo que salir por las compras, ya debe estar por venir!

LOBOS. ¿Y Tesman...?

EDDA. Duerme, debe estar muy cansado, llegó muy tarde...

Entra TEA y corre hacia Lobos con intención de abrazarlo.

TEA. Eider, ¡por fin!

LOBOS. Por fin... y demasiado tarde...

TEA. ¿Qué pasó...?

LOBOS. Ya es tarde para todo, demasiado tarde, demasiado mal...

TEA. *(Aún con humor.)* ¿A quién mataste...?

LOBOS. ¡Perdoname...!

TEA. Pero ¿qué pasó...?

LOBOS. *(No encuentra las palabras.)* Ya está, rompí todo, se terminó...

TEA. No me importa saber qué hiciste ni a dónde fuiste. No hace falta que me cuentes nada. Lo único importante es que ya estás acá.

LOBOS. Es que nosotros ya no podemos seguir, tenemos que separarnos...

TEA. ¿Qué quiere decir separarnos? ¿Qué pasó...?

LOBOS. Ya no podés estar conmigo, ya está, cambió todo, ya no vamos a seguir...

TEA. ¿Qué es lo que cambió en tan pocas horas, desde ayer...? ¿Ya no vamos a seguir... con qué...?

LOBOS. Ya no quiero... No quiero trabajar en ese libro, ya no quiero eso, no quiero seguir...

TEA. ¿Y yo? ¿Y el compañerismo? ¿Y el nuevo paradigma... del amor...?

LOBOS. Tenés que seguir como si no me hubieras conocido, volví con tu marido, a tu casa...

TEA. ¿Qué es lo que estás diciendo? Sabés que yo no tengo casa, que mi lugar es a tu lado, es nuestro libro... ¿Eider...?

LOBOS. ¡No me preguntes nada! ¡Por favor...!

TEA. ¡Eider, soy yo! ¡Estás hablando conmigo! ¡Soy Tea...! *(Se acerca y le toma la cara con las dos manos.)* Todavía tenemos mucho por hacer, estamos juntos, somos libres, va a estar todo bien. Vas a ser reconocido como un gran escritor *(Risa pequeña.)* y yo como la mejor secretaria del planeta...

LOBOS. Eso ya no puede ser, Tea, por favor, no me hagas hablar...

TEA. ¿Qué hiciste...?

EDDA. ¡Diga qué hizo, qué pasó!

TEA. Eider, ¿dónde está el manuscrito? Tengo derecho a saber, ¿dónde está el paquete con el manuscrito?

LOBOS. Lo destruí. Lo tiré. Lo hice mil pedazos.

TEA. ¡No! ¡No puede ser! ¡No pudiste hacer eso...!

EDDA. No... usted no pudo hacer eso.

LOBOS. ¿Le parece que no puede ser?

EDDA. Sí, si usted lo dice, pero me parece raro.

TEA. Dios mío, ¡no puede ser! ¿Rompió tu obra? ¿Nuestra obra...?

LOBOS. Si fui tan capaz de romper mi vida, ¿cómo no voy a ser capaz de romper un libro...?

Sí. Rompí esas hojas, las tiré al río, vi cómo se las llevó la corriente y se hundían hondo, como yo...

TEA. ¡Eso fue como matar a un hijo! (*Se le abalanza y le pega.*) ¡Cómo pudiste! Era, ¡mi hijo! ¡Mató a mi hijo!

EDDA. (*En voz baja.*) También está el hijo...

TEA. Me voy, no tengo más nada que hacer, se acabó.

EDDA. ¿A dónde vas? ¿Volvés a tu casa?

TEA. ¿Cuántas veces tendré que repetir que yo no tengo casa? ¡Ni amigo para siempre, ni libro, ni amor, ni nada! ¿Viste Edda...? Fue a mí a quien la partió el rayo y la tierra se le abrió bajo los pies... (*Toma sus cosas y sale.*)

EDDA. ¿No la va a acompañar?

LOBOS. No. No quiero que la vean conmigo.

EDDA. No sé qué pasó anoche, ¿pero es tan difícil de reparar?

LOBOS. No es sólo lo de anoche. Es que yo ya no puedo volver a esa vida tranquila. No ahora. Me saca el vértigo, la furia, y sin esa furia yo no soy yo...

EDDA. Y pensar que hace sólo unas horas, usted dijo, que yo era cruel, lo que está haciendo con Tea, a eso sí yo llamo ser cruel...

LOBOS. Es que no sé qué decir, ni cómo volver. ¡Y además no es verdad...! TEA dijo que fue como matar a un hijo, pero matar a un hijo no es lo peor que se puede hacer. Un hombre vuelve a su casa de madrugada después de una noche de borracheras, desmanes, injurias, y le dice a la madre de su hijo, anduve como borracho estúpido y reblandecido, hasta lo peor de mí, y con nuestro hijo, no sé qué hice, no sé dónde lo dejé, lo perdí. No sé quién lo está tocando en este momento. No sé en qué manos pudo haber caído...

EDDA. Bueno Eider, después de todo no era más que un libro.

LOBOS. Es que en ese libro estaba el alma de Tea, nosotros, lo que queríamos ser, y yo lo rompí. Clausuré las palabras. Me sellé la boca. No tengo perdón... ni adonde ir...

EDDA. ¿Qué vas a hacer?

LOBOS. Ponerle fin a todo esto lo antes posible...

EDDA. Te deseo el mejor final. El más bello de los finales...

LOBOS. Adiós, señora Edda... Salude a su marido de mi parte... (*Gira para irse.*)

EDDA. ¡Esperá! Quiero que te lleves algo mío. (*Va al escritorio, abre el estuche, toma una pistola y se la da.*) Una vez te apunté con ella.

LOBOS. Tendrías que haberla usado.

Abruptamente, Edda da unos pasos hacia EIDER, le agarra la cabeza con las dos manos y lo besa hasta morderlo. EIDER queda extático. Luego, EDDA se separa y se limpia la boca con la mano desparramándose sangre por la cara. EIDER pone la pistola en el bolsillo y se da vuelta para irse.

EDDA. ¡Eider! ¡Qué sea con belleza!

LOBOS. Adiós... Edda Gabler... *(Sale.)*

EDDA va al escritorio, saca el manuscrito del cajón, toca un momento la cubierta, luego va a la estufa, abre el paquete, y de a poco, va tirando las hojas al fuego.

EDDA. Ahora quemo a tu hijo, Tea... Tea, la del lindo cabello enrutado... Tu hijo y el de Eider... Ahora, Edda Gabler, está quemando al hijo...

ACTO 4

Los cortinados están cerrados, la sala en penumbras, son las horas del atardecer. La mesa grande iluminada con una lámpara colgante.

EDDA y TESMAN sentados en el sillón.

EDDA. Entonces, la tía Julia está fuera de peligro.

TESMAN. Sí, no fue demasiado serio, me dijeron que me quedara tranquilo.

EDDA. Me alegro.

TESMAN. *(Extiende la mano y le toca la mejilla.)* ¿Estás bien...?

EDDA. Sí, querido.

TESMAN. Ahora me voy a ocupar del tema de Eider.

EDDA. ¿Supiste algo más?

TESMAN. No, pero vi a Tea de casualidad, estaba sentada en un banco de la plaza... Me dijo que Eider pasó por acá esta mañana y que lo vio muy mal. Ahora mismo voy a llevarle ese manuscrito, ¿dónde está...?

EDDA. *(Inexpresiva.)* Ya no lo tengo, querido.

TESMAN. No es para juego, Edda...

EDDA. Lo quemé.

TESMAN. ¿Qué quiere decir lo quemé?

EDDA. Lo quemé, totalmente, en la estufa.

TESMAN. *(Se levanta de un salto.)* ¡¿Qué hiciste qué...?!

EDDA. No grites, te pueden escuchar.

TESMAN. *(Apartándose.)* Si es una broma, es una de muy mal gusto, no es para juego ni cinismo. Además, EIDER podría hacerte juicio por daños, ¡preguntale al juez Brack y te lo va a confirmar!

EDDA. No, ni al juez ni a nadie. No se lo digas a nadie.

TESMAN. No se lo digo a nadie, pero quiero que me expliques, por qué, hiciste algo tan irracional. ¡Contestame!

EDDA. Lo hice por vos.

TESMAN. ¿¡Por mí!?

EDDA. Sí. Esta mañana me confesaste que lo envidiabas por el libro que había escrito.

TESMAN. ¡Por Dios, Edda, son sólo cosas que se dicen en un momento!

EDDA. No podía soportar la idea de que Lobos te hiciera sombra y se interpusiera en nuestro proyecto de la universidad.

TESMAN. Edda, ¿puede ser...? ¿Acaso es verdad... lo que yo tanto esperé... de la noche a la mañana, como por arte de magia se hizo realidad...?

EDDA. Me reservé para que lo supieras en estos días... Bueno, tendrías que preguntarle a la tía Julia, si las mujeres hacemos cosas insólitas en estos momentos... *(Sonríe.)* Ella de estas cosas sabe más que yo...

TESMAN. ¿Cómo...? ¿Es cierto? ¡Casi que me cuesta creerte!

EDDA. No grites, que puede escucharte esa mujer.

TESMAN. ¡Esa mujer es Haydee! ¡Voy corriendo a decírselo!

EDDA. *(Sin poder controlarse.)* No tolero, no tolero, no tolero nada de todo esto. ¡Me voy a volver loca! ¡No se lo digas a nadie!

TESMAN. ¿Qué es lo que no tolerás?

EDDA. Todas estas ridiculeces, Jorge.

TESMAN. ¿Ridiculeces...? Bueno, tranquila, que sea a tu tiempo... *(La abraza.)*

TESMAN la abraza como adhiriendo a un estricto libreto. EDDA, permanece impassible.

TESMAN. *(Desembarazándose de la incomodidad con tono divertido.)* ¡Pero a la tía Julia le voy a decir que ya empezaste a llamarme Jorge!

HAYDEE interrumpe brevemente para darle paso a TEA que, aparece vestida como en la primera visita.

HAYDEE. Señora, Jorge, permiso... *(Entra TEA y sale HAYDEE.)*

TEA. Perdón que vuelva a molestarlos.

EDDA. ¿Qué te pasó...?

TESMAN. ¿Es por Eider?

TEA. Sí, tengo miedo de que le haya ocurrido una desgracia.

TESMAN. Pero por qué se te ocurre una cosa así, no es la primera borrachera de Eider y seguramente tampoco será la última.

TEA. No está en la pensión. No me dijeron nada claro, pero cuchicheaban algo de un hospital...

EDDA. No, en un hospital no puede ser.

TEA. Tengo miedo, estoy segura de que a Eider le pasó algo muy malo...

Entra EL JUEZ BRACK. Viene muy serio y saluda apenas con un gesto.

TEA. ¿Qué le pasó a Eider...?

TESMAN. ¡No dé vueltas Brack!

BRACK. Está en el hospital, muy grave...

EDDA. ¡Tan pronto...!

TEA. Ah, ¡nos separamos con rencor, sin perdonarnos! ¡Tengo que ir a verlo!

BRACK. No serviría de nada. Ya no debe estar con vida y tampoco la dejarían pasar. Intervino el juez de turno.

TEA. ¡Eider de mi alma!

TESMAN. ¿Qué pasó juez...? ¿Lo intentó él...?

EDDA. Estoy segura que fue eso lo que pasó.

BRACK. La señora está en lo cierto, adivinó...

TESMAN. Ay, viejo, ¡por tu propia mano!

TEA. Él no pudo hacer algo así...

EDDA. ¡Sí que pudo! ¡Estoy segura de que él mismo se pegó el tiro del final!

TESMAN. ¿Dónde lo hizo?

BRACK. Supongo que en su pensión...

TEA. No puede ser, yo estuve en su pensión y no había pasado nada de eso.

BRACK. Eso no tiene importancia, lo que sí es seguro es que lo encontraron y que se había disparado.

EDDA. ¿En la sien...?

BRACK. En el pecho.

TEA. ¡Eider querido...! *(Se desploma en el sillón.)* ¡Ya no estás en este mundo...!

EDDA. ¡Al fin un gesto!

TESMAN. Por favor, Edda, ¿qué estás diciendo?

EDDA. Digo que fue un gesto de belleza.

BRACK. Señora, ¡cuánta novela!

EDDA. Digo que el señor Lobos se hartó de tanta estupidez, ajustó cuentas consigo mismo y tuvo el valor de hacer lo que debía.

TEA. Eider no podía con su alma, debe haber sido en un momento de desesperación. Tenía penas de las que no podía hablar, se crispaba, se le cerraba la garganta... (*Para sí y para EIDER, llorando.*) Qué desastre, mi amor... Te ganaron las sombras...

TESMAN. (*Muy abatido.*) Seguramente fue un momento de locura.

EDDA. ¡No! ¡Estoy segura que fue su elección!

TEA. Debe haber sido en un momento de locura como cuando rompió el manuscrito.

BRACK. ¿Rompió el manuscrito? ¡Qué cosa tan rara!

TESMAN. ¡Qué cosa tan triste! Eider se fue de este mundo por su propia mano (*Mira a EDDA.*) y sin que nos llegara su obra...

TEA. Jorge... Yo no entiendo nada, no sé nada, pero... ¿podría ser...?

TESMAN. ¿Qué...?

TEA. ¿Y si se pudiera reconstruir...?

TESMAN. ¡No sé qué daría por reconstruir la obra de Eider...! ¿Pero con qué...? (*Mira a EDDA.*) Si no ha quedado nada...

TEA. (*Abre su bolso.*) Guardé todas las notas de cuando Eider me dictaba. (*Saca las notas de su bolso.*) Mis cuadernos, hojas sueltas, papelitos que yo escribía para no olvidarme de nada... Eider de mi alma, ¡siempre te tuve conmigo!

TESMAN. ¡Las guardaste...!

EDDA. (*Que mira los papeles que TEA sacó del bolso.*) ¡No puedo creerlo...! Tea, la inteligente de la bondad, la valiente contra viento y marea... Quisiera estar en la cabeza de Tea, cuando dejó la casa de su marido, y guardó esos papeles borroneados en su bolso, como si fueran un tesoro, o una reliquia digna de preservar.

Pausa.

TEA. (*Secándose las lágrimas.*) Están muy mezcladas, sin ningún orden, pero están todas acá... Tendría que haber sido más prolija...

TESMAN. Dejame ver... (*Mira los papeles y duda.*) Podría ser... Qué alegría me daría... (*A TEA*) Vamos con todas las notas a la mesa...

TEA. Por lo menos intentarlo, ¡por favor...!

TESMAN. ¡Es lo que más quisiera en el mundo! ¡Y si hay algo que yo sé hacer es reconstruir manuscritos!

TESMAN y TEA se acomodan en la mesa grande. Tea se saca el abrigo y apoya el bolso y

TESMAN se pone los anteojos. Se sientan juntos a la mesa, desparraman y miran los papeles. EDDA va al sillón individual junto a la estufa y BRACK la sigue.

EDDA. ¡Qué descanso!

BRACK. Tanto como un descanso...

EDDA. ¡Para mí sí! ¡Un descanso saber que puede haber actos de valentía y de belleza en este mundo!

BRACK. Mi querida señora, me parece que Eider Lobos fue para usted mucho más de lo que usted puede admitir. ¿Me equivoco...?

EDDA. No tengo por qué contestar esa pregunta. Lo que yo sé, es que Eider vivió su vida como le dio la gana, y ahora, lo bello, lo grande, es que tuvo el coraje de abandonar temprano esta fiesta absurda.

BRACK. Me duele arrebatarse sus sueños.

EDDA. ¿Por qué sueños?

BRACK. No se disparó voluntariamente.

EDDA. No puede ser.

BRACK. Cuando llegué acá sabía que estaba muerto. No lo dije para darle tiempo a la señora Tea. No lo hizo en la pensión. Fue en el baño de "la pelirroja".

EDDA. Imposible, ¡no pudo haber ido otra vez a ese lugar!

BRACK. Pudo. Fue para exigir le devolviera algo que le había quitado. Hablaba incoherencias. De un hijo que le habían desaparecido. El tiro fue mortal.

EDDA. En el pecho.

BRACK. No, en el abdomen.

EDDA. ¡Qué inmundicia! ¡Me persigue el ridículo!

BRACK. Y hay algo más desagradable todavía, fue con una de las pistolas de su padre.

EDDA. No, ¡eso no es verdad! ¡Eider no me robó nada!

BRACK. No hay otra explicación. Yo vi la pistola y usted sabe que la reconozco perfectamente.

EDDA. ¿La tiene usted?

BRACK. La policía.

EDDA. ¿Y la policía qué va a hacer?

BRACK. Tratar de localizar al dueño.

EDDA. ¿Y cree que lo logren?

BRACK. No, mientras yo haga desaparecer las pruebas. Si no va a tener que contestar algunas preguntas incómodas, como ser, ¿en qué momento estuvo Lobos en su casa? ¿O por qué, si Lobos no la robó, usted le dio una pistola heredada de su padre?

EDDA. *(Que baja la cabeza.)* No podría tolerarlo.

BRACK. Tranquila, no corre ningún peligro mientras yo utilice mis influencias. No le costará

demasiado caro mi silencio.

EDDA. *(Que ahora lo mira de frente.)* Ahora estoy en su poder, ¿no es cierto juez?

BRACK. Normalmente aceptamos lo inevitable.

EDDA. Pero estaría dependiendo de sus caprichos, bajo su dominio, ¡sin libertad! ¡Me resulta insoportable sólo pensarlo!

BRACK. Querida señora... no me pienso abusar... *(Se interrumpe porque se acercan TESMAN y TEA.)* ¿Y cómo marcha esa restauración...?

TESMAN. *(Con montones de papeles en las manos.)* Tenemos para meses de trabajo, pero me parece que podría ser, que es un buen comienzo... Edda, necesitamos trabajar en tu escritorio porque tiene mejor luz, ¿puede ser...?

EDDA. Sí, claro, les hago lugar, saco algunas cosas.

TESMAN. Está bien así, no es necesario.

EDDA. ¡Quiero sacar mis cosas!

TESMAN. Bueno, tranquila...

Cubriéndose con su cuerpo, EDDA toma el estuche y lo lleva del otro lado de los cortinados, mientras, BRACK y TESMAN hacen comentarios sobre las notas y TEA se acomoda en el escritorio y hojea el cuaderno.

EDDA. *(Que al regresar se acerca a TEA y le pasa la mano por los rulos.)* ¿Cómo marcha ese monumento que estás levantando a la memoria de Eider?

TEA. Va a ser muy difícil poner orden en estos papeles, pero me parece que, con el fervor y el conocimiento de tu marido, es muy posible que lo logremos.

TESMAN. No sé cuántos meses de trabajo vamos a tener con esto, ¡pero lo vamos a lograr! ¡vamos a encontrar el sentido de tus notas! ¡vas a ver!

EDDA. ¿No se te hace extraño, Tea? Ahora estás acá con Tesman, mi marido, como antes estuviste con Eider Lobos... Siempre ustedes así, leyendo, escribiendo, trabajando...

TEA. ¡Ojalá también pudiera inspirar a tu marido!

EDDA. Con el tiempo lo vas a inspirar. Es lo que hacen muy bien todas las chicas buenas. ¿Qué palabra usaste? Fervor... Lo vas a inspirar con tu fervor...

BRACK. Mi querida señora, ¡qué reflexiva se nos puso!

EDDA. ¡Cállese juez!

TESMAN. Edda, va a ser mejor que te amigues con Brack, con nosotros te vas a aburrir demasiado.

EDDA. ¿No los puedo ayudar en nada...?

TESMAN. No, querida, en nada, recién estamos viendo cómo entender estos papeles... Brack, a partir de ahora, usted va a tener que acompañar a Edda.

BRACK. Será un placer.

EDDA. Tesman, estoy cansada, voy a recostarme.

TESMAN. *(Sin dejar de mirar los papeles.)* Está muy bien. *(Se interrumpe para mostrarle una anotación a TEA.)*

EDDA va a su habitación y cierra los cortinados. Pequeña pausa. De pronto se oye música de baile.

TEA. *(Sobresaltada.)* ¿Qué es eso? ¡Por favor, no...!

TESMAN. ¡Edda, no sé cómo se te ocurre! Sacá esa música, ¡pensá en Eider...!

EDDA. *(Asomando la cabeza.)* En Eider, en Haydee, y en la tía Julia. Todos quieren que Edda Gabler no tenga más nada que decir, que sea invisible y silenciosa, que desde ahora en adelante se quede callada. *(Cierra los cortinados.)*

TESMAN. Me parece que la pusimos nerviosa. Estoy pensando que sería bueno si te mudaras a la casa de mi tía Julia, hay lugar de sobra, yo iría todas las tardes para trabajar. ¿No es una buena idea?

TEA. Me parece la mejor y la más generosa de las ideas, ¡sería perfecto para mí!

EDDA. *(Detrás de los cortinados.)* ¡Los estoy escuchando! ¿Y qué se supone que voy a hacer yo mientras ustedes trabajan?

TESMAN. Estoy seguro de que Brack está dispuesto a hacerte compañía.

BRACK. Todas las tardes de dios, señora Edda, ya verá lo bien que lo vamos a pasar.

EDDA. ¿No le encantaría juez? ¡El único gallo del gallinero!

Pequeña pausa. Se oye un disparo. TEA pega un grito, BRACK y TESMAN se sobresaltan y enseguida entra HAYDEE muy alarmada.

TESMAN. ¡Ya está jugando otra vez con esas pistolas! *(Abre los cortinados y ve que EDDA está tendida en el sofá, con un hilo de sangre que le corre por la cara.)* ¡Se disparó! ¡Está muerta! ¡Se pegó un tiro en la sien!

TEA. ¡También mató al hijo!

HAYDEE. ¡Madre del cielo!

BRACK. ¡Estas cosas ya no se hacen!

EPÍLOGO

Se oye la voz de SONIA hablando con su madre desde un teléfono público.

SONIA. Hola, ¿mamá...? Pasó algo muy triste, ¿se acuerda de Edda Gabler? Se mató... Nadie sabe por qué... Estaba recién llegada de la luna de miel, ¡lo siento mucho! (*Pausita.*) Pienso que, tendría que haber miles de brazos para acunar a cada una de las huerfanitas del mundo... Pasé por la casa, el pasto muy crecido, las rosas deshojándose...

La voz de SONIA se va perdiendo entre ruidos de la calle, voces por altoparlantes, bocina-zos.

LAGARTIJAS

Susana Lage (San Juan)

susanalage@gmail.com

PERSONAJES

MATILDE

IGNACIO

Un puesto de cabras en el campo. Se ve como la fachada de una casa de adobe. MATILDE está afuera, colgando sábanas y manteles. Es una mujer de unos cincuenta años, la misma edad de IGNACIO.

MATILDE. No se me secó nada, a mí. Este decía que las tetas, pero no se me secó ninguna a mí. Yo las tenía tan cargadas, subidas casi hasta el cuello, suavitas. Era este que no me quería tocar. Un día se fue, y cuando volvió ya no me quería tocar. Decía que yo tenía la piel cuarteada, y que la piel de mujer que está cuarteada le hacía acordar a las lagartijas. Pero yo la tenía suave. Antes de venir aquí, la tenía suave. Vos me trajiste, a que se me cuarteara la piel. Cuadrados se hacen. Chiquitos, por todos lados. Cuadrados de piel seca. Yo no sé por qué la piel no se seca entera. Se podría poner toda seca, y ni te das cuenta. Pero le da por partirse en cuadrados. A lo mejor por eso este no me quería tocar. Pero él estaba áspero, también. Las manos, las tenía de lija. Si me hubiera tocado las tetas con esas manos me las hubiera arañado, así que mejor. Tenía la piel de las manos como de papel de lija usado, cuarteadas y filosas. A mí las manos se me pusieron transparentes, cruzadas por surcos de piel transparente. Se veían unas venas azules, y si las ponía contra la llama de una vela, se veían como si fueran de vidrio amarillo ¿Cuándo se nos secó la piel a vos y a mí, eh? ¿Cuándo?

Sale IGNACIO a la puerta.

IGNACIO. Matilde, vení para acá, ¿qué carajo hacés ahí?

MATILDE. *(No lo mira.)* El mantel, lo tenía colgado y se voló, otra vez. No sé para qué lavo, si se llena de arena igual todo.

IGNACIO. Que se vaya, entonces, ¿no será que se quiere ir? Que se vaya el puto mantel ese. Estoy cansado de manteles y sábanas que se vuelan. Estoy muy cansado. Vení, mirá lo que hice.

MATILDE. Qué me importa lo que hiciste. Tonteras con la madera.

IGNACIO. Mirá, la terminé de tallar (*Es una cruz cristiana de madera.*) Vení.

MATILDE. (*Sin mirar.*) Ya sé lo que es. Otra cruz.

IGNACIO. Sos una lagartija ladina. Eso es lo que sos. No querés mirar, porque te la pasás con las telas ahí afuera. No querés mirar, porque le tenés miedo a la revelación.

MATILDE. Dejame en paz.

IGNACIO. Eso es lo que no tenés. Paz. A mí me sobra. (*Como predicador.*) Encontré la paz que todo lo cura.

MATILDE ríe a carcajadas.

IGNACIO. (*Igual.*) La paz infinita que se escucha entre este arenal. La paz de los cactus reventando de agua.

MATILDE. Reventando, sí, miralos (*Ríe.*)

IGNACIO. (*Igual.*) Y así, de a poco, la revelación aparece entre los cerros.

MATILDE. Dejame en paz, te dije. ¿De qué hablás? De cuando te fuiste, ¿de eso? De cuando volviste como chala quemada, ¿de eso?

IGNACIO. Lagartija estúpida. (*Quiere cambiar de tema.*) Fijate, vení, no quiero mostrarte nada, vení, decime.

MATILDE. (*Sigue sin mirar.*) ¿Qué?

IGNACIO. Decime, ¿qué hicimos el mes pasado, a ver?

MATILDE. Qué sé yo, lo mismo de todos los días. Me trajiste para acá. Me trajiste a vivir a este arenal.

IGNACIO. ¿Todos los días? ¿Todos los días te traigo a vivir aquí?

MATILDE. El mes pasado. Fue cuando me trajiste a este puesto de cabras...

IGNACIO. El mes pasado... El mes pasado estabas ahí parada como ahora doblando telas. Hace dos años que vivimos acá, enterate, con las tetas se te secó el cerebro, a vos...

MATILDE. Entonces no sé qué pasó antes del mes pasado ¿Habrá aparecido Dios, nomás? (*Carcajada violenta.*)

IGNACIO. ¡No te permito que hablés así!

MATILDE. ¡Entre las cabras, dios! (*Carcajada.*)

IGNACIO. ¡Te digo que no pronuncies su santo nombre en vano, hereje de mierda!

MATILDE. ¡Envuelto en un mantel! ¡Ahí lo tenés a tu señor! ¡Envuelto en un mantel! ¿Por qué no corrés detrás de él, ah? Andá, Ignacio, dale, atajalo a tu Dios, dale, atajalo...

IGNACIO. Qué vas a saber de eso, vos... qué vas a saber... mirá que se va a ir con un mantel... no haría eso... es invisible, no necesita de una tela para volar. No necesita volar. Está en todas partes. Aquí también. No lo escuchás...

MATILDE. Qué tengo que escuchar... (*Cambio. Conciliación.*) Tengo el mate hecho, entremos, dale...

IGNACIO. No lo escuchás... yo sí... me dice cosas... hoy me dijo que no iba a correr el viento este mes. ¿O vos no sabés que no corre siempre, eh? ¿No lo sabés, carajo?

MATILDE. Tengo el mate listo adentro, dale...

IGNACIO. No corre siempre...

MATILDE. Vení...

IGNACIO. Va a haber bastante agua este año. Están muy blancos los cerros. Nevó mucho, ¿ya lo viste? Se va a desbordar el río, vas a ver. Va a bajar muchísima agua.

MATILDE. Y que nos lleve a todos de una vez.

Pausa.

MATILDE. Qué nos va a llevar. Ese río está seco. Yo creo que en ese río los peces levantan polvareda (*Ríe a carcajadas.*)

Pausa.

MATILDE. Y además, está el tema de las sábanas. Yo, escuchá bien lo que te digo, yo no he nacido para andar disputándole al viento un mantel, ¿me oís?

Pausa.

MATILDE. Yo daba clases en la escuela antes de venir aquí. Y no era vieja.

Pausa.

MATILDE. ¿Qué mirás tanto para allá? ¿Qué esperás? Si no viene nadie. Nunca viene nadie. Y no va a venir ahora, ¿no te parece?

IGNACIO. Lo que me parece es que ese perro tiene pulgas.

MATILDE. ¿Y si me voy? ¿Eh? Qué tal si me voy. Volando.

IGNACIO. Lo voy a bañar. Es un perro bueno. No se come las gallinas.

MATILDE. Y no sentirme sola. Nunca más.

IGNACIO. No te acordás de nada. No te acordás del mes pasado. El mes pasado celebramos la ida de Cristo al desierto, ya no te acordás.

MATILDE. Cuándo celebramos.

IGNACIO. Yo celebré. Fue cuando venció a Satanás.

MATILDE. Si no llueve, te digo que ni un miserable poroto cosechamos esta vez, sataná.

IGNACIO. Yo celebré. Fue cuando subí los cerros. Y allí sentí lo que él habría sentido. Entonces me habló.

Pausa.

IGNACIO. Fue entonces cuando me habló. Y me dijo “Mirá, Ignacio, tomá a tu hijo y traelo para acá”.

MATILDE. ¿Qué hijo?. Decime, ¿cuál hijo? No tenemos hijos.

IGNACIO. “Ese hijo ni siquiera es tuyo, Ignacio, es de esa mala mujer, así que traémelo”

MATILDE. Me voy a ir, con el viento me voy.

IGNACIO. “Como Abraham, mi querido Ignacio, pero peor todavía. Vos me lo traés y yo me lo llevo. Fruto del pecado, de la mala mies.”

MATILDE. Me voy a ir, carajo, me tomo una ráfaga de estas, me subo a un mantel, me voy de acá.

IGNACIO. “Esta mujer, mi hijo amado Ignacio, no es una Magdalena, así que no te pongas a perdonarla. Tirale piedras. Vos tiráselas de a una. Yo las acomodo”. No soy más que su instrumento, ¿te das cuenta? Pero parece que te perdonó. Estabas acá cuando volví.

MATILDE. Vení, entremos.

IGNACIO. Ella era tan hermosa como la luna. La piel blanca. Brillaba en lo oscuro. Nunca había visto una piel que brillara en lo oscuro. Me gustaba tocarla, podría haber pasado días tocándola, sin parar, pero había que hacer otras cosas. Planté uva ese año, y se secó todo. Desde que me sequé, se seca todo. Quizás aquí no había que plantar eso, no sé. No sé mucho de plantar. Yo vine a que él me hablara. Y tocarle la piel a ella a la luz de la luna, solos, él, ella y yo. Entonces todo habría sido perfecto. La cosa es que no llovió. ¿Cómo hace la gente? A ver. A mí se me secó todo. Hasta su piel. Y la mía también, pero eso fue porque me quemó el sol, no sé, me quedé así. Y si no llovió, por algo fue. Por el pecado, seguramente. Él se enojó, el pecado lo enoja, y nos castigó. Pero no entiendo por qué me castigó a mí, si a la que había que castigar es a esta ramera, que desparramó el pecado por los surcos y los secó. El agua debe haberse asustado, el agua no quiso pasar por surcos quemados, seguro se veían rojos y humeantes todavía, el rayo flamígero los había calcinado y el agua, sabiamente, no quiso pasar.

MATILDE. ¿Y qué quiere decir flamígero?

IGNACIO. Ardiente, llameante, esplendoroso.

MATILDE. Un rayo esplendoroso. Y luciérnagas furiosas.

IGNACIO. Curiosas.

MATILDE. Curiosas.

IGNACIO. Y es un rayo misterioso. Ya no tenés memoria, vos, ni lógica, ¿qué tiene que ver este rayo con las luciérnagas?, ¿qué carajo tiene que ver el rayo de Gardel con el rayo de furia de él?, ¿querés volverme loco? Ya no te acordás de nada. De nada. Ni siquiera estás aquí para acordarte...

MATILDE. Basta, por favor...

IGNACIO. ¡Él quemó los surcos para que no pudiera pasar el agua y nos muriéramos acá, te das cuenta! Y vos no te acordás. Yo sufro el castigo y vos no te acordás...

MATILDE. ¿De qué?

IGNACIO. De cuando subí a los cerros para celebrar el encuentro con satanás en el desierto.

MATILDE. Cuando te quemaste, cuando volviste como lija.

IGNACIO. No me quemé ahí arriba, fue acá, cuando su ira se convirtió en una llamarada.

MATILDE. Y te fuiste, desapareciste, me dejaste acá, me trajiste acá para irte después.

IGNACIO. Ardía esta casa como el mismísimo infierno.

MATILDE. Y no te importó un carajo de mí, decime, ¿cuándo te importé? Maldito loco.

IGNACIO. La ramera ardiendo en los fuegos de Lucifer...

MATILDE. Estás loco.

IGNACIO. Revolcándose como una perra...

MATILDE. Dejame, te digo, dejame en paz...

IGNACIO. Desnuda, con la piel cuarteada, desnuda.

MATILDE. Soltame

IGNACIO. Y ese degenerado tocándote, esa bestia tocándote, encima de ti.

MATILDE. Te quemaste entero, y alucinaste, entendolo. El sol estaba muy fuerte, muy alto, no te cubriste la cabeza, y te dio directo, durante horas.

IGNACIO. Y se reían, con los dientes podridos en la boca, la saliva emponzoñada.

MATILDE. ¿No te das cuenta? Te cegó una llamarada, te quemaste allá arriba, y bajaste alucinando.

IGNACIO. (*Tomándola del pelo, hincándola.*) Él me dijo que no te perdonara, una piedra detrás de otra, una encima de otra.

MATILDE. ¡Él no dijo nada, nunca dice nada! ¡Nadie habla aquí! ¡Aquí no hay nadie!

IGNACIO. Nadie que no sea el que se metió en mi cama, manchando de lujuria mis sábanas.

MATILDE. Imaginaste todo, Ignacio. Te puse paños de agua fría en la cabeza, y delirabas.

IGNACIO. ¿Eso aluciné? Decime, pecadora, ¿eso aluciné? ¿Acaso el sol me hirvió el cerebro y vi visiones?

MATILDE. Te hervía la cabeza.

IGNACIO. Entonces eran visiones. Decime... decime, eran visiones... ¡Decime de una vez! ¡Decime, lagartija, estaba delirando, ¿verdad?

MATILDE. No. No eran visiones.

Pausa.

MATILDE. (*Recoge manteles. Comienza a tender.*) Nos podría llevar lejos, el viento este de porquería.

Pausa.

MATILDE. Decís que nevó arriba.

IGNACIO. Sí.

MATILDE. Vendrá agua, seguro.

IGNACIO. Quién sabe.

MATILDE. ¿Y qué hacés ahora?

IGNACIO. Tallando una nueva, la otra no me gustó, la expresión, le faltó expresión a la cara.

MATILDE. Tenías razón, se calmó el viento, mirá si no corre este mes... Entremos, está refrescando. Vení, preparo el mate.

IGNACIO. Ya termino con esto.

MATILDE. (*Entrando.*) Te vas a resfriar, dale, vení, un mate calentito.

IGNACIO. Le falta expresión a la cara, no sé, más dolor...

OSCURO

NUEVA EN EL HORIZONTE DE UNA TIERRA

Sol Bonelli (Ciudad Autónoma de Buenos Aires)

bonellisol@gmail.com

PERSONAJES

ARIANA

UNA

DOS

I

Recién nace una noche de luna llena sobre los escombros. En la bruma que se eleva desde abajo, flota el sonido de grillos mayúsculos. Alas de toda especie agitan el aire, y el zumbido parece una radio encendida que rebota contra los restos de edificios. En la intemperie de una terraza, reina una gran antena caída. Bajo su sombra, se camufla una bicicleta sobre un pedestal que le impide tocar el suelo.

En el caño cercano a su rueda trasera, tiene un aparato pegado que suelta una cabellera de cables enraizados en viejos dispositivos de pantalla (Celulares, computadoras, tabletas.) que son las únicas fuentes de luz artificial en este mundo. Bajo un plástico transparente, iluminado por estos dispositivos, se intuye una huerta naciente en botellas y bidones plásticos. A un costado, reposan unos remos.

La quietud se rompe. Tres luces avanzan desde un costado de la terraza. Sus haces permiten divisar a quienes las manipulan: tres personas bajo improvisados trajes (Hechos con guantes y bolsas plásticas.), arrastran un kayak, una red y un gran envase con agua sucia, peces y larvas. Sus rostros están ocultos tras máscaras buco-nasales, que conectan por un tubo a mochilas transparentes, en cuyo interior prosperan plantas fotosintéticas. Con cuidado, apoyan el kayak en un costado de la terraza. Las respiraciones agitadas pueden oírse a pesar de los graznidos, aleteos y croares. Cada una a su modo, pero al unísono, se sacan con hartazgo las máscaras y depositan sus “mochilas-vivero” en un sitio exacto, cerca de la huerta. Tres mujeres, muy parecidas y de la misma edad, se quitan sus trajes protectores, casi al unísono, hasta quedar en similares musculosas y shorts. Hace calor. Cada una a su modo, pero al unísono, cuelgan sus trajes y se dispersan. UNA se sienta a pedalear en la “biciclétrica” y activa la iluminación de los aparatos. DOS agarra algunos y apunta sus luces sobre ARIANA, que luego de apoyar el envase de agua sucia y animalescos cerca de la huerta, va hasta el borde de esta edificación que se eleva, única, 360 grados a la redonda.

ARIANA mira al horizonte sin fin. Primero hacia el Sur, luego al Norte. Gira al centro y abruptamente grita, desgarrada. Su voz irrumpe en el orquestado bochinche de aves e insectos, y queda flotando en la atmósfera. Luego se aquieta, mirando las estrellas que asoman en el cielo nublado. UNA salta de la “biciclétrica” donde pedaleaba, y vuelve la oscuridad, pero ella igual avanza hasta el borde de la terraza. Con un gesto, manda a ARIANA a pedalear. Ella obedece sin mirarla. DOS ahora ilumina a UNA, que sigue a ARIANA con la mirada, pero habla al horizonte.

UNA. Extrañas cómo eran las cosas antes de que nuestros monstruos reventaran. Pero hay que admitirlo. Somos un cobertizo sin su techo de paja. Se volaron todos los patos. Hoy, si una persona vive, es un poema. Uno de esos cuentos que leíamos antes de dormir, buscando que sean dulces como mantas de lana labrada.

DOS. *(Se ilumina a sí misma desde abajo. Tétrica.)* Pero el globo recalentó y la tierra se sacudió de encima lo que le estorbaba. Los rascacielos cayeron como elefantes picados por misiles en las patas. Se hacían polvo contra el cemento que se abría en abismos.

UNA. *(Se alumbra igual que DOS.)* El polvo cubrió todo. El aire blanco tamizó el Sol, que hacía décadas ardía las pieles. Todo, mientras nos llovían cascotazos de civilización edilicia. *(A Ariana.)* ¡Recordá cómo llegamos acá después de meternos en los hormigueros del subte!
ARIANA. *(Ensimismada.)* Quise olvidar que el mundo se caía, escondiendo la cabeza bajo la tierra.

UNA ilumina a DOS.

DOS. Era de esperar. O ¿Dónde va la gente cuando bombardean?

UNA y DOS hunden los haces de luz en sus pechos y hacen oscuridad.

UNA y DOS. *(Al unísono.)* Bajo tierra.

DOS ilumina a UNA.

UNA. Ir al subte, por unos días funcionó. Creímos que, al menos ahí abajo, las osamentas de cal y arena en abrupta deconstrucción, no nos harían daño. Sin notar, que la red de arroyos profundos crecía, y nos atrapaba entre dos demonios.

DOS. Al desborde hidráulico, se sumaron las lluvias torrenciales. Empaparon cada grieta y se deslizaron, impunemente, por las heridas de la nueva geografía.

ARIANA. *(Desde la bici.)* Y abrieron nuevas...

UNA y DOS. Y todo eso fue...

UNA, DOS y ARIANA. *(Al unísono.)* ¡Tragedia!

UNA. La humedad fue laguna desbordada, riacho y mar, en cuestión de minutos. En lo que era la vuelta de casa, ahora se alojan las larvas, que florecieron al calor del nuevo hábitat.

DOS. Que cambió, como cambia desde siempre. El río nunca es el mismo. Tampoco las calles. Andá a buscar Independencia y Defensa en el mapa. Y a ese punto geolocalizante, que ahora sólo es una vieja idea, sumáale toneladas de aguas empantanadas, con restos de cotidianidad.

UNA. Y con toda la mugre sanitaria que le metieron al aire para paliar las infecciones masivas, de bichos de todo tipo, que afloraron después de las inundaciones.

DOS. Con los miles de insectos agigantados que los acompañaron.

UNA. ¡Lanzaron al aire fumigaciones, tan populares como venenosas, pretendiendo salvación! Pero la nube destiló sus químicos al suelo con las lluvias, que saciaron toda sed de catástrofe. ¡La ciudad entera quedó bajo aguas negras, olorosas, irremediables!

DOS. Siempre estábamos corriendo a ver otro horizonte. Ahora, no vemos más allá de la nariz. Y se volvieron resacas nuestras manos.

ARIANA agitada de pedalear. Confiesa.

ARIANA. Yo todavía sueño. Beso a mi amor, con una lengua lenta y mojada. Y mis uñas, rojas, se pasean por su pecho desnudo, hasta casi tocar sus latidos. Después me despierto, y mis ojos vuelven a navegar calles vacías. Y al fondo de lo que fue la avenida...

UNA y DOS. *(Al unísono.)* ¡¡Más ancha del mundo!!

ARIANA. Se traga el paisaje inundado, un Sol naranja a media asta, que ciega, con sus rayos secuaces rebotando en el oleaje...

UNA. ¡Adoren este horizonte urbano de fin de siglo! ¿No es especial?

DOS. ...mente predecible.

UNA. No te permito. De los balcones cuelgan enredaderas, el zumbido es ensordecedor. Pero la niebla tóxica, ¿También te la esperabas? *(Se asoma apenas por el borde.)* Sólo seres transgénicos reinan hoy ahí abajo.

ARIANA. *(Pedalea.)* Se agrandaron, para equipararse, al ego de la humanidad.

DOS. Como este NeoParaná, que engordó incalculables kilómetros. Muchos más que los que le dieron su fama colonial.

UNA y DOS. *(Al unísono.)* “El río más ancho del mundo”

ARIANA. *(Agitada.)* Su cauce, todavía lleva el llanto, de la gente, hasta el mar.

DOS. Que creció, hasta acá a la vuelta.

UNA. Todo es agua, sí. Pero entre la marea que inundó para siempre la París sudaca, se ve

que asoman pandillas de hierbas.

DOS. Las emana la tierra, desde el barro, porque sí.

UNA. Porque puede.

Entre las ventanas de lo que fue un departamento, se refugian carpinchos, ratas y toda la fauna fluvial que acunó hasta acá este nuevo mundo. En el cielo, se multiplicaron los caranchos.

Y digamos todo, bajo la superficie aceitosa, también engrosaron los cardúmenes...

ARIANA baja de la bici. Toma un frasco y mira el líquido y los peces ahí dentro.

Con un gesto, UNA manda a DOS a pedalear.

ARIANA. ¿Y qué? Si una mojarrita basta para pudrirte entera. *(Deja el frasco.)* Tengo hambre.

ARIANA ilumina la huerta buscando, algo para comer.

UNA. *(Entusiasta.)* En el tacho brotaron varias semillas que planté. Cuatro zapallos. Las demás, tomateras. Parece mentira, pero a pesar del clima, las germinaciones aún enraízan en el paraíso que supimos conseguir, de lombrices, hongos y ciempiés...

ARIANA no encuentra nada maduro que comer. Todo aún está germinando.

DOS. ¡De los de antes! Inconfundibles con los de ahora ¡Crecen a una escala! ¡Su cabeza es como mi mano!

UNA. Vieron oportunidad. Y se supieron expandir...

UNA extiende un frasco de pastillas vitamínicas. ARIANA lo agarra sin ganas y sin mirarla. Pone un par de pastillas en su palma, se las lanza a la boca y mastica.

UNA. Dan terror cuando se deslizan por el moho de las paredes, que ya son parte de esta flora reciclada. Demasiado grande todo: los bichos, el río y este devenir.

DOS. *(Pedalea.)* Aunque sabemos, nunca es demasiado. *(La mira a ARIANA.)* Ni suficiente.

ARIANA. Ya no sirve medir cuán profunda es la oscuridad del agua,

DOS. *(Aminorar la velocidad de pedaleo, mirando el cielo.)* Será cuestión de ver los nuevos dibujos que arman las estrellas.

DOS baja de la biciclétrica y se apaga la luz. Oscuridad y nuevas constelaciones de estrellas.

UNA. (*Ilumina a DOS.*) ¿Seguís con eso?

DOS. (*Ilumina a UNA.*) ¿Y con qué voy a seguir?

DOS y UNA iluminan a ARIANA a dúo.

ARIANA. Miento si digo que caminé, como cuando antes llovía y dejaba que las gotas me mojen. Pero fui recorriendo a remo esta ciudad, llena de miedo. Distinguí la punta Art Decó del Palacio Barolo, y me ubiqué en el plano mental que tenía del casco histórico. Busqué con la mirada el Congreso, a pocos kilómetros. Pero la cúpula verde... No estaba. Después entendí. En ese momento, no. No entraba en mi cabeza, ¿Cómo un macizo de bronce hecho hace casi tres siglos pudo pulverizarse así?

DOS. (*Ilumina el paisaje.*) Como todo lo demás.

UNA. (*Apunta la luz a DOS.*) ¡Todo no! Nosotras no.

DOS. Todo lo demás, salvo nosotras.

UNA va a pedalear. Le habla a ARIANA, pero ella no la mira.

UNA. Y tan típico que aproveches el día que amaneció un Sol gentil para escapar al Sur, a ver lo que no tiene arreglo.

ARIANA. Hubiese atravesado la plaza de los Dos Congresos...

UNA. No cabe duda, la ingratitud.

ARIANA. Pero un sin fin de cráteres agujerea ese territorio. Todo quedó dividido por aguas negras que se tiran a los abismos, sueltas. Sin saber si llegarán al infierno, o no.

UNA. ¡Sin duda!

ARIANA mira el cielo.

ARIANA. Esa fue la primera vez que miré arriba de nuevo. No iba a rezar. No sé porqué lo hice. Es un reflejo que arrastro de antes. Siempre que quise...perspectiva. Me tranquilizaba saber, que lo que sea que me pasara, no era más que una historia más. Imperceptible en la grandeza del Universo. “¿A quién le importa?” pensaba, y me calmaba vivirlo así. Imaginaba cómo lentamente mi...meollo, mi...infinito dilema, se iba yendo del primer plano, hasta poder verlo de lejos. Lejos, punta de las antenas más altas; lejos, estratósfera; lejos, años luz de mi conflicto. Entonces, creía que todo iba a pasar. “Esto también pasará”, me repetía. Pero ahí, cuando después de todo, miré de nuevo a las estrellas por primera vez, entendí. Esto no iba a pasar. No me lo creí. No pude creérmelo más.

Pausa. Silencio incómodo.

UNA. La Tierra rotó, evidentemente.

DOS. El cambio es lo único permanente.

ARIANA. *(Con furia triste.)* ¡¿Cómo las estrellas no iban a cambiar?!

UNA. Y no sólo ellas. *(Pausa.)* No voy a mentir. Quiero mi pasado. Aunque sea un instante, a veces creo que como eran las cosas antes, estaba bien. Después, me sulfata el olfato, este aroma a selva química que impregna todo. Y sé.

DOS. Hasta acá nos trajeron las cosas, como eran antes.

ARIANA. El cielo que creímos eternamente igual, es irreconocible. Entonces vi, alas métricas de libélula, dibujar un ocho en el aire, antes de posarse sobre los picos verdes que aún asomaban.

DOS. Rapiña, de la democracia derrumbada.

UNA. ¿Qué más pudiste ver? Que valga la novedad...Porque sabemos que cráteres hay por todos lados, y ríos subterráneos también.

ARIANA. Nada más. El Sur, es inaccesible. Fue apenas un paseo.

UNA. *(Sin esconder su furia.)* ¡Paseo lo llama!

ARIANA. ¿Cuánto tiempo hace que no veo, de carne y hueso, ni un alma?

UNA, DOS y ARIANA se miran como por primera vez. ARIANA comienza a reír fuerte. La siguen UNA y DOS. Hasta que DOS se pone seria y asiente. Mira a ARIANA.

DOS. *(Excusándose.)* Desde chica me interesó la ciencia.

UNA asiente y mira a DOS.

UNA. Ver lo invisible, al ojo de la especie.

DOS. Al fin y al cabo, todo se trata de interacciones. Las combinaciones infinitas de moléculas son de tanta vehemencia. Tanto poder tienen en su libre albedrío, que todo el mundo pueden crear...

UNA. ...y destruir.

ARIANA. Como cuando las manitas de mi niña diseñaban una figurita de masa, con todo detalle. Y en un parpadeo, la apretaba fuerte dentro de su puño. La amalgamaba entre sus ínfimos dedos...

DOS. Para devolverla... A la potencialidad. De lo que se puede amasar y reformular, en una nueva combinación de neutrones y estallidos de protones.

ARIANA. ¡Todo en el mundo se trató siempre de relaciones!

UNA y DOS se miran. ARIANA se dispone a dormir. Tira una gran bolsa en el suelo. Es una especie de carpa iglú de plástico translúcido. ARIANA pone las varillas que sostienen la carpa.

ARIANA. ¡Se sabía! Las fronteras de lo que llamamos civilización se extendieron a tal punto sobre los ecosistemas, que forzaron su aniquilación.

UNA. O peor...

ARIANA. Generaron interacciones, nuevas.

UNA. Bruscas.

ARIANA. Sin tiempo de adaptación...

UNA. ...entre organismos existentes, extintos o por existir.

DOS. Se sabía.

ARIANA. El tic tac de la cuenta regresiva, a todos nos explotó. Se sabía.

UNA alumbrándose con un celuluz, va a revisar la huerta. Antes de entrar al iglú plástico, ARIANA se detiene con el celuluz en las manos. Por cómo sus dedos tocan la pantalla, parece que escribe en el teclado. DOS la observa y busca distraer a UNA narrando la historia de las ranas como si fuera un cuento infantil.

DOS. O como “La historia de las dos ranas”. Había una vez, dos ranas. A una, la tiraron a la olla donde el agua toda hervía. Pero sus largas y musculosas piernas, cubiertas con la piel más sensible, saltaron espantadas en el mismísimo acto que percibieron el mortal calor.

ARIANA entra al iglú y apaga su celuluz. UNA termina de escuchar a DOS y entra al iglú. Imitando exactamente los movimientos de ARIANA, apaga su celuluz y se acomoda a su lado, copiando su pose. Mientras las observa, DOS termina su cuento.

DOS. A la otra rana, la sumergieron dentro de la olla, con agua templada, y entonces, la rana se quedó. Pero luego, la hornalla se prendió. La rana entera, no sólo sus largas piernas, musculosas de piel sensible, la rana completa, se hirvió. Su cuerpo anfibio al calor adaptó, sin notar que presenciaba en vida, su propia cocción. Y colorín, colorado...

Entra DOS al iglú. Tal como ARIANA y UNA lo hicieron, se acuesta. Con ARIANA en el medio, las tres usan la misma pose para dormir.

II

Oscuridad y estrellas. Sonidos del insecterío reinante. En ese paraje, la gran antena caída parece un gigante mudo, derrotado para siempre. Suena un ruido electrónico y se van prendiendo los celuluz. Con movimientos lentos pero similares, como en una coreografía desfasada, las manos de ARIANA, las de UNA y las de DOS agarran cada una, su celuluz. A través del plástico, se oyen sus voces, se ven sus sombras.

ARIANA. ¡Mensaje!

UNA. *(Se asoma por el costado.)* ¡IMPOSIBLE! ¿Qué nos puede ahora llegar?

DOS. *(Se asoma por el costado.)* ¿Contestaron? ¿Captó entonces una señal?

ARIANA. Está cortado.

UNA. ¡¿Qué dice?! ¿Algo parece indicar?

ARIANA. Números y letras.

UNA. ¿Qué significa?

DOS. ¿Es una respuesta?

UNA. ¿Qué significa?

DOS. ¿Quién lo pudo mandar?

ARIANA. Es de larga distancia el número. Aunque el mensaje, está incompleto. Todo, no se llegó a bajar...

UNA. ¿De qué fecha será?

ARIANA. De hoy, dice acá.

UNA. *(Se ataja.)* Porque hoy lo recibimos, es imposible que sea actual.

DOS. *(Mira la antena y al cielo con curiosidad.)* Algo sigue funcionando. No lo vayamos a negar.

ARIANA sale del iglú. Mirando al cielo oscuro.

ARIANA. Un mensaje bajó de la nube.

DOS sale también, siguiéndola.

DOS. Parecen coordenadas. Seguro marcan un lugar. ¡Al Sur! ¡Ahí marcan! ¡Al sur! ¡A salvo estarán!

UNA sale atrás, sospechando.

UNA. ¿A salvo? ¿Al Sur? ¿Qué...? (*Las mira con sospecha.*) ¿Qué están estipulando acá?

DOS. No se estipula cuando se entiende lo que se ve, sin dudar. El mensaje está incompleto, pero es obvio. Durante los meses... Desde que empezó el fin, y este horizonte nuevo nos cuajó al medio. Aisladas y rústicas, nunca perdí la noción... No podemos solas, ser. Y acá, tenés la solución. Navegar, hasta donde nos dice.

ARIANA. Si con solo decirlo, pudiese creer. Siempre fui incapaz.

UNA. Ni siquiera se trata de eso.

ARIANA. Cuenta regresiva, vuelta atrás. ¿No me escuchaste lo que conté? ¿O no cabe en vos mi infelicidad? Al sur, ya vi, es imposible remar.

DOS. ¡La vida se abre camino, hay que ver, qué forma habrá para llegar! Lo que sea, es posible... ¡Hay que vivir, antes que renunciar!

UNA. (*Va a pedalear para encender más luces.*) En cuanto a eso, pensaría más: Que las germinaciones, para que crezcan, se tienen que iluminar; En cuántas vitamínicas, por cuánto tiempo, nos pueden durar. O la reserva de agua, ¿Cómo la vamos a engrosar? Si la vida se abre camino...en ESTE camino hay que ahondar. Nos falta mucho para paliar, lo básico.

DOS. ¿Más básico que respirar? ¿Qué comer y cagar? Eso, aún nada nos lo pudo quitar. Y sin embargo...

ARIANA. ...no es igual que vivir.

UNA. Sobre-vivir es lo que nos toca y aún, créanme, estamos lejos. Hace tiempo permanecemos...desprovistas, inciertas... ¿Tanto importa un mensaje "caído de la nube"? ¡Qué gracia! ¡Qué etérea! Si apenas se puede descifrar (*Mira a ARIANA.*) Todo, menos lo importante...

DOS. (*Interrumpe, terminante.*) Lo importante... ¿Desde qué lugar? Si sigo sobreviviendo acá, me voy a terminar por morir. Jamás creí eso del soldado que sirve para otra guerra. Acá, esta es la guerra, pero aún hay salida...

Pausa.

ARIANA. (*Recuerda.*) Hasta llegar aquí, tres tipos de muerte vi.

DOS, ARIANA y UNA. (*Al unísono.*) La Blanca

ARIANA. Cada alma sola, en el hospital. Rodeada de gente ajena...

DOS. Con trajes estériles para el dolor.

DOS, ARIANA y UNA. (*Al unísono.*) La sucia,

ARIANA. Cada rincón del cuerpo intoxicado.

DOS. Lo que llamábamos agua, era cocktail de glifosato.

ARIANA. Y la Acuosa

DOS, ARIANA y UNA. (*Al unísono.*) La final,

DOS. (*Sin novedad.*) Los terremotos, el alud,

ARIANA. (*Trágica.*) Las aguas negras de la inundación total.

UNA. ¡De las tres salimos a salvo!

DOS. ¡¿Llamás a esto estar a salvo?! No entiendo.

UNA baja de la bici. Impulsivamente toma una mochila-vivero, y por la fuerza, le pone la máscara buco-nasal a DOS. ARIANA revisa, otra vez, el mensaje en su celular.

UNA. ¿Ahora entendés? ¿O precisás más?

Furiosa, DOS se aleja de UNA a manotazos. Se saca la máscara con cuidado, pero antes tomar unas bocanadas de aire.

UNA. A salvo de todo...

DOS. A riesgo de estar...

Cada cual se mira a sí misma como si fuese la única persona viva en el mundo.

UNA. ¡Viva! ¡Llegaste acá! Presumí. O ¿Cuántos pueden contarlo?

DOS. ¿A quién?

Pausa.

UNA. ¿Por qué será que no me extraña?

¡Trastabillás la calma de adaptarse al medio, para echar por la borda, nuestro inicio de estabilidad!

DOS. ¿Por mensajear SOCORRO, por las noches, a lo que sea que quede de humanidad? ¡Claro! ¿Por qué no? ¡¿Cómo que no!? Lamento si te da miedo asumir que esta cucha, no es ninguna cuna de otra nueva civilización. Acá, también nos estamos ahogando. Hace mucho.

DOS y ARIANA, se miran un rato hasta que ARIANA habla.

ARIANA. Antes de llegar a aquí, tres tipos de muerte vi. Pero puede que no sean ellas, entre lo que haya para elegir. El mensaje no parece una respuesta. Está suelto. Como si alguien, hubiese arrojado una botella al mar, sin saber si hay otra orilla más que la que pisa. Sin coherencia, sin pretensión más que la de avisar...sólo eso. ¡Que existe!

DOS. (A ARIANA.) Tanto desearlo...

ARIANA y DOS miran la antena caída y luego al cielo. UNA las nota.

UNA. Mis deseos, lejos de cumplirse están. ¡O piensan que no querría pizza, cerveza y puchó! ¿No extraño acaso? ¿No tengo la cruel sensación de que todo pasado era mejor? Pero eso que la atracción hace a la concreción...es tufo del otro mundo. En este, ¡A sudar la cancha! ¡A nadarla entera!

DOS. ¡Estamos de acuerdo, entonces! ¡Que así sea!

UNA la mira a ARIANA sin entender. DOS le habla a ARIANA, queriéndola convencer.

DOS. ¿Por qué no lanzarse a la aventura? Si salvarnos fue nuestra condena, salgamos. Renunciemos a esta mísera existencia. Tomemos la nave por los remos y vamos. Leyendo en las estrellas el nuevo camino, con estas coordenadas como destino. Pioneras, en búsqueda de otras tierras que esperan: Hacia los altos, que superaron la tormenta, y hoy en tierra firme, miran de arriba la marea.

UNA. ¡Épico! E improbable. ¿Salir a hundirse en el primer temporal que estalle a la deriva? O a desnutrirse lentamente, mecidas por las olas, sin velas en las que sople el viento. Pegarse un tiro, sería la metáfora, si existiese tal posibilidad.

ARIANA. Yo aún sueño, escurriendo sus latidos en mi palma. Y las manitas, después de jugar con masa, acarician mis sienes. Y sus dedos minúsculos arrastran mis párpados cerrados, hasta el borde de mis cejas, para obligarme a ver.

UNA. ¡¿Un mensaje querés?! ¡El sueño ese! ¡No los números y letras! ¡No las coordenadas supuestas! ¡Que se descolgaron de un satélite residual, por la estática que conectó una señal vieja! ¡El sueño ese! ¡Las manitas que obligan a ver! ¡A ver! Que un nuevo mundo se parió, que la naturaleza, o como sea que se llame, despliega su magia a pesar de todo, y de este paisaje original, nos toca ser testigos. ¿¿Qué digo testigos, mujer?! ¡Protagonistas! Y eso conlleva...paciencia y destreza...y concentración.

ARIANA. (*Se asoma al borde.*). Soliloquio a tres voces. No es que no lo veo. Por más que mirar, hoy se parezca a encerrarse en la noche con el abismo enfrente. No creas que no lo escucho. (*ARIANA se gira abruptamente a UNA y DOS.*) ¡El mensaje no es lo importante! Cuando se arroja una carta a las olas, cuando a la pata de una paloma, le ata alguien un papel. ¿Realmente lo que llega es lo que leo? No importa lo que diga el mensaje. Aquí, con estos números y letras, por más que no se entienda del todo, queda claro. Hay alguien que está allá afuera. Donde creímos la nada oscura, una ínfima luz destella. Y, sin embargo, no sé qué responder.

UNA. (*A ARIANA.*) Nada. Apartá tus dedos del teclado antes que naufragues en la locura. ¿Jugar con la ilusión de volver a alguien? Después de todo lo que pasó. Por más que sea

desconocido, o sobre todo por eso, pero más aún, insisto, sin seguridad, que de donde sea que lleguen estas coordenadas, sean reales.

DOS. Pero suponiendo...

UNA. Suponiendo que es una señal actual, que llega este mensaje vaya una a saber por qué...

DOS. ...Digitales plegarias nuestras.

UNA. ¿En serio eso busca sin descanso un engendro? Porque ya eso somos ahora: Nuestra propia creación. ¿En serio queremos ir a jugar las reglas de quién sabe quién, a dónde, ni por qué? Lo que hubo hasta acá, ¿No nos bastó? Hoy, somos dueñas de nuestras vidas. Por más rústicas que sean. Nuestros son los tiempos, nuestras las decisiones. (A *ARIANA*.) Podemos hasta fantasear una muerte también, nuestra. Que no sean inevitables, ni únicas, las miserables opciones que nos ofreció el Orden primero, y el kaos después. Ya tanto se nos quitó. Ahora estamos solas, sí. Pero somos propias y libres.

DOS. ¿Para mirar sentadas en el balcón? Si todo fue destruido, crear un mundo minúsculo donde apenas quepa nuestro aliento ¿Es para vos, la libertad?! Reinventemos todo, ¿Pero solas? ¿En esta terraza? Me deprime.

UNA. ¿Y en cambio? ¿Querés irte a amuchar con otras respiraciones? ¿Para? Vivir en sociedad, implica hacer un pacto. Cuando la naturaleza te da tanto miedo que decidís ser parte de una, hay cosas que se deben ceder. ¿O no lo vimos? Eso es lo que, imploro, te preguntes. ¿Cuántas de las pocas cosas que aún podemos ser, estás dispuesta a perder, con tal de ir a acatar las reglas de otro? En un "nuevo" orden donde ¿Quién sabe quién repartió las cartas?! Acá, si queremos nos vamos al mazo...pero esa jugada, sigue siendo nuestra.

DOS. Como nuestra es la soledad. Tus argumentos, se desarman de un soplo. (*DOS sopla*.) Acá sola, mal alimentada, ya avistada (*Mira arriba*.) por caranchos que sobrevuelan tu desesperación. Y esperan lo obvio para una presa tan entregada: Que te debilites, y un día, caigas y ya no puedas levantarte del hambre y del tufo ambiental que agobia. Y entonces, la naturaleza, que siempre encuentra su camino, te ocupará entera por cada uno de tus orificios.

UNA. (A *ARIANA* llevándola al borde.) ¿Creés que rodeada de otros podrás matarte si te da la gana? No. Asusta tanta determinación, y será siempre prohibida. Y para que sepas, no es lo que busco. Jamás cometería tal despropósito. Pero menos renunciaría a la absoluta libertad, que da surgir nueva, en el horizonte de una tierra arrasada. Como hace el Sol, que todavía ahora, se anima a amanecer.

ARIANA. ¿Qué estoy dispuesta a ceder? ¿Vale el riesgo compartir la vida? ¿Qué puedo buscar, donde sea que vaya, que me haga encontrar lo tanto que perdí? (*Al vacío*.) Yo jamás pensé en sobrevivir...

DOS mira a UNA desafiante.

DOS. (*Ilusionada.*) ¡Sigue el riesgo de vivir! Sin interrumpir, el curso. Como el agua que, aunque residual, llevando a cuevas Plomo y Zinc, toda mercuriada, llena de algas y cromeada, sigue su desliz. Arrastra con ella, el porvenir de la destrucción, que será creación para nuevas especies. (*A ARIANA.*) Ya nada hay que perder, respondé. Lo que sea, está bien. Decí todo. Que se cayó el mundo, y todo lo que le habíamos puesto encima. Pero contra toda idea, seguimos de pie en la gran antena. A pocos kilómetros del Congreso derruido. Ya tragó los restos el agua. Las fotos pegadas a la heladera, los abrazos y los dedos se fueron hundiendo para siempre, pero acá (*Toca su corazón.*) sigue el deseo, de mirarse en otros ojos.

UNA. En caso de responder... ¿Eso les vas a poner? ¿Caducas indicaciones físico espaciales? ¿Poesía barata de sentimientos, que sabemos ocultos? (*Ríe.*) También podrías tipear lo que solías... “Busquenme por Callao y Corrientes” y después sugerir, que no vayan por las avenidas donde el tráfico se emboca en un corte de protesta.

ARIANA. Ni estando en la Luna puede sentirse tan lejos.

UNA. Lejos. Lejos, es el tiempo que tardás en entender, que se acabó la basura rutinaria que llenaba tu vida. Zambullirte al sudor de un vagón en hora pico, correr el colectivo en el frío invernal después de dar clase. Tanto esfuerzo cotidiano tras la zanahoria, para después de un rato, irte a morir. ¡Zafaste de esa realidad aturdida! Tocó esta aventura, y vos, sólo querés volver. Sin saber bien ni dónde, pero huir.

DOS. ¡Esta es la realidad aturdida! ¡Te olvidás la aventura de saber que aún hay alguien en el mundo! (*Señala el horizonte.*) ¡Ahí afuera! Y no me pierdo esa ventana al otro lado, por nada. Invocaremos las brisas sutiles, saludaremos las mareas al ritmo de los ciclos y nos lanzaremos en nuestro deseo.

III

DOS se dispone a preparar el kayak. ARIANA la observa impávida. DOS va por los remos. ARIANA en la urgencia, se larga a llorar.

UNA. Odiseo lloraba en la orilla. Sin que sus ojos se sequen. Consumiendo su ánimo en lágrimas y suspiros. Apareció entonces, Calipso, que buscando calmarlo, le propone que arme una balsa y se vaya. Pero Odiseo desconfía, y le hace prometer a la diosa, que no va a generarle daño. Calipso le sonrió y juró por la Tierra, el Cielo y las aguas del Río Estigia, que su intención era compasiva. Luego, en la cueva, comieron un festín. Hasta que Calipso rompió el silencio.

ARIANA. *(Recita como poseída por Calipso.)* “Deseas irte enseguida a tu casa, a tu tierra. Pero si conocieses los males que habrás de padecer antes de llegar a ningún lado, te quedarías custodiando esta morada”.

ARIANA sale del trance asustada, por el ímpetu de DOS de zarpar. Mira el celular, indecisa. Procura memorizar las coordenadas. DOS, pedalea acelerada para cargar los celulares. Piensa llevar varios al partir.

DOS. *(A ARIANA.)* ¡No digas que te convenció! Con su ínfimo proyecto de Eva, sin Adán.

Luego de una pausa, Ariana niega.

ARIANA. Ir en busca de... Sería viajar a encontrarme, si llegase entera, con sobrevivientes... del orden anterior. Por el que sufrió, cada cual. Yo, aprendí... Que dejar todo atrás, no pudo ser igual, a dejar de estar viva. Y por eso, no tengo consuelo.

DOS. ¿Te amigaste con el silencio y ahora hablás?

ARIANA. No puedo irme.

DOS. *(Por el celular en sus manos.)* Entonces no importa lo que quieras responder.

ARIANA. Si otros viven, serán cómplices, como yo. En el dolor, aprendí. La desobediencia puede ser justicia. Todos oímos, los aviones rociando la muerte. Nos creímos sus planes, acatamos las órdenes más absurdas. Hasta que fue tarde. ¡Cómplices! y ¡Mansas ovejas! Mientras la enfermedad sucia se instalaba en cada departamento, obligándonos a recorrer los pasillos infectos de hospitales repletos. El riesgo de salir, también nos supo acorralar...Para cuando quisimos hacer algo....

DOS. *(Interrumpe.)* Al pasado ¿Lo podés dejar de mirar?

ARIANA. ¡No! Aunque no vaya a volver jamás, respiro sus lecciones. Sus desastres marcaron

mi piel. Si se sabía, se empalagaban de excesos, los peones del Orden.

UNA. Es que la miel del poder, no la crean las abejas.

ARIANA. Si se sabía, lejos de protegernos, sus puños insaciables se alimentaban de quienes dominaron, manchando todo el paisaje humano.

UNA. Hasta que la nada, los destronó.

ARIANA. ¡Jamás pagaron el precio ante el derrumbe de la vida!

DOS. Ningún alma recién nacida toleró los litros fumigados. Y...

ARIANA. La enfermedad pudría nuestros retoños. Por su bien, porque nada les esperaba del mundo. Destruído por complicidad y sumisión. Mucho antes, invadieron mis noches, las pesadillas. Y mientras la mantilla sostenía su cabecita, su ínfima nariz espejada a la mía, ni se movió. La epidemia no era un presagio. Sino un presente que se llevó, lo que aún tenía de tierno vivir. Y seguí preguntándome qué tipo de madre fui, mientras le leí un cuento para dormir.

UNA. Eso es amor.

ARIANA. No existe cura que remedie lo que no está. Pero eso que no se nombra, existe igual. Y cuando una sola verdad se impuso, terminó el movimiento de todo pensar. Hacía rato... Lo absoluto había dejado, cada territorio, mudo. Hoy, sólo las aves pueden volver a cantar.

UNA. No fue tu culpa.

ARIANA. No te atrevas.

DOS. Toda investigación, aunque anónima, que diese informes por fuera del interés corrupto, llevaba a sus autores a diluirse como polvo en la marea del río, que crecía.

UNA. O eso pretendían. Sin llegar del todo a lograrlo. Se vieron asomar, restos con grilletes, que desmentían la fantasía, de que no había sido forzado.

DOS. Un tipo de muerte más...

ARIANA. Me les uní, tarde. Yo había perdido la fé...y esa almita, el dolor, al que la hice llegar. *(Pausa.)* Pero todavía hoy, miro el mar. *(Pausa.)* “¡Que la corriente me lleve!”. Sentí en el fin de todo, mi pesar. *(A UNA.)* Pero tu mano, aferrada a la reja de esta torre satelital. Me invitaba, que nade hasta ella. Que intente flotar. Ni bien la llegué a rozar, me enganché. Y no hice más que trepar. Como si fuese un amante a mi espera, la torre entera subí, montándome. La rodeé con el esfuerzo de mis muslos, que resbalaban salpicados de aceite marrón. Jadeaba la niebla tóxica, dentro y fuera de mis pulmones agitados. Pero subí, entre los huecos del hierro, por el esqueleto hincado que ya era este edificio. Hasta arriba. Lo más lejos del asfalto que pude. Sólo recuerdo que, antes de la escalada, una de esas estrellas plateadas que habían sido estampadas en la Avenida Corrientes, me guiñó un destello. Después lo barrieron, las oleadas de llanto y oscuridad. Hubiese sido tan fácil dejarse ahogar en su negrura. Y sin embargo... *(Mira a ambas.)* No sé por qué, llegué hasta acá.

UNA. En vano vas a preguntar. No hay lógica que valga la pena. Vi una chance y la tomé. Es así como funciona. No hay freno para un cuerpo que no deja de estar...

DOS. Viva. Viva, siempre otro camino, hay para andar.

ARIANA. Andalo entonces.

ARIANA hace ademán de destruir lo que hay: la huerta, la bici, pero UNA se acerca, y finalmente solo patea un cajón de tierra. Ante semejante despropósito, ARIANA va lenta pero decidida, hasta el borde del abismo. Mira abajo. Suenan las olas al estallar contra las bases férreas del edificio. UNA y DOS se miran alerta.

DOS. *(Habla suave a ARIANA.)* Ya nadie es quien era. Olvidemos viejas creencias, recorramos nuevos caminos si queremos llegar a inexplorados lugares. El tiempo es de travesía. A la nueva historia nos hemos de lanzar si no queremos marchitarnos, al margen de nuestra propia vida.

ARIANA. Al margen, ya estoy. Ni una certeza me sostiene, mi brújula se volvió loca. Se desmagnetizó. Soy un mapa arruinado con manchas de polución. Una guía anillada sin hojas, porque alguien las arrancó. Un GPS, de imposible conexión. No sé para dónde es. Nunca lo supe. Creer que podría saberlo, también era una ilusión.

DOS. Tal vez solo perdiendo el rumbo podamos entregarnos...

ARIANA. Perdido está, entregate a tu estrella. La mía hace tiempo se apagó y veo que la bruma, me recibe.

DOS. Si no hay nada que pueda torcer tu atormentada visión... Me voy. *(Pausa, la mira. Cuesta.)* Queda despedirme.

DOS abandona el kayak y va hasta el borde de la terraza, donde está ARIANA. La besa breve, en la boca. Luego, se gira, vuelve al Kayak y se va, sin mirar atrás.

ARIANA narra el beso.

ARIANA. Sus labios ajados por la supervivencia, acariciaron con ternura los míos. Su lengua suave y mojada bailó lento dentro de mi boca. Cuando estuve envuelta en ese torrencial deseo, sentí que me llevaban las olas. Hasta que alejó su nariz, respirando vapor, y se despegó de mis pupilas, con una media vuelta.

Apagón.

Tiempo. Oscuridad y estrellas.

Entre la penumbra, por el mismo costado por donde entraron al principio, entra ARIANA empapada en aguas negras. UNA y DOS no están. ARIANA recorre el espacio lentamente, hasta ir de nuevo a pararse al borde. Con la cabeza gacha, el agua y aceite negro que cho-

rrean por su pelo, dibujan un charco oscuro a su alrededor. Hasta que de pronto, levanta su mirada al horizonte. Furiosa e implorante. Su cara grita, pero no hay voz alguna. En la bruma que se eleva desde abajo, zumbidos de alas de toda especie invade todo.

FIN

07 (EL REVÓLVER)

Gabriela Román (Misiones)

gabyrom84@hotmail.com

PERSONAJES

ALEJANDRO

BETO

ALEJANDRO es un hombre de unos 30 años, estatura media a alta, fortachón. BETO es un joven de unos 20 a 25 años, también de estatura media a alta, y aspecto delicado.

La escena transcurre en una parada de colectivos, es tarde de noche. ALEJANDRO está sentado tranquilamente en un banco en la parada, mira sin importancia de un lado a otro. Llega BETO entre apurado y nervioso, se para al margen, mira para ambos lados en situación de esperar a alguien. ALEJANDRO observa detenidamente a BETO.

ALEJANDRO. *(Desde el banco.)* ¿Qué colectivo esperás?

BETO. ¿Cómo?

ALEJANDRO. Digo, ¿Qué cole esperás?

BETO. No, yo...no.

ALEJANDRO. ¿Esperás el 07?

BETO. *(Nebulosa en la respuesta.)* No, no, no, bueno...

ALEJANDRO. *(Se queda unos segundos mirándolo.)* Che, ahora que te veo mejor, yo te vi en algún lado, tenés cara de conocido vos.

BETO. *(Nervioso.)* No creo.

ALEJANDRO. No, no, en serio... de dónde nos conocemos... ¿De la escuela secundaria?

BETO. No creo.

ALEJANDRO. Entonces te conozco de otro lado.

BETO. No creo.

ALEJANDRO. ¿Del fútbol?

BETO. No juego.

ALEJANDRO. Bueno, yo tampoco *(Risa.)*... Pero en algún lado te vi antes, te juro.

BETO. *(Determinante.)* No creo.

Pausa.

ALEJANDRO. *(Desde el banco.)* ¿Qué colectivo esperás?

BETO. ¿Cómo?

ALEJANDRO. Digo, ¿Qué cole esperás?

BETO. No, yo... no.

ALEJANDRO. ¿Esperás el 07?

BETO. *(Nebulosa en la respuesta.)* No, no, no, bueno...

ALEJANDRO. Está atrasado el 07.

BETO vuelve a darle la atención.

ALEJANDRO. Aaahhhhh ya seeee, te pareces a un actor.

BETO. *(Halagado.)* ¿Yo? ¿Te parece?...

ALEJANDRO. Siii...pero no me acuerdo.... *(Lo mira con detenimiento un instante)* Sabés, a mí me gusta actuar.

BETO. Ajá.

ALEJANDRO. Hoy me presenté para una película.

BETO. *(Intrigado.)* ¿Qué película?

ALEJANDRO. Esa que van a filmar a la vera del río, esa *(Lo observa.)*, ¿cómo se llama?... ¡Ay la tengo en la punta de la lengua!

BETO. "Salvajes".

ALEJANDRO. ¡Sí esa! Vienen actores de Buenos Aires, Córdoba, viste la publicidad en el canal loc...

BETO. *(Interrumpe incómodo.)* No me interesan esas cosas.

ALEJANDRO. Pero si sabías cómo se llamaba la película que estaba audicionando.

BETO. Casualidad.

Pausa.

ALEJANDRO. *(Decidido.)* ¿A quién esperas?

BETO. Y a vos qué te importa.

ALEJANDRO. Ya me acuerdo, vos fuiste a la audición con una camisa azul.

BETO. *(Muy incómodo.)* Estás confundido.

ALEJANDRO. Yo también la espero.

Pausa.

BETO. Yo no espero a nadie.

ALEJANDRO. Se va a demorar, evidentemente calculó mal los tiempos.

BETO. (*Histérico, nervioso.*) ¿Qué decís? No sé de quién hablas.

ALEJANDRO. ¿A qué hora te citó? A mí a las 10.15.

BETO. Mirá, ¿por qué mierda no me dejás de joder, querés? ¿Qué sabés si espero a alguien o si se me ocurrió estar parado acá como un boludo chupando frío a las 10 y media de la noche? Vos no sabés nada, no me conocés, estás confundido y me tenés recontra podrido.

ALEJANDRO. (*Aplaudiendo.*) Ajá, te gusta actuar (*Acercándose desafiante.*) A mí me gusta actuar, me gusta actuar, no soy bueno, pero me gusta, me gusta actuar, y... a vos también (*Firme.*) ¿Cuánto te va a cobrar la asistente de producción?

Pausa.

BETO. No sé de quién hablás.

ALEJANDRO. Dejate de joder, gil, cuánto te va a cobrar Claudia para quedarte en la ronda final, pre-seleccionado para el papel del pescador... ¿Cuánto?

Pausa.

BETO. No sé de qué hablas.

ALEJANDRO. (*Como al pasar.*) A mí como me debe favores no me va a cobrar...

BETO se crispa.

ALEJANDRO. Ahora sí te acordaste de dónde nos conocíamos, ¿eh?

BETO. (*Desesperado.*) ¿Qué favores te debe?

ALEJANDRO. No te puedo decir qué favores, disculpame flaco.

BETO. Mirá, me pidió 1000 y no tengo, me dijo que podíamos arreglar, que venga, que...

ALEJANDRO. No creo que te deje menos.

Pausa.

BETO. Che, en serio tirame una. Yo no tengo esa guita, yo soy estudiante, mis viejos me mandan re poca plata y con eso que me pide como semanas. ¿Qué favores te debe? Necesito el papel, yo necesito... (*Se contiene.*)

ALEJANDRO. Yo también quiero el papel. (*Pausa.*) ¿Por qué lo querés?

BETO. (*Desesperado.*) Porque yo no quiero ser ingeniero, quiero ser actor, mi viejo quiere que estudie ingeniería y yo quiero actuar.

ALEJANDRO. Y si querés actuar, ¿Por qué no lo hacés? Hay miles de compañías de teatro.
BETO. Es que no entendés, yo quiero demostrarle a mi viejo que soy bueno, que esto es lo mío, no la ingeniería.

ALEJANDRO. Podés invitarlo a las funciones a que te vea.

BETO. (*Angustiado.*) Ya lo intenté, me dijo que deje de perder tiempo con pavadas y que me concentre en el estudio, por eso quiero entrar en un proyecto como “Salvajes” y conseguir el protagónico, sólo así podré convencerlo (*Suplicante.*) Ayúdame.

Pausa.

ALEJANDRO. Hay una manera, pero creo que vos no... no sé.

BETO. Decime, soy capaz de cualquier cosa.

ALEJANDRO. ¿Estás seguro?

BETO. Lo que sea, por favor.

ALEJANDRO. Tenés que insinuarle.

Pausa.

BETO. ¿Insinuar qué?

ALEJANDRO. A Claudia le gustan los pendejos.

BETO. (*Indignado.*) ¡Estás loco! ¿Ese es el favor que te debe?

ALEJANDRO. No querido, a mí me debe todo lo que tiene.

BETO. No entiendo

ALEJANDRO. ¿Sos contador vos? (*Irónico.*) Nooo claro, ingeniero (*Risa.*), entonces no podés hacerle los favores que yo, pero sí podés seducirla.

BETO. (*Determinante.*) No puedo.

ALEJANDRO. ¿Por qué? ¿Es vieja? Pero mirá que tan mal no está.

Pausa.

BETO. No es eso.

ALEJANDRO. No tenés que casarte con ella ni nada, solo andar un par de veces.

BETO. No, no puedo.

ALEJANDRO. Pero flaco, ¿No querés el papel?

BETO. Sí, pero no puedo.

ALEJANDRO. No entiendo (*Pausa.*) Me pedís que te ayude y cuando te doy la solución vos...

BETO. (*Interrumpe histérico, casi gritando.*) Soy gay, me gustan los hombres, ahora entendés.

ALEJANDRO. Ahhhh (*Sonríe.*) No veo el problema, si a vos te gusta actuar como me decís, actuá con ella, puedo mostrarte unos trucos.

BETO. No, no quiero, no puedo, no me va a salir.

ALEJANDRO. Chamigo, cómo harías si te toca un papel heterosexual y tenés que tocarle a una mina, ¡Dejate de joder!

BETO. Eso es otra cosa, sé que es ficción.

ALEJANDRO. Pero acá es lo mismo.

BETO. No para ella.

ALEJANDRO. Es la única que te queda, hermano.

Pausa. ALEJANDRO se le queda mirando detenidamente, satisfecho. BETO pierde un instante su mirada en dirección a la llegada del colectivo.

BETO. (*Dudando.*) Tenés razón, tengo que poder hacerlo, soy un actor, salgo un par de veces a comer, o al cine y listo.

ALEJANDRO. (*Decepcionado, mirándolo.*) Mira que no es solo salir, vas a tener que... vas a tener que acostarte con ella, tocarla, chuparle un dedo del pie, de la mano, una oreja, un...

Se escucha el sonido del motor de un colectivo. Ambos miran para un lado.

BETO. (*Desesperado.*) Viene el 07.

ALEJANDRO. Llegó el momento, pibe, cuando baje la agarrás y la apretás contra vos, le zam-pás un beso, le metés la lengua, le...

BETO. (*Interrumpe, se pone a llorar.*) No, no puedo, de verdad, es más fuerte que yo.

Sale. ALEJANDRO sonríe, se aplaude, satisfecho.

OSCURIDAD

CIELO ABIERTO

Elcida Villagra (Chaco)

elcyvillagra@yahoo.com.ar

PERSONAJES

ROSALÍA (70 años)

INÉS (40 años)

ESCENA 1

17,30 hs. Un portal de hierro con un cartel: Geriátrico "CIELO ABIERTO." Debajo, "HORARIO DE VISITAS: de 15 a 18hs." INÉS entra y mira el reloj. Atraviesa el pasillo hasta otra puerta maciza y pesada. Logra abrir. Una galería con patio interno, rodeado de Potus y Santa Rita fucsia. Ancianos sentados alrededor de una mesa. La sorprende ROSALÍA.

ROSALÍA. ¿Qué haces acá?

INÉS. Pero... ¿¿Usted qué hace acá?

ROSALÍA. ¿Y todavía me lo preguntas?

INÉS. Me cuesta creer que usted esté acá.

ROSALÍA. ¿Qué te haces... ? ¡Siempre lo presionaste a Rolando para que me interne!

INÉS. Al contrario... ¡Él fue siempre de la idea de un geriátrico para usted!

ROSALÍA. ¡No tergiverses las cosas porque yo sé muy bien...! ¡Me contaba todo!

Pausa.

INÉS ¿Qué le contaba? ¿Qué cosa le contaba? ¿Qué, le dijo lo de...?

ROSALÍA. *(La interrumpe.)* ¡Claro!

INÉS. ¿Se lo dijo?

ROSALÍA. ¡Claro que me dijo! Por ejemplo, sé que siempre me tuviste un poco de envidia.

INÉS. ¿Envidia yo? ¿De qué?

ROSALÍA. Por cositas que no compartíamos los tres...

INÉS. ...no entiendo... ¿Qué cosa no me compartieron?

ROSALÍA. *(Burlona.)* Y... salíamos más nosotros dos solos, que vos con él. Por ejemplo...

INÉS. *(Interrumpiéndola.)* ¡Él me decía que era porque no coincidíamos los gustos!

ROSALÍA. Claro. De ahí es que supe que a vos no te gusta el teatro y que a él sí. Pobre...

INÉS. Pero, ¿cómo no me va a gustar el teatro a mí?! Señora: Si yo soy actriz.

ROSALÍA. ¡Ay! No mientas.

INÉS. ¡No miento! ¡Ese es mi trabajo!

ROSALÍA. (*Observándola.*) ¿Vos sos actriz?!

INÉS. ¡Soy actriz! ¡Sí!

ROSALÍA. A mí Rolando me dijo siempre que aborrecías el teatro, y que por eso no venías nunca con nosotros.

INÉS. En cambio, a mí me decía que era para protegerme. Porque usted, ... usted es... "Mufa."

ROSALÍA. ¿Qué? ¡¿Mufa?! ¡¿Yo?! ¿De dónde habrá sacado eso?

INÉS. ¡Sí! Y que ese, no era su peor defecto...

Pausa.

ROSALÍA. ¡Oh! Creí siempre que yo era lo mejor para mi hijo...

INÉS. Sí... Puede ser... Aunque a veces...

ROSALÍA. ¿A veces qué? ¿Vos lo dudas?

INÉS. Digo que, a veces el hijo sabe más de su madre que ella de él.

ROSALÍA. ¿Estás insinuando algo...? ¿Qué tengo que saber que no sé...?

Pausa.

INÉS. Nada Rosalía, nada. Me refería a que tal vez la comunicación entre ustedes, no fue lo que parecía. Pero, bueno..., no quiero meterme en eso.

ROSALÍA. Sí, pero me criticas; y te metes... A ver, decime: ¿Qué podés entender vos de cómo se comunica una madre con su hijo!?

INÉS. Entiendo perfectamente. Y ahora también entiendo a qué se refiere.

ROSALÍA. Ay, querida. ¡Vos no tenés idea de cuánto lo consolé al pobre cuando te oponías a darle un... !

INÉS. (*Interrumpiéndola.*) ¡No tuvimos hijos porque usted lo convenció para que no los tengamos!

ROSALÍA. ¡¿Qué decís?! ¡Yo sueño con ser abuela! ¡Lo que llorábamos juntos los dos, tu insensibilidad para ser madre!

INÉS. Pero, ¡qué pollerudo! Además de... (*Se detiene.*)

ROSALÍA. ¿Además de qué?

INÉS. (*Le da la espalda, tratando de desviar el interés de Rosalía*) ¡Mintió! ¡Le mintió! Si lo que más deseo en mi vida es tener un hijo...

ROSALÍA. ¡Pretendes engañarme a mí también!

INÉS. ¿Engañarla?

ROSALÍA. ¡Sí! O manejarme como a un títere, igual que lo hacés con él.

INÉS. Ojalá fuese yo quien lo maneja a su hijo...

ROSALÍA. Dejá de hacerte la ingenua y la inocente. Decime: Vos viniste creyendo que yo estaba senil, ¿no? ¿O enferma terminal? ¿Para qué viniste?

INÉS. La verdad, ¿ahora... ? Ya no sé bien para qué vine.

ROSALÍA. ¡Claro que sí lo sabes! ¡Y ya te digo: vos a mí no me vas a venir a...!

INÉS. Por favor. Cállese, no se altere. Se puede descomponer.

ROSALÍA. ¡Tranquila! ¡Que soy bien sana!

INÉS. ¿Sana? A mí su hijo me repitió tanto que usted vivía enferma...

ROSALÍA. ¿Yo? Yo no. ¡Al contrario! ¡La que vivió tirada en la cama siempre enferma de no sé qué, fuiste vos! Y al pobre le tocaba atenderte....

INÉS. ¿Enferma? ¿Yo? ¿Él, atenderme a mí?

ROSALÍA. ¡Sí!

INÉS. ¡Fui yo quien lo atendió a él! Porque el único enfermo de la casa, fue él. ¡Siempre! ¡Con ese eterno dolor de cabeza!

ROSALÍA. ¡Qué raro! ¡Rolando a mí jamás me dijo que le doliera la cabeza!

INÉS. Y, tal vez porque usted se ocupaba de llenársela...

ROSALÍA. ¡Pero qué irrespetuosa que sos...! ¿Cómo se te ocurre decirme una cosa así?

INÉS. No sé... Pasa que usted siempre con esa idea suya de creer que porque no había hijos no éramos una familia... Lo terminó agotando...

ROSALÍA. ¡Agotado venía él de su casa, buscando un poco de paz en la mía!

Pausa.

INÉS. ¿No se lo dijo?

ROSALÍA. ¿Qué cosa no me dijo... ?

INÉS. Nos separamos...

ROSALÍA. ¡¿Qué?... ¡¿Cuándo?!

INÉS. Hace meses... ¡Qué raro que usted no lo sabe!

ROSALÍA. Pero ¿qué pasó?

INÉS. Intento todavía entender...

ROSALÍA. ¿Él te dejó?

INÉS. Sí.

ROSALÍA. ¿Se puede saber por qué?

INÉS. ¡Quería volver a vivir con usted! Me dijo que...

ROSALÍA. No mientas.

INÉS. ¡No miento!

ROSALÍA. ¡Es que no fue así! Porque él nunca vino a vivir conmigo.

INÉS. No mienta.

ROSALÍA. ¡No miento! Viví sola hasta el día que me trajo acá. Como loco me sacó de casa pidiéndome por favor que por una semana me aleje de todo. Y que al jueves siguiente me buscaría... ¡Todavía lo estoy esperando...! Recién pensé que vos...

INÉS. Yo sólo vine a...

ROSALÍA. Pero, ¿adónde pudo haberse ido? ¡Dónde estará metido!

INÉS. No sé. La verdad es que...

ROSALÍA. (*Interrumpiendo.*) ¿Entonces no me piensa venir a buscar? ¿O es que te mandó a vos? De cualquier modo, gracias por venir, eh.

INÉS. Yo hace meses que no lo veo, señora. Vengo por otra cosa.

ROSALÍA. ¿Por qué “cosa” viniste?

INÉS. Eh... Vine para hablar con mi tía Clotilde.

ROSALÍA. ¿Y por tu tía decís “una cosa”? ¡Ves! Así es como nos toman, como “una cosa” y nos meten en este lugar. (*Se quiebra.*) Si al menos vendrías de visita, a sacarla a dar una vuelta; a pasear por el pueblo o a comer afuera. Para mí eso sería lo más hermoso...

INÉS. Bueno. Cálmese, por favor...

ROSALÍA. ¿Y para qué querés hablar vos con tu tía Clotilde?

INÉS. ¿Qué dice?

ROSALÍA. ¡Déjate de dar tantas vueltas y decime para qué viniste!

INÉS. Por favor, no me grite.

ROSALÍA. ¡¿Pero, a vos qué te pasa?! ¡No voy a permitir que me mientas a mí!

INÉS. Yo no le miento, a usted ni a nadie.

ROSALÍA. ¡Vos viniste a ver si yo estaba viva ¿no?! (*Enfurecida.*) ¡¿O viniste a agarrarme la mano para hacerme firmar algún papel?!

INÉS. ¡Cálmese y no me grite!

ROSALÍA. (*Llora.*) ¡Me encerró! ¡¡Ustedes me encerraron!! Un día como un relámpago me arrancó de mi casa con unas pocas calchas; me trajo acá porque necesitaba arreglar no sé qué cosa; diciendo que al jueves siguiente volvería...

INÉS. ¡Fue él quien la metió acá!

ROSALÍA. ¡Y vos también porque se lo permitiste!

INÉS. ¡Basta señora! ¡Me cansé! ¡Desde que llegué me está tratando de mentirosa! ¡¿Pero qué se piensa usted? ¡Deje de joder! Si usted está loca yo no tengo la culpa.

Pausa.

ROSALÍA. (*Como aceptando.*) Está bien, pero decime, ¿adónde se pudo haber ido? ¿Qué hace que no viene a verme al menos?

INÉS. Le perdí el rastro...

ROSALÍA. Pero ¡¿Qué será que le pasa a ese hombre?!

Pausa.

INÉS. Eh... ¡Bueno señora! Yo no tengo tiempo ahora para esto.

ROSALÍA. ¿Pero viniste hasta acá?

INÉS. Vine porque necesito hablar con mi tía Clotilde. Pero ahora no sé, creo que...

ROSALÍA. ¿Y para qué la querés?

INÉS. Necesito que ella me oriente; que me dé ideas. Porque debo hacer el personaje de una anciana en mi próximo trabajo y...

ROSALÍA. ¡Espera! ¿El apellido de tu tía Clotilde es Centurión?

INÉS. Sí.

ROSALÍA. ¿Y no te avisaron que murió?

INÉS. ¡¿Qué?! ¡Oh, no!

ROSALÍA. Sí... Tu tía Clotilde murió.

INÉS. ¡Ay! ¿Qué voy a hacer yo ahora? ¡Con lo importante que es para mí este casting!

ROSALÍA. No, querida. "Lo importante" ahora es averiguar dónde está Rolando.

INÉS. Sí... ¡No! Pero el casting es mañana y me pagan muy bien si lo gano; no puedo perder eso.

ROSALÍA. A ver... ¿Qué tanto es lo que tenés que hacer?

INÉS. Tengo que saber cómo una señora anciana logra escaparse del geriátrico.

ROSALÍA. Pero ella está muerta...

INÉS. ¡Ay! ¡Y yo confiada en que mi tía... ! ¿Usted, Rosalía, me podría ayudar? ¡Por favor!

ROSALÍA. ¿A qué?

INÉS. En ver, cómo una señora anciana como usted logra escaparse de un geriátrico...

ROSALÍA. (*Reacomodándose.*) ¿Así que vos necesitás saber cómo una anciana se va a escapar del geriátrico?

INÉS. Sí. Porque no tengo ni idea. Es la primera vez que entro a un geriátrico.

ROSALÍA. A ver... Creo que podría darte esa idea.

INÉS. ¿Sí?

ROSALÍA. Y sí... ¿Pero, puedo confiarte un secreto?

INÉS. (*Sorprendida y alerta.*) ¿Qué secreto?

ROSALÍA. ¿Viste que yo no sé por qué Rolando me trajo y me dejó acá?

INÉS. Yo tampoco...

ROSALÍA. Y acá todos están muy viejos y achacosos ¿Los ves?

INÉS. Sí, los veo...

ROSALÍA. Bueno. ¡Yo no! Yo estoy bien y me doy cuenta de todo. Acá mi hijo me dejó encerrada. Y no lo voy a soportar mucho tiempo.

INÉS. ¿Y entonces?

ROSALÍA. ¡Y que también estudio un plan para escaparme!

INÉS. ¿Y cómo es ese plan?

ROSALÍA. Pasa que el primer condicionante que tiene, es que una sola no puede hacerlo, se necesita de otra persona.

INÉS. ¡Ah...! ¿Y eso?

ROSALÍA. Eso implica que vos también vas a tener que buscarte a alguien de tu elenco de teatro para que te acompañe.

INÉS. Está bien, no hay problema. Busco a alguien.

ROSALÍA. Y se supone que yo tampoco voy a poder hacerlo sola...

INÉS. Y no.

ROSALÍA. ¿Vos estarías dispuesta, llegado el caso que...?

INÉS. ¿A qué?

ROSALÍA. Y, a ayudarme... A acompañarme.

INÉS. ¿Usted cree que yo pueda...?

ROSALÍA. ¡Y si no vas a poder, tampoco lo vas a poder actuar! Entonces ¿Para qué te lo voy a contar?

INÉS. Claro. Sí. Cuente Rosalía. ¿Cómo sería?

ROSALÍA. ¿Pero aceptas ser mi aliada?

INÉS. *(Convencida.)* Acepto.

ROSALÍA. Mira, el recorrido que se necesita hacer es éste: ¿Ves esa cortina gruesa que tenemos atrás ahora?

INÉS. Sí.

ROSALÍA. Si se la corre un poquito y aparece una puerta pequeña por la que apenas pasa una persona por vez.

INÉS. Ah...

ROSALÍA. ¿Y? ¿La abris?

INÉS. ¿Qué?

ROSALÍA. ¡Abrila!

(Inés la abre.)

ROSALÍA. Esperá, ya vengo. *(Regresa con su propia maleta, con rueditas.)* Por la puerta pequeña hay que pasar primero la maleta, sin usar las rueditas para no hacer ruido.

INÉS. Bien...

ROSALÍA. (*Baja intencionalmente la voz.*) Al cerrar esa puerta pequeña, se prende una luz tenue. ¿Ves igual?

INÉS. Sí.

ROSALÍA. Esa luz ilumina un pasillo finito que termina en dos puertas enfrentadas.

INÉS. ¡Es como un túnel!

ROSALÍA. Parecido. Y ahí, a la derecha, hay una puerta que conecta con la cocina. ¿Vas tomando nota?

INÉS. Sí.

ROSALÍA. Pero a la izquierda, está la puerta gris oscuro, que es muy pesada ¡Pesadísima!

INÉS. ¿Es de hierro macizo?

ROSALÍA. Sí. Esa es la que hay que abrir con mucha fuerza. Yo no puedo. ¡Vos la tenés que empujar conmigo! (*La mira a los ojos.*) ¿La vas a empujar?

INÉS. ¿Pero, usted dice que yo la podré abrir?

ROSALÍA. Si querés vas a poder. Yo algo te puedo ayudar. (*La mira a los ojos.*) ¿Estás decidida? Porque si no, no te cuento más nada.

INÉS. No, no... Sí, sí, cuente.

ROSALÍA. Entonces, ya empujamos y abrimos la puerta maciza. Ahí se llega al hall de ingreso, donde hay muchas plantas junto a un ventanal con vidrios de colores, (*Susurrando.*) donde puede estar la recepcionista.

INÉS. ¿Quién?

ROSALÍA. (*Sotto voce, modulando.*) La recepcionista. Esa gordita que se hace la amable.

INÉS. Y que no nos tiene que ver.

ROSALÍA. No, claro. Hay que pasar desapercibida. Caminando siempre hacia la derecha, hasta donde está la gran puerta color gris plomo.

INÉS. ¡Una puertaza!

ROSALÍA. ¡Sí! ¡Mucho más grande y pesada que la anterior!

INÉS. ¿Por qué será tan grande?

ROSALÍA. Porque esa es la principal ... la que conduce a la calle.

INÉS. Claro, la misma.

ROSALÍA. (*Consternada.*) Esa es la que más recuerdo... (*Triste.*) Lo recuerdo a Rolando empujándola cuando me trajo... Encima vi que cuesta muchísimo más abrirla, desde adentro hacia afuera (*Solloza*). A esa puerta la recuerdo muy bien, porque cuando mi hijo me trajo... (*Grita.*) ¡Engañada!

INÉS. ¡Sh! ¡Sh! ¡No grite, que la pueden descubrir!

ROSALÍA. Cuando entré aquel día, me pareció tan enorme... alta... maciza. Yo nunca podría atravesarla sola... ¡Vos sí la podés empujar! (*Inquisitiva.*) ¿La vas a empujar?

INÉS. Si. Sí. Sí.

ROSALÍA. O también la empujamos entre las dos. Y entonces, si la empujamos entre las dos, aguantando la fuerza, empujamos ¡Empujamos! Y... ajjjj. ¡Llegamos a la calle!

INÉS. ¡Perfecto plan! ¡Vamos!

ROSALÍA. (*Sorprendida.*) “¿Vamos?” ¿Adónde?

INÉS. Y sí. ¿No me dijo usted que hace meses viene pensando este plan?

ROSALÍA. Pero yo sólo te estaba ayudando para tu ensayo al casting.

INÉS. ¿Acaso usted no me dijo que estaba planeando esta fuga desde que su hijo la abandonó o la depositó acá y nunca más vino a verla?

ROSALÍA. Y sí, pero... (*Triste.*)

INÉS. (*Mira el reloj.*) Bueno. A ver... A esta hora ya es tarde para todo. Usted se viene conmigo a casa; mientras yo estudio para el casting de mañana.

ROSALÍA. ¿Yo? ¡¿A tu casa?!

INÉS. Sí. ¿Qué problema hay? No se preocupe. Viene conmigo.

ROSALÍA. Y bueno... mientras podría preparar una cena... Decime ¿Tenés cable con Netflix? Pasa que acá tengo que ver lo que quieren los demás, y a mí me gusta una serie. ¿Puedo?

INÉS. ¡Por supuesto! Cenaremos rico, y mañana a la mañana...

ROSALÍA. Y mañana a la mañana, cuando volvés de tu casting... ¡Vamos a buscar a Rolando! ¡Y lo encontramos!

INÉS. ¡Trato hecho!

ESCENA 2

Es de mañana en casa de Inés. Rosalía termina de preparar el desayuno sobre la mesa. Aparece Inés.

ROSALÍA. Buen día. ¿Te dormiste?

INÉS. Más o menos...

ROSALÍA. ¿Descansaste?

INÉS. ¿Está el café?

ROSALÍA. ¿A qué hora tenés la prueba?

INÉS. ¿Usted se toma un café también?

ROSALÍA. Sí, pero no te molestes en servirme...

INÉS. ¡Por favor! No es molestia.

ROSALÍA. Deja, que vos debes hacer tus cosas.

INÉS. Está fresca la mañana, ¿no?

ROSALÍA. Pero estás abrigada...

INÉS. Sí, es de pura lana.

ROSALÍA. (*Acercándosele.*) Linda tu mañanita...

INÉS. ¡Uf! Eso que tiene sus años...

ROSALÍA. Ese color...Y qué lindo es este punto de crochet...

INÉS. Herencia de mi tía.

ROSALÍA. ¿De quién?

INÉS. De mi tía Clotilde.

ROSALÍA. Ya me parecía... Se la vi puesta.

INÉS. ¿Sí? Me la dejó a mí.

ROSALÍA. Pero ¿cómo? ¿Vos me dijiste que no sabías que ella se había...?

INÉS. Pasa que me confundí...

ROSALÍA. ¿Cómo te vas a confundir? La muerte cuando llega ¡Pum! No hay mucho más para...

INÉS. Será que no lo puedo asumir todavía.

ROSALÍA. Con todo respeto a tu duelo... A mí me parece que cuando fuiste al geriátrico, vos ya sabías que ella...

INÉS. Sí. ¡No! Sí...

ROSALÍA. Yo te creí que de verdad ibas a verla a ella, pero ahora me doy cuenta que mentiste.

INÉS. Algo así...

ROSALÍA. ¿Y lo del casting? ...Porque no entiendo.

INÉS. ¿Qué cosa?

ROSALÍA. La prueba esa, para la que te di la idea...

INÉS. Ah, sí... pero ahora no...

ROSALÍA. ¿Y para qué insististe tanto? (*Pausa.*) Decime: ¿A vos te pasa algo?

INÉS. No... Bueno, sí. Pero no importa eso ahora...

ROSALÍA. ¡Ah! Vos me venís mintiendo desde ayer, ¿no?

INÉS. ¡Pero sí! Todo es una gran mentira Rosalía.

ROSALÍA. ¿A qué te referís? Yo no te mentí.

INÉS. No. Usted es una víctima.

ROSALÍA. ¡¿Pero si yo no me hago la víctima?!

INÉS. No es eso. Yo también fui su víctima...

ROSALÍA. ¿"Su" víctima?

INÉS. ¡Sí! Rolando por acción u omisión, nos transformó en sus víctimas.

ROSALÍA. ¿Por qué decís eso...?

INÉS. Porque a usted y a mí Rosalía... ¡Su hijo, por algo se negó siempre a que nos encontráramos!

ROSALÍA. ¿Entonces vos ayer fuiste al geriátrico para hablar conmigo?

INÉS. Sí, Rosalía.

ROSALÍA. ¡Ja! Así que asumís que mentiste. ¡Pero qué buena actriz sos! ¿Eh?

INÉS. Y usted no se quedó atrás. Su plan para escaparse, superó mi expectativa.

ROSALÍA. ¡Ay! Me caes bien ahora. ¡Qué lástima que no te disfruté antes!

INÉS. Eso pasó porque su hijo se ocupó de ponernos a la una en contra de la otra, sembrando intrigas... ¡Todo porque no quería que nos encontráramos!

ROSALÍA. ¿Vos crees que él lo hacía a propósito? Digo... ¿O tal vez tenía razones?

INÉS. ¡Ay! ¡Por favor, Rosalía! Yo también lo consentía, hasta que dejé de hacerlo.

ROSALÍA. ¿Y por qué dejaste de hacerlo?

INÉS. Fue después que la encerró a usted. ¿Entiende?

ROSALÍA. ¿Entonces vos ayer fuiste al geriátrico para hablar conmigo? ¿Quiere decir que sabías que yo estaba ahí?

INÉS. Sí, Rosalía.

Rosalía se para, retirándose a llorar. Mueve la cabeza sin poder creerlo.

ROSALÍA. ¿Por qué será que me hizo eso... ?

INÉS. ¿Por qué "nos" hizo eso?

ROSALÍA. No sé... Él ni se imagina lo sola que me sentí. Quisiera saber cuál fue el motivo que lo llevó a actuar así... ¡Entender!

INÉS. Usted... ¿De verdad quiere saberlo?

ROSALÍA. Sí, claro.

INÉS. ¿Está segura de que quiere saberlo, Rosalía?

ROSALÍA. Sí. Bueno. Pero me lo decís así y me asustas. Ahora ya no sé... Creo que sí.

INÉS. Como quiera.

ROSALÍA. ¿Qué? ¿Se murió... ? ¡¿Qué es lo que tengo que saber?!

INÉS. *(Corre la cortina. Acomoda.)* Bueno ¡Siéntese! ¿Quiere café?

ROSALÍA. ¡Ay! Me dio un escalofrío.

INÉS. Póngase mi mañanita. ¿Quiere?

ROSALÍA. ¡Ay, no sé!

INÉS. *(Caminando.)* ¿Le prendo un cigarrillo?

ROSALÍA. ¡Bueno, sí... ! ¡¿Me vas a decir o no?!

INÉS. *(Rompe en llanto.)* Yo no lo puedo creer Rosalía...

ROSALÍA. ¡Por favor, habla de una vez! Tal vez exageras, o no sea lo que parece...

INÉS. ¡No, no es una apariencia; es pura realidad!

ROSALÍA. Estoy más desorientada...

INÉS. Usted tampoco lo va a poder creer.

ROSALÍA. ¡¿Pero qué es?! ¿Te engaña? ¿Ya vive con otra?

INÉS. ¡Ojalá!

ROSALÍA. ¡¿Cómo que ojalá?! ¿Pero, está enamorado?

INÉS. Sí. Enamoradísimo...

ROSALÍA. ¡A! ¡Bueno! Mira querida, las cosas a veces pasan y uno no manda al amor.

Inés llora desconsolada.

ROSALÍA. ¿Pero, por qué tanta angustia? ¿Qué? ¿Es alguien mucho más joven que vos?

INÉS. Peor...

ROSALÍA. ¡¿Peor?! ¿Entonces es una mujer mayor; así como yo?

INÉS. No...

ROSALÍA. Bueno, si te consuela, ¡esa otra, seguro que no es mejor que vos!

Inés se recupera un poco.

INÉS. ¿Usted, lo conoce a Pablo?

ROSALÍA. ¿A quién?

INÉS. A Pablo, el que jugaba al paddle con él.

ROSALÍA. ¡Ah, sí! Supo venir a mi casa alguna vez.

INÉS. ¡¿Fue a su casa?!

ROSALÍA. Sí... A veces Rolando lo llevaba, porque le gustaba comer mis empanadas. Él me pedía, "¿mamá, puedes hacer empanadas para invitar a Pablo?" Y yo, viste...

INÉS. ¡¿Qué?! Entonces esto fue desde antes ...

ROSALÍA. ¿Qué cosa?

INÉS. Es ese...

ROSALÍA. ¿Ese es qué? ¡Ay! ¡Habla de una vez, nena, por favor!

INÉS. El novio.

ROSALÍA. ¡¿De quién?!

INÉS. (*Llorando.*) ¡¡De Rolando!!

ROSALÍA. ¡¿Qué decís?!

INÉS. ¡Que su hijo: es gay!

Rosalía comienza con una sonrisa y termina en carcajada.

ROSALÍA. ¡Ay! ¡Qué alivio! ¡Gracias Dios mío! ¡Yo ya estaba pensando lo peor de lo peor!

INÉS. ¿Qué? ¿Y le parece poco esto?

ROSALÍA. ¡Bueno Inés, tampoco es para tanto!

INÉS. ¡Rosalía! ¿Usted no entiende nada, o se hace?

ROSALÍA. No. Ni lo uno, ni lo otro. Y no me grites.

INÉS. ¡¿Cómo ni lo uno ni lo otro?! Le cuento algo horrible, espantoso, asqueroso, y usted se ríe como si nada...

ROSALÍA. ¡Es que no es nada!

INÉS. ¡¿Cómo no va a ser nada?!

ROSALÍA. ¡No es nada, y a la vez es todo!

INÉS. ¡Pero si es lo peor que... !

ROSALÍA. ¿Para quién? A ver, ¿cuál es el problema?

INÉS. Pero ¿Qué clase de madre es usted?

ROSALÍA. ¡La madre que ama a su hijo a cualquier precio!

INÉS. ¿Cómo puede decir así?

ROSALÍA. ¡Es su elección! ¡Y eso, es lo más importante!

INÉS. ¿Y yo?... ¡Estoy desarmada, me siento despojada! Es como que recibí la orden de no moverme...

ROSALÍA. Seguro hay algo bueno en todo ésto. Todavía no lo alcanzas a ver...

INÉS. Usted es quien tiene algo que le impide ver...

ROSALÍA. Al contrario. Por primera vez veo y siento que algo bueno está pasando.

INÉS. (*Desesperada.*) ¡Rolando me plantó! ¿Usted ve algo bueno en eso? ¡Me dijo que lo nuestro ya no podía ser... ¡Y se fue...! ¡Y yo me quedé acá, angustiada, mirando el teléfono, esperando su llamada que no llega...!

ROSALÍA. Es que tu angustia se alimenta de la espera. Y eso es lo que te detiene... ¡Pensá más bien que Rolando te liberó!

INÉS. ¡Él se liberó!

ROSALÍA. ¡Eso es lo más extraordinario! No te imaginas el alivio que tengo. Siento como que de mí pecho salieron volando mil palomas...

INÉS. ¡Ah! ¿Y se olvida lo que le hizo a usted?

ROSALÍA. ...Nada le debe haber resultado fácil.

INÉS. ¿Qué cosa?

ROSALÍA. ¡Plantarse y alcanzar el vuelo...! ¡Gritarlo!

INÉS. ¡Ay, Rosalía! ¡Lo sigue consintiendo! ¡Usted también está implicada!

ROSALÍA. Pero ahora, a mí, lo único que me importa es él. ¡Y quiero saber si está bien! ¡Verlo, cómo está!

INÉS. ¡Pero sí! ¡Está vivito y coleando!

ROSALÍA. ¿Y vos cómo lo sabes?

INÉS. Porque cuando tomó la decisión de irse, necesitó unos días para reacomodar sus cosas. Y se lo veía espléndido, radiante. ¡Se olvidó de todos los dolores que vivía acusando!

(Llora.) ¡Estaba feliz!

ROSALÍA. ¡Qué estupendo!

INÉS. ¡¿A usted le parece?! ¡A mí no!

ROSALÍA. Inés querida, hoy te cuesta, pero con el tiempo vas a poder comprenderlo todo. Porque sos una mujer sensible e inteligente.

INÉS. Es que me siento despojada, desparramada...

ROSALÍA. Te comprendo ¿Cómo no?... ¡Pero la gran maravilla de todo es que Rolando logró hacer algo por él mismo!

INÉS. ¡¿Qué cosa?! ¡

ROSALÍA. ¡Quitarse la careta! ¡Tirar la máscara! ¡Tener la fortaleza para reconocerse, plantarse, y decidir cómo y con quién quiere vivir realmente!

INÉS. ¡Hizo todo sólo para él!

ROSALÍA. ¡A Dios gracias! ¡Pudo pararse sobre sus propios pies! Y vos ya lo vas a poder superar, como lo superé yo.

INÉS. ¿Cómo? ¿Entonces usted ya lo sabía?

ROSALÍA. Soy la madre y conozco a mi hijo. Y te confieso que por instinto me silencié, hasta que maduré. Todo para protegerlo de la condena social.

INÉS. Me falta coraje para situarme desde ese lugar.

ROSALÍA. ¡Sí, querida! Él, con su valentía, nos está dando una oportunidad.

INÉS. Igual no sé todavía, con qué pierna voy a seguir...

ROSALÍA. ¡Fuerza, muchacha! Por tu belleza sé que se te presentarán muchas oportunidades, y vas a elegir a un hombre que te ame mucho. ¡Además, sos una actriz talentosa, capaz de llegar a los mejores escenarios con tu arte!

INÉS. ¿Y usted?

ROSALÍA. ¡Yo estoy más que bien! Y algo se me va a ocurrir...

INÉS. Pero...

ROSALÍA. Vos ahora llevame hasta mi casa ¡Por favor!... ¡Quiero ir y abrazarlo!

INÉS. ¿Y si los encuentra instalados, viviendo juntos?

ROSALÍA. ¡Qué importa eso!

INÉS. Pero, la casa es suya...

ROSALÍA. En realidad, es también su casa, le pertenece. Yo sólo quiero verlo, mirarlo a los ojos, abrazarlo y decirle cuánto lo amo. ¡Y verlo feliz!

APAGÓN

LO ABSTRACTO DEL LAPACHO

María Agustina Molo Arabehehety (Resistencia, Chaco)

mariagustinamoloarabehehety@gmail.com

PERSONAJES

MIÑA

TINA

1- Atardecer rojo con destellos amarillos y suave viento norte.

Bajo un lapacho rosado enorme, TINA está sentada, simplemente siendo, canchera.

MIÑA. *(Medio tímida.)* Disculpame, no quiero molestarte.

TINA. No te preocupés, no me molestás, ¿necesitás algo?

MIÑA. *(Insegura.)* No... bueno... si... eh... *(Nerviosa.)* ¿Me decís la hora?

TINA. 19:30, está fresquito ¿eh?

MIÑA. Sí, ¿me puedo sentar con vos?

TINA. Si, obvio... *(Ya menos canchera, un poco más dudosa, agarra fuerte su mochila toda rota y sucia.)* Eh... Y ¿qué viniste a hacer al parque che? *(Muy insegura.)*

MIÑA se sienta.

MIÑA. Nada, le estoy haciendo la segunda a mi amiga, que se fue a... bua... con un vaguito.

TINA . ¿Y hace cuánto se fue?

MIÑA. Ya ni sé tipo 4, 5. Aaghhh, siempre lo mismo, y a veces se va toda la noche.

TINA. Fuá, que paja. *(Pausa. MIÑA le mira muy de cerca la cara a TINA. Ésta agarra más fuerte la mochila.)* Este.... ¿tengo algo en la cara?

MIÑA. ¡Yo a vos te conozco! *(Se para.)*

TINA. ¿A mí? ¿DE DÓNDE? *(Insegura.)*

MIÑA. 2018, estábamos viendo a los diputados debatir por el aborto legal, y vos te cagabas de frío, yo tenía una colcha y el resto es historia. Después no nos vimos nunca más hasta hoy cuando lo abstracto del tiempo se acordó de nosotras compartiendo una frazada y un abrazo... Quizás también, en otro mundo estamos allá, nadie lo sabe, pero hoy compartimos un lapacho, ¡¡ROSADO!! Como mi frazada en 2018.

MIÑA se sienta, TINA la mira.

TINA. Sí, me acuerdo, estar cagada de frío y compartir frazada, nunca te la devolví, estabas con la mitad de la cabeza pelada.

MIÑA. Sí ese era mi look, quería hacer un statement, decirle a la gente mírenme, voy en contra de la heteronorma y blablablá.

TINA. ¿Y qué pasó?

MIÑA. Lo sigo haciendo, pero con el pelo largo, porque pelarse cada 2 meses era caro.

2-Nochecita fresca, cielo mayormente estrellado con algunas nubes y ambiente húmedo.

Entre risa de ambas.

MIÑA. ¿Qué hora es?

TINA. No te voy a decir (*Se ríe.*)

MIÑA. ¡EH! ¿Por qué?

TINA. No quiero.

MIÑA. DECIME LA HORA TI... DIGO BOLUDA (*TINA se para y forcejea su teléfono con MIÑA.*) Decime la hora o...

TINA. O...

MIÑA. O... (*Pausa.*) Ya terminó el juego (*Con seriedad.*) ¿Por qué no me decís?

Pausa.

TINA. Es tarde, me gustaría que te quedes.

Pausa.

MIÑA. (*Sorpresa.*) Igual me voy a quedar... Tengo que esperar a mi amiga.

TINA. Son las 9 (*Avergonzada.*)

MIÑA. ¿Y si voy a buscarla?

TINA. ¿Sabés dónde está?

MIÑA. En la concha de la lora (*Señala.*) ¿Viste el barrio ese que está pasando la Ruta?

TINA. EH... Sí me ubico más o menos.

MIÑA. Bueno. Atrás.

TINA. Pará, pará, pará, ¿eso no es Fontana ya? ¿Cómo llegó hasta allá?

MIÑA. En la camioneta blanca de su novio que maneja a los santos pedos y con la música toda saturada.

TINA. (*Canta.*) Le gusta a lo kinky nasty y aunque sea Fancy se pone tranqui si le hago romanti.

MIÑA. Sí, así.

TINA. Buen tema, te voy a decir, planazo.

MIÑA. Seguro están cogiendo en la casa de los abuelos muertos, y después una previa clandestina.

TINA. Planazo (*Sarcásticamente.*)

Caen unas flores del lapacho.

MIÑA. Ay, que bonitas, nadie puede decir que Chaco no es tan hermoso como Japón o el extranjero si mirás lo hermoso que es esto. Se quieren ir porque les llenaron la cabeza de la globalización y... (*Pausa, TINA mira las flores una por una detenidamente. MIÑA la observa.*)

Creo que vos y yo tenemos energías distintas... pero que de alguna forma se combinan... siento que este es un reencuentro, tenemos algo pendiente...

TINA. ¿Qué cosa?

MIÑA. Tiempo.

3- Noche, completamente húmeda, el cielo se nubla cada vez más y el viento norte vuela el cabello de ambas un poco.

MIÑA. ¿Qué hora es? Y esta vez no me jodas.

TINA. Las 11 menos cuarto.

MIÑA. ¿Y si nos pedimos unas papas en la rotisería de acá?

TINA. No tengo un mango (*Sincera.*)

MIÑA. No, yo tampoco (*Pausa.*) ¿Bueno, nos fumamos un porrón o qué?

TINA. (*Gritando.*) ¿Qué? Miña, nos conocemos hoy y ¿cómo sé yo que no me robás todo y te vas?

MIÑA. Alto ahí Tina (*Tono burlón.*) primero que todo el tiempo es una construcción abstracta, nosotras no nos conocimos hoy, nos conocimos hace dos años, nuestros escasos momentos juntas estaban rodando en alguna parte del universo mientras vos y yo vivíamos nuestra vida sin saberlo. Así que nos conocemos ¿ok? Así como los lapachos que aparecen y florecen, y no florecen en invierno, primavera, o cuando se les cante porque saben... Que el tiempo es una cons-truc-ción (*Gritando.*)

TINA. Como se nota que fumas mucho porro... (*Tímida.*) Yo nunca fumé.

Pausa.

MIÑA. UHH, esto va estar bueno.

Ambas se acomodan mejor bajo el árbol. MIÑA saca del bolsillo marihuana y comienza a armarlo.

MIÑA. Bueno, contame (*Con voz de doctor.*) y no mienta eh, ¿Alergias?

TINA. No.

MIÑA. ¿Asma?

TINA. No.

MIÑA. ¿Medicación?

TINA. No.

MIÑA. ¿Vida sexual activa?

TINA. No.

MIÑA. ¿Te gustaría que eso cambie? (*Provocadora, todavía con voz de doctor.*)

TINA. ¿PERDÓN?

MIÑA. Ay bueno era un chiste, ¡estas feminazis no se aguantan nada! (*Pausa.*) Mirá, como es tu primera vez lo hice chiquito (*Lo prende, lo fuma, suspira.*) Okey, es fácil, lo ponés entre los dedos, le das una pitada o dos y después me lo pasas a mí hasta que se termine (*TINA pone cara de asco.*) Pará, antes que saques el humo medio que tragalo, no sé cómo explicarte (*TINA tose.*)

TINA. Tengo mie...

MIÑA. Noooo, noooo, No tengas miedo porque si no te malviajas. Además, yo estoy acá, no va a pasar nada.

TINA. Bueno, sí, tenés razón, si ya no me robaste todo, por algo es.

Fuman.

MIÑA. Ahora en un rato va a hacer efecto, dejalo ser.

TINA. Okey.

Cae una hoja del lapacho, MIÑA la mira con los ojos enormes.

MIÑA. (*Gritando.*) Nooo, mirá esto, boluda, se está por quedar en pelotas en cualquier momento. (*TINA de a poquito comienza a ahogarse de risa, le contagia la risa a MIÑA quien ríe*

aún más fuerte.) (Gritando.) Ju-ju juguemos ese juego del coso este.

TINA . ¿Cuál?

MIÑA. *(Gritando.)* El que vo tené que como se ve así jajajaja

TINA. Ah ya sé

MIÑA. Si éseeee, éseeee, vio veo *(Gritando.)*

TINA. *(Entre risas.)* Sh... sh.... Que en el barrio los viejos tienen la gorra re puesta.

Ambas se ríen, hacen “shh”.

MIÑA. Veo veo.

TINA. *(Susurra.)* ¿Qué ves?

MIÑA. Ua cosa... verde.

TINA. Ya te digo yo ehheh la lagugna.

Se ríen.

TINA. Esta noh la saca ni a palo eh.

MIÑA. ¿Qué me da si la saco?

TINA. Lo que vos quieras.

Piensa, se ríe, piensa.

TINA. Miña ni te dije el color todavía.

MIÑA, *(Se ríe.)* Ah disculpame, ¿qué color?

TINA. Negro

Piensa, mira, mira, todo es negro excepto el lapacho.

MIÑA. A ver... mmmm... Mis ojos obviamente *(En tono burlón, riéndose y gritado.)*

TINA. No te equivocas.

Pausa.

MIÑA. ¿Lo que yo quiera?

TINA. Si.

Pausa, MIÑA le da un beso. Pausa, Se ríen. Relajan todos los músculos de su cara.

MIÑA. Me bajó el porro.

TINA. Creo que a mí también, tengo mucha hambre.

MIÑA. Igual sigo medio ida.

TINA. Yo también (*TINA se acuesta en las piernas de MIÑA*). Desde acá, parecés una canción de Sandro.

MIÑA. ¿Qué? (*Medio dormida.*)

TINA. Siiii, esa que dice “La noche se quedo en tu pelo, la luna se aferró a tu piel, y el mar se puso celoso porque quiso en tus ojos estar el también”.

MIÑA. (*Se sonroja, pero en un estado casi de sueño.*) Qué hermoso lo que me decís, se ve que te gusta la poesía.

TINA. Escribo y leo mucho.

MIÑA. Que talento, yo no sé hacer nada.

TINA. Vos, creeme, sos poeta en formas que ni te imaginás.

4- El cielo está completamente nublado y naranja, las gotas de rocío caen del lapacho.

MIÑA se despierta rápido y alterada de un bostezo.

MIÑA. ¿Qué hora es?

TINA. Las mm... ehh... 2 y cuarenta.

MIÑA. Por lo de mi amiga viste, obviamente.

TINA. Me parece que a las casi 3 no va a volver.

MIÑA. Bueno ¿A quién le importa mi amiga? Yyy... contame ¿Cómo fue tu experiencia?

TINA. En un momento flashée que iba a morir, pero bien.

MIÑA. Bien, como debe ser.

TINA. ¿Te puedo dar algo?

MIÑA. A ver, ¿Qué me vas dar? (*Sonríe.*)

TINA. No te emociones, no es tanto.

Saca de la mochila un cuarzo rosa, y una flor del lapacho.

MIÑA. OHH ¡Que hermoso! (*Se regocija.*) GRACIAS. Yo también te voy a dar algo, que nunca te vas a olvidar. (*Busca en su mochila su celular y pone una canción lenta, agarra a TINA de la cintura y bailan.*)

TINA. Tengo dos cosas que decirte sobre tus regalos: una que cliché (*Pausa, cierra los ojos*

y se apoya en su hombro.) dos, siempre quise bailar un lento.

MIÑA. Mirame a los ojos, y trata de memorizar cada parte de mi espalda, así, en el tiempo, y rompiendo todas las distancias voy a ser para vos un “para siempre”.

TINA está confundida.

TINA. ¿Te gusta eso del tiempo no?

MIÑA. Vos haceme caso.

TINA. Okey.

MIÑA. Te voy a decir algo... no hay necesidad que me respondas o siquiera que trates de entenderlo.

TINA. *(Expectante.)* Okey...

Larga pausa.

MIÑA. Te quiero.

TINA. No sé cómo *(Pausa.)* pero yo también.

Ambas se abrazan y lloran mientras la canción se hace más y más fuerte. Todo se tensa en el ambiente.

5- El cielo está rosado por el amanecer que comienza a acercarse, el viento está más fuerte que antes tanto que mueve la tierra húmeda.

Ambas dormidas una arriba de la otra, se despierta MIÑA rápidamente, se para exaltada.

MIÑA. ¿Qué hora es?

TINA. 5.30 ¿Te gustan los amaneceres? A mí no tanto... mucha paloma.

MIÑA está exaltada, pone las cosas en su mochila, guarda flores de lapacho, la piedra en su bolsillo y su teléfono.

TINA. ¿Te vas?

MIÑA. Siii, me voy.

TINA. ¿Y tu amiga?

MIÑA. Seguro se perdió, ya la voy a encontrar.

TINA. ¿Pero que tu mamá te va retar si no volvés?

MIÑA. No, pero no lo entenderías.

TINA. Probame.

MIÑA. De lo bueno poco, y si el tiempo te lo permite, me gusta el tiempo y su estructura abstracta, subjetiva, todos existimos, ayer, hoy, todo el tiempo y al mismo tiempo nada es nada. Pero ahora tengo que manejarme con un concepto más fuerte, la distancia física y... *(Llora.)* No te preocupes, nos vamos a volver a encontrar, hoy en el lapacho, en 2018 bajo una frazada, o quizás en escenarios desconocidos como playas en Grecia.

TINA. Pero no entiendo, dame tu número y hablamos.

MIÑA. Eso no existe, para eso te dije que me memorices, mis ojos, mi cara, para ser inmortal en vos.

TINA. ¿Y dónde trabajás, a dónde solés ir?

MIÑA. Me gustan los castillos, los lapachos, pero nunca puedo saber...

TINA. Pero el lapacho puede florecer en invierno o en primavera, a veces no florece, a veces florecen pocos...

MIÑA. Exacto, es imposible saberlo Tina. Te quiero mucho, Me voy... No es un adiós, es un hasta pronto, te quiero, me enterneces el corazón y por eso siempre vuelvo. *(Saca de su bolsillo la piedra y el lapacho y se lo muestra, se va corriendo. Pausa. TINA agarra su mochila y siente algo raro, la abre y encuentra la frazada rosada.)*

LA MUDANZA

Barbara Posesorski (Buenos Aires)

barbara.pose@hotmail.com

PERSONAJES

SOL

MARTA, la madre

NICOLÁS, el novio

CLAUDIO, el tío

Departamento de dos ambientes pequeño. La cocina está integrada al living comedor, la habitación solo tiene espacio para una cama y el baño posee ducha. Mide 30 metros cuadrados totales, con dos ventanas pequeñas que dan al exterior, una en el living comedor y otra en el dormitorio, sin balcón. La pared del living que separa de la habitación está pintada de amarillo estridente, el resto de las paredes son blancas. El piso está lleno de cajas cerradas con cinta de embalar y rotuladas con marcador. Es sábado 15 de noviembre a las doce y media del mediodía.

Se abre la puerta de la habitación y SOL ingresa al living. Es rubia de ojos celestes, delgada y alta, y tiene veintiún años. Viste un jean azul, una camisa con rayas finitas celestes y blancas y borceguís negros de cuero. Tiene el pelo atado con un rodete y los labios pintados. Lleva su cartera en el hombro izquierdo. Cruza el living esquivando las cajas mientras mira su celular. Abre la puerta del departamento y se choca con MARTA, su madre, una mujer de cuarenta y cuatro años que viste un pantalón camel, una blusa blanca y mocasines marrones. Tiene una cartera negra en su hombro derecho.

MARTA. (Sonríe.) ¡Sorpresa! ¿Por qué me miras así cariño?, ¿no vas a saludar a tu madre?

SOL. Hola, ¿qué pasa?

MARTA. Permiso cielo, correte de la puerta que pareciera que no quieres que entre. (Ríe.) No aguantaba más en casa, la ansiedad me está matando. ¿No me vas a invitar un vaso de agua fría con este calor?

SOL. Me estaba yendo mamá.

MARTA. Sol...

SOL abre la heladera, saca una botella de agua y le sirve un vaso a su madre.

MARTA. *(Bebe.)* No te preocupes cariño, yo me quedo esperándolos, vos salí tranquila.

SOL. ¿Esperar a quién? Si no tenés llave.

MARTA. Te bajo a abrir y me quedo con las llaves para abrirles cuando lleguen.

SOL. ¿Cuándo llegue quién?

MARTA. Ay, si te digo dejaría de ser una sorpresa cielo.

SOL. Sabes que no me gustan las sorpresas.

MARTA. Eso es porque todavía no viste esta.

SOL. Lo discutimos en el ascensor, vamos bajando ¿sí?

MARTA. *(Pone la pava y mira su reloj.)* ¿No te tocaron el portero eléctrico?, ¿estás segura que funciona bien?

SOL. ¿Podes apagar la hornalla?, yo me estaba yendo.

MARTA. Cariño, porque no vas a planta baja y lo apretas. Imagínate, yo acá esperando y ellos abajo tocando.

Suena el portero eléctrico.

MARTA. ¡Ahí están! *(Atiende.)* Hola, si, ¿quién? ¿Nicolás? No querido, está equivocado.

MARTA cuelga. SOL se agarra la cabeza. MARTA abre la alacena y busca el mate, le pone yerba.

SOL. *(Apaga la hornalla, agarra la cartera de la madre y se la da. Toma sus llaves.)* Vamos bajando.

SOL abre la puerta del departamento y se choca con NICOLÁS que la besa en la boca. NICOLÁS de estatura baja, morocho con el pelo desalineado, de ojos marrón oscuro, tiene veintidós años y está de pie con una silla en cada mano. Viste un jean negro, una remera bordeaux, y zapatillas grises.

NICOLÁS. Hola rubia linda, mmm, labial sabor cacao. *(Ríe. Apoya las sillas en la entrada del departamento, ve a MARTA.)* Ah, ¡hola!

MARTA. Hola querido, ¿cómo estás? ¿Vos sos... ?

NICOLÁS. El portero señora. *(Ríe.)* Nah en serio, Nicolás el novio de Sol, y quédese tranquila que no soy portero. *(Ríe.)* ¿Y usted es?

MARTA. La madre.

NICOLÁS. ¿La madre? ¿Pero cómo?, si la madre murió en un accidente de autos el año pasado. *(Ríe.)*

SOL. Basta gor.

NICOLÁS. Disculpe señora, amor vení que tengo el ascensor cargado y dejé los músculos secándose en casa. *(Ríe.)*

MARTA. ¿Qué es lo que tenés cargado en el ascensor?

NICOLÁS. Una mesa y dos sillas señora. Si necesitamos más ayuda le aviso, pero como Sol dice que está yendo al gym, vamos a dejar que cargue todo ella. *(Ríe.)*

NICOLÁS se dirige al ascensor, SOL mira de reojo a su madre y lo sigue. Tiempo. Reaparecen SOL y NICOLÁS, cada uno con una silla. Las dejan y salen. Regresan cargando una mesa redonda entre los dos.

NICOLÁS. Bueno listo. ¿Tenés un vasito de agua gorda? Hay que hidratar a Popeye. *(Ríe.)*

SOL va a la heladera, saca una botella, le sirve un vaso de agua y se lo da.

MARTA. ¿Y ustedes hace cuánto que salen? ¿Dos, tres meses?

NICOLÁS. Tres años. Yo en realidad no quería, pero ella me insistió tanto que terminó por conquistar mi corazón. *(Ríe.)*

MARTA. ¿Tres años?

NICOLÁS. Bueno, que nos conocemos mucho más, pero vio como son estas cosas.

MARTA. No, la verdad que no vi cómo son estas cosas.

NICOLÁS. Con Sol nos conocemos desde antes de sus quince, ¿no gor? Pero hasta que nos dimos cuenta de que nos pasaba algo y nos animamos pasó un tiempo. *(Ríe.)*

MARTA. ¿Y de dónde se conocen?

SOL. Del colegio mamá.

MARTA. Yo no recuerdo que me hayas hablado de este chico Sol. *(Pausa.)* Me acuerdo que te gustaba Santiago y no parabas de decir lo lindo que era. Y realmente lo era. Alto, de un metro ochenta o noventa, ya no recuerdo bien; ojos verdes, trigueño. Ese sí que era un buen partido Sol.

SOL. Basta mamá.

MARTA. ¿Por qué? ¿No puedo decir la verdad? Pero cielo, fijate que de este chico Nicolás nunca me hablaste, es la primera vez que lo veo, en cambio de Santiago había que pedirte por favor que cambiaras de tema. *(Ríe.)*

NICOLÁS. Sí que me vio antes señora, en los quince de Sol.

MARTA. ¿Estás seguro? Debería acordarme, tengo muy buena memoria.

NICOLÁS. Sí, si incluso me habló, bueno en realidad me gritó *(Ríe.)*

MARTA. ¿Yo te grité? ¿Y por qué?

NICOLÁS. Porque tropecé y caí sobre la torta en la primera tanda de baile. *(Ríe.)*

MARTA. *(Recuerda.)* ¿¿Vos sos el enano torpe que arruinó la torta de quince de mi hija?? Casi me muero en ese momento. Gracias a Dios la gente de la cocina pudo solucionarlo y la torta volvió a tener los tres pisos originales. *(Pausa.)* No puedo creer que estés saliendo con él Sol. Mirá que cambiar a Santiago por esto...

SOL. Santiago nunca me dio bola mamá, estaba atrás de Tamara, la más popular del curso.

MARTA. Pero eso no justifica el cambio Sol. Pareciera que tu mente entrena a tu estómago porque está claro que tu corazón ama a Santiago.

SOL. Suficiente. Andate de mi casa.

MARTA. ¿De dónde? Será tu casa cuando vos la pagues cielo mientras tanto es el espacio que te doy para que tengas la experiencia de vivir sola.

NICOLÁS. Sola no, ¿Sol no le dijo? Yo me mudo con ella, parece que todavía le da miedo la oscuridad. *(Ríe.)*

MARTA. ¿Qué vos qué? Mira enano de circo desempleado, el departamento es mío, Sol es mi hija así que acá la que decide cómo se hacen las cosas soy yo. ¿Está claro?

SOL. Ya tengo veintiún años mamá. Aunque no te guste ahora yo decido sobre mi vida. Y Nico es parte de mi vida.

MARTA. No, sí, claro, una parte muy importante. Por eso lo estuviste ocultando todo este tiempo. Es evidente que te llena de orgullo.

NICOLÁS. Señora, dese la oportunidad de conocerme. Quién le dice hasta le caigo tan bien que me invita un café a solas. *(Ríe.)*

MARTA. ¿Lo de pelotudo venía en el combo o pagaste extra para agrandarlo? La verdad no sé quién te entiende Sol. Imposible dialogar dos palabras con este hongo de jardín.

SOL. Mamá terminala, no le hables más así. Acaso vos sos perfecta, ¿no? ¿No tenés ningún defecto? Claro, los tuyos no se ven a simple vista como la estatura.

MARTA. No, no dije que fuese perfecta, pero al menos a mí me podes presentar en sociedad.

NICOLÁS. En realidad no, digo, porque si lo mira al revés, la ocultó a usted de mí. *(Ríe.)*

MARTA. ¿Qué dijiste planaria de agua tibia? En primer lugar estoy hablando con mi hija, y no me interesa que ningún bicho bolita se entrometa. En segundo lugar duende de bosque desencantado, no sé qué hechizo le hiciste, pero quedate muy tranquilo que voy a encontrar el antídoto. Así que te pido por favor que te vayas y que te lleves tu mesa y tus sillas.

SOL. La mesa y las sillas son de los dos.

MARTA. ¿Cómo de los dos?

NICOLÁS. Sí, las elegimos juntos. No sabe lo que nos costó ponernos de acuerdo. Sol tiene un problemita con las medidas y quería poner una mesa de dos metros. *(Ríe.)*

MARTA. Cera de tapón de oído, no obstruyas el diálogo. Sol te dije que no te preocuparas por los muebles, que yo me ocupaba de eso. No entiendo porque insistís en no hacerme caso. Lo

lamento mucho pero dos mesas acá no entran, así que estos muebles se van.

SOL. ¿Cómo se van? No mamá, a mí me gustan.

NICOLÁS. Además no me van a reintegrar el dinero del adelanto que dejé, ni cancelar las cuotas. *(Ríe.)*

MARTA. ¡No sabes cuánto lo siento! Pero me alegra saber que vos no gastaste plata en esta porquería cariño.

NICOLÁS. Señora, la mesa es buena, es de madera maciza, y para nosotros dos está bien ese tamaño. Mire, venga, tóquela. *(Ríe.)*

MARTA. No, si lo ordinario es parte del paquete, no quepa duda. Yo te voy a decir una cosa mosca heterocigota, en cuanto suene ese portero eléctrico, vos agarras tu mesa, le pones las cuatro sillas arriba y te vas a almorzar debajo de la autopista. ¿Está claro?

Suena el portero eléctrico. MARTA atiende.

MARTA. Hola, si, ¿quién? No le entiendo, ¿con quién quiere hablar? *(Cuelga.)* Dios lo que tarda en venir esta gente.

SOL. Ya te dije que no quiero ninguna sorpresa mamá. Llamá a quien sea que esperes y decile que no venga.

MARTA. Me parece que vos no estas entendiendo nada cielo. Yo te voy a explicar. Estamos esperando que lleguen tus muebles cariño, completos, todo. Cama, mesitas de luz, mesa, sillas, biblioteca. Yo te dije que no te iba a faltar nada. *(Besa a SOL.)*

SOL. ¿Muebles? ¿De qué muebles estás hablando?

MARTA. ¿Cómo de qué muebles? De los de la abuela por supuesto.

SOL. Te dije que no los quería, que no me gustan.

NICOLÁS. A mí tampoco.

MARTA Y SOL. *(Al unísono.)* ¡Callate!

MARTA. Me parece que seguís sin entender cariño. Yo decido qué muebles van en el departamento que te estoy prestando. Y por si no recordás, decidí que van los muebles de mi mamá. Pero por Dios Sol, no podes ser tan egoísta. ¿Por qué yo tengo que seguir pagando un guardamuebles cariño cuando tengo este departamento para guardarlos? Y de paso vos los usas, porque claro, no pensarás que no te voy a dejar usarlos. Eso sí, una vez al mes barniz al agua a la cama y todos los días trapo seco a la mesa, es la única manera que el algarrobo dure. *(Sonríe.)* Tu abuela lo sabía bien.

SOL. Te dije muchas veces mamá que yo no quería los muebles de la abuela, que quería amueblar mi departamento a mi antojo.

NICOLÁS. Además señora discúlpeme pero esos muebles que usted dice están fuera de moda, y nuestra idea es tener un depto con onda, vio, como los de las páginas de diseño de

Instagram. *(Ríe.)*

MARTA. ¿Todavía estás acá? Tan chiquito que no se te ve. Me pareció decirte que cuando sonara el portero eléctrico te fueras, y dejame decirte que a ver... sí, sí, ya sonó.

SOL. Si él se va, yo me voy con él.

MARTA. Tenés que estar para recibir tus muebles Sol. Yo no voy a decidir dónde va la mesa, no me parece apropiado.

SOL. ¿Eso no te parece apropiado? Gracias, que lindo detalle el tuyo. Pero sabes que, decidí donde quieres poner la mesa de la abuela, yo no la voy a usar, ni la cama ni el departamento. Podes quedártelo, usarlo de guardamuebles, no me importa.

MARTA. No digas cosas de las que después te vas a arrepentir cariño. Vos sabes que yo te voy a perdonar igual, pero tener que pasar por esa situación en la que venís cabizbaja y llorosa a pedir disculpas, ¿te dan ganas?

SOL y NICOLÁS la miran. SOL toma su cartera y se dirige a la puerta. NICOLÁS la sigue. SOL abre la puerta y se encuentra parado a su tío CLAUDIO de cincuenta años de edad, morocho de pelo corto, con unas pocas canas en el flequillo, viste un pantalón de vestir negro, zapatos negros y una camisa negra manga corta. Está de pie borracho en el umbral de la puerta con una botella de vino tinto en una mano y una planta de interior en la otra.

CLAUDIO. Hey, hola Sol, gracias por abrirme, no podía encontrar el departamento. *(Ríe.)* Traje dos botellas de vino, pero solo llegué una. *(Ríe.)* Ah, y esta planta, ponela donde quieras *(Ve a MARTA.)* total duran dos semanas y se mueren.

MARTA. Claudio, no sabía que venías.

CLAUDIO. Yo tampoco sabía que venía. *(Ríe.)* Nah, eso sí sabía, aunque tenía miedo de no acordarme. Lo que no sabía es que ibas a estar, hubiera traído el vino blanco en la botella y no puesto. *(Ríe.)*

SOL. ¿Tío te querés sentar? *(Le acerca una silla.)*

CLAUDIO. Dale, no me vendría nada mal. *(Ve a NICOLÁS.)* ¡Ey!, ¿qué haces pibe? ¿Ya no me saludas más? *(Ríe.)*

NICOLÁS. ¿Cómo estás Claudio? ¡Veo que las uvas te siguen acompañando! *(Ríe y le palmea el hombro.)*

CLAUDIO. ¿Qué a vos no? Andá trae el destapador que abrimos la que traje.

NICOLÁS va a la cocina, busca la botella y el destapador y abre el vino.

MARTA. Claudio me parece que no deberías seguir tomando.

CLAUDIO. ¿Cómo qué no? ¿Y el festejo? ¿Con qué quieres que brinde? ¿Con agua? *(Ríe.)*

MARTA. ¿Festejo?

CLAUDIO. Por el departamento y los muebles nuevos. Viste qué lindos que son.

MARTA. Me parecen espantosos.

CLAUDIO. Los de tu madre eran peores. *(Ríe.)*

MARTA. No te permito Claudio.

CLAUDIO. Pero si es la verdad Marta, ¿algarrobo en esta época, a quién se le ocurre? *(Ríe.)*

NICOLÁS. *(Le da una copa con vino.)* Toma Claudio.

CLAUDIO. Gracias pibe. Pero no voy a brindar solo, vamos serviles a todos.

NICOLÁS sirve tres copas más.

MARTA. Yo paso.

CLAUDIO. Pero Marta, siempre tan aguafiestas, che. Como no vas a brindar, es el festejo de tu hija.

MARTA. Pero no estaba invitada.

CLAUDIO. Ah, no sabía nada que era con invitación che. Yo no sé dónde puse la mía. *(Ríe.)*

SOL. No es con invitación mamá, el tío quería venir a visitarme y le dije que viniera hoy que iba a tener sillas para que se siente.

CLAUDIO. Que por cierto son muy cómodas. El color medio apagado, ¿lo elegiste vos Marta?

SOL. ¡Tío!

CLAUDIO. ¿Qué? ¿Bueno vamos a brindar o no? Se me está evaporando el vino.

SOL. Dale.

CLAUDIO. Pero hay que mirar a los ojos a los demás y decirle una palabra a cada uno. Lo vi en una película. *(Ríe.)*

SOL. Ok, yo empiezo. *(Mira a NICOLÁS.)* Amor. *(Mira a su tío.)* Borracho.

CLAUDIO. Una que no sea obvia. *(Ríe.)*

SOL. Shhh. *(Mira a su madre.)* Retrógrada.

CLAUDIO. Esa sí que la voy a tener que googlear. *(Ríe.)* Dale pibe, te toca a vos.

NICOLÁS. *(Mira a CLAUDIO.)* Asador. *(Mira a SOL.)* Vida. *(Mira a MARTA.)* Suegrita. *(Ríe.)*

CLAUDIO. Vas vos Marta.

MARTA. Yo paso, me parece una estupidez este juego.

CLAUDIO. Siempre igual de aguafiestas che, no cambias más. Bueno voy yo. *(Mira a SOL.)*

Ángel. *(Mira a NICOLÁS.)* Compañero. *(Mira a MARTA.)* Amada.

MARTA. Estás borracho Claudio.

CLAUDIO. Eso ya me lo dijo tu hija, no podes repetir palabras.

MARTA. No estoy jugando.

CLAUDIO. Yo tampoco.

NICOLÁS. Me perdí, ¿falta que diga palabras señora o ya podemos tomar?

MARTA. Vos podes tomarte la puerta de una buena vez oruga de alcantarilla.

CLAUDIO. Nicolás, se llama Nicolás Marta.

MARTA. Me da igual como se llame. No lo voy a volver a ver más. Sol está para personas mejores, no esto.

SOL. Ya te dije que yo decido con quien estar mamá.

CLAUDIO. No podes negar que tiene tu carácter (*Ríe.*) aunque no tu valentía.

SOL. No entiendo.

MARTA. No hay nada que entender Sol. Tu tío está ebrio una vez más.

CLAUDIO. Sí, muy ebrio (*Ríe.*) pero el alcohol solo reaviva lo que siento.

MARTA. Igual que Sol, confundís lo que sentís con lo que pensás. Me voy cariño, evidentemente esta gente hoy no va a venir. No te preocupes no te voy a dejar sin muebles, cuando llego a casa llamo para reclamar y reprogramo la entrega.

CLAUDIO. ¿Qué entrega? ¿Los muebles de tu mamá? Nah, no te lo puedo creer. ¿En serio sos capaz de hacerle eso a Sol? Por Dios, ¿qué fue de la Martu que conocí?

MARTA. Te dije mil veces que no me llamaras mas así Claudio. La gente cambia, crece, evoluciona.

CLAUDIO. ¿Evoluciona? ¡Pero escuchate hablar! ¿Qué me estás diciendo? Yo no cambié.

MARTA. Ese es justamente tu problema, que no cambiaste.

CLAUDIO. (*Se para.*) Y no voy a cambiar. No voy a traicionar a ese joven por el adulto que soy. Nooooo, ese joven tenía ideales, sueños, un amor, si un verdadero amor. Y este adulto lo sigue teniendo.

MARTA. Terminala.

CLAUDIO. ¿Con qué? ¡Si aún no empecé!

SOL. Tío porque no te sentás mejor.

NICOLÁS. Si Claudio, te va a venir bien.

CLAUDIO. Escuchame pibe, escuchame bien lo que te voy a decir. ¿Vos la amas a mi sobrina?

NICOLÁS. Claro que la amo.

CLAUDIO. No la dejes ir nunca, no importa lo que ella te diga o las veces que te eche. Porque ella también te ama. Pero no te olvides que viene de esa madre que ves ahí, y hay algunas cosas que debe haber heredado.

MARTA. ¿Ya terminó la sesión de terapia low cost? ¿Ya me puedo ir?

SOL. Porque no te quedas má, compramos algo y comemos los cuatro. Y de paso inauguramos la mesa.

MARTA. Con ellos dos no tengo nada que compartir. Después te preparo algo rico y brindamos en casa cariño.

CLAUDIO. Como sos Martu. Te lo está pidiendo tu hija y así y todo no podes aflojar.

MARTA. No me llames Martu, sabes perfectamente que no me gusta.

CLAUDIO. Antes no te molestaba.

MARTA. Antes, ahora sí.

NICOLÁS. ¿Antes cuándo? ¿Le puedo decir suegra Martu? (*Ríe.*)

MARTA. Ahí tenés tus consecuencias Claudio, tu sobrina sale con una artemia de agua salada.

CLAUDIO. Mis consecuencias las tengo enfrente de mí. Y en la ausencia que está siempre a mi lado acompañándome.

MARTA. Te pasa por testarudo.

CLAUDIO. Por idealista Martu, y por romántico.

MARTA. ¡Pero por favor!

CLAUDIO. Escuchá pibe y aprendé, la primera vez que vi a esta mujer le regalé un poema que la acompañó siempre.

MARTA. Me perturbó siempre.

CLAUDIO. No importa dónde mires

No importa si es despierta o dormida

En tu mente, en tu corazón y a tu lado

Siempre tendrás mi compañía.

NICOLÁS. Es bastante bueno.

MARTA. ¿Bueno? Dios, se juntaron el hambre y las ganas de comer.

CLAUDIO. A vos.

MARTA. ¿Qué decís?

CLAUDIO. Lo que escuchaste Martu. Basta de hacer como si nada me pasara, de beber para apagar algo que no cesa. ¡No puedo más! Me pasa, me pasa y ya no me importa que lo sepan todos. Si durante veintiún años no gané nada ocultándolo, quizás sea momento de blanquearlo.

SOL. ¿Mi edad?

MARTA. No le des bola cariño.

SOL. Basta mamá de decirme lo que tengo que hacer. Quiero saber qué pasó cuando nació tío.

CLAUDIO. Fue varios meses antes Sol, justo antes de que tu mamá conociera a mi hermano.

Yo la conocí a ella. Todavía recuerdo lo que traía puesto, ese vestido blanco suelto.

MARTA. (*Interrumpe.*) Terminala Claudio.

CLAUDIO. No, hasta que no me digas porque me dejaste, no. Es que no lo puedo entender, hasta el día de hoy me lo sigo preguntando ¿Qué fue lo que hice mal?

MARTA le desvía la mirada.

CLAUDIO. Te lo pido por favor, hace años que esta duda me persigue, decime en que fallé.

MARTA lo mira y mueve la cabeza de costado.

CLAUDIO. Te juro que no vuelvo a molestarte más, a insistirte, pero decime en que me equivoqué.

MARTA. Vos no te equivocaste, eras fantástico. Atento, cariñoso, dulce, romántico, caballero.

CLAUDIO. ¿Y entonces por qué te fuiste con Esteban?

MARTA se sienta en una de las sillas.

MARTA. Por miedo.

CLAUDIO. ¿A qué?

MARTA. A sufrir cuando todo eso bueno acabe.

CLAUDIO. No entiendo, ¿miedo a lo bueno?

MARTA. Miedo a que eso bueno que estaba viviendo se termine. Y miedo a no poder recomponerme.

CLAUDIO. ¿Vos hipotecaste tu felicidad por miedo a que acabara?

MARTA hace un gesto de sí con la cabeza.

CLAUDIO. ¿Y si no terminaba nunca? ¿Y si estábamos juntos hasta hoy? ¿Por qué resignarse a no ser feliz sin haberlo intentado?

MARTA se quiebra.

CLAUDIO. Martu, si lo hubiera sabido antes no te hubiera dejado cometer semejante error.

MARTA. *(Se limpia las lágrimas.)* Ya está, ya pasó.

CLAUDIO. ¿Vos nunca lo amaste a Esteban?

MARTA. Lo quería.

CLAUDIO. ¿Pero no lo amaste?

MARTA hace un gesto de NO con la cabeza.

CLAUDIO. ¿Y a mí me amaste?

MARTA. Claudio por favor...

CLAUDIO. Martu respondeme, ¿a mí me amaste?

MARTA. Mucho, mucho más de lo que pensé que era capaz de amar a alguien.

CLAUDIO se agacha frente a la silla donde está sentada MARTA y le toma las manos.

CLAUDIO. ¡No puedo creerlo!

SOL. Pero no entiendo mamá, si lo amabas como decís ¿por qué te casaste con papá?

MARTA. Por miedo Sol, por miedo a que aquel amor se terminara y yo sufriera mucho.

SOL. ¿Pero no sufriste más estando lejos de él?

MARTA. *(Mira a CLAUDIO.)* Todos los días Sol, todos los días. Pero viniste vos, y me alegraste la vida, y los días fueron distintos y ya solo me ocupé de criarte y de que no te faltara nunca nada.

SOL. ¿Por eso me sobreprotegeste? Para olvidarte de lo que realmente te pasaba. Por eso sufrías tanto por todo lo que me sucedía, ¿no? ¡Y entonces decidías por mí! Estabas evadiéndote.

MARTA. Sol por favor no seas tan dura conmigo.

SOL. ¡Pero mamá date cuenta! ¡Por miedo a ser vos feliz me arruinaste la vida a mí y al tío! Yo no puedo creer que seas tan egoísta.

MARTA. No me trates así cariño, hice lo que pude. Era joven y tenía miedo.

SOL. ¡¡¡Tenías miedo a ser feliz!!! ¿Cómo se puede tener miedo a ser feliz? Todo el mundo sólo desea eso, y vos lo dejaste pasar así como así.

CLAUDIO. *(Interrumpe.)* Sol por favor basta. No le hables así a tu mamá, no le hace bien.

SOL. *(A CLAUDIO.)* ¿Y a mí me hace bien? *(Grita.)* Si ella se hubiera jugado por el amor que sentía por vos, ¡yo hubiera vivido más feliz!

MARTA. *(Interrumpe, grita.)* ¡No hubieras nacido Sol! *(Llora.)*

Silencio general. CLAUDIO se acerca a MARTA, la toma de los brazos, la levanta de la silla e intenta abrazarla. MARTA lo aparta. SOL va a la mesa y se sirve un trago de vino y lo toma todo junto de una vez. SOL intenta servirse otro trago pero NICOLÁS se acerca y le saca la botella.

MARTA. *(A SOL.)* Perdóname cariño, no quise arruinarte tu festejo.

SOL. Ya está mamá, ya se terminó el festejo y la felicidad. Como siempre en tu vida, ¿no? *(SOL se da vuelta y va hacia la puerta de calle. Se gira y mira a NICOLÁS.)*

NICOLÁS mira a MARTA y a CLAUDIO, se dirige a la puerta y sale. Ruido a portazo. Pausa. Suena el portero eléctrico. MARTA se dirige a atender.

MARTA. Hola, ¿sí? (*Pausa, escucha.*) ¿Los muebles? (*Mira a CLAUDIO.*) No, está equivocado, no son para acá. (*Escucha.*) No se haga problema, son cosas que pasan. Adiós. (*Cuelga el portero eléctrico.*)

APAGÓN FINAL

MASCARONES DE PROA

Cristina Merelli (CABA)

cristinamerelli@gmail.com

PERSONAJES

LA POSADERA

MUJER

Una posada. LA POSADERA recoge platos y limpia las mesas. Una MUJER llega desde exterior. Se apoya en la puerta. Trae una bolsa pequeña. Las dos mujeres se miran.

LA POSADERA. Noche a noche trae la luna caminantes.

MUJER. Eso soy. Por esta noche.

LA POSADERA. ¿Cruzaste el monte?

MUJER. Entre ramas como brazos y flores negras.

LA POSADERA. Perfumadas.

Silencio.

LA POSADERA. Pasa.

MUJER. Hace calor.

LA POSADERA. Sí.

MUJER. Sin embargo el fuego está encendido.

LA POSADERA. La soledad es fría. ¿Tienes hambre?

MUJER. Sentarme es lo que quiero.

LA POSADERA. Elige. Aquí se sientan los hombres de los cuentos, ahí los de trabajo, allí los solitarios. Los que van de paso, ahí, y esa otra está encendida de besos y de abrazos.

MUJER. ¿En esa pequeña?

LA POSADERA. Yo, cuando no hay nadie.

MUJER. Hay dos bancos.

LA POSADERA. Por el que se fue, para el que vendrá.

MUJER. ¿Puedo?

LA POSADERA hace silencio.

MUJER. ¿Qué respondes?

LA POSADERA. Sí.

MUJER. También tú, ahí, frente a frente, en compañía. Apaga el fuego.

LA POSADERA. Aún no.

MUJER. ¡Qué silencio! Asusta. ¿Vives aquí?

LA POSADERA. Sola.

MUJER. ¿No tienes miedo?

LA POSADERA. Esta noche tengo miedo.

MUJER. ¿De qué?

LA POSADERA. De los caminos que traen y llevan, y de esa puerta.

MUJER. ¿Te asusté al entrar? Estaba abierta. ¿Quieres ver mi bolsa? Mira: un par de zapatos viejos, una piedra roja y un ángel de mazapán. No temas, no escondo nada, voy de viaje.

LA POSADERA. No es equipaje para quien piensa estar ausente mucho tiempo.

MUJER. Tal vez ya esté de regreso.

LA POSADERA. ¡Si aún no te has ido!

MUJER. ¿Qué sabes? No me conoces.

LA POSADERA. Conozco las huellas que deja el tiempo en los caminos.

MUJER. ¿Puedo quedarme esta noche?

LA POSADERA. ¿Hacia dónde te diriges?

MUJER. Si yo fuera veleta y tú fueras viento, ¿hacia dónde soplarías?

LA POSADERA. No soplaría.

MUJER. Hay ruido de tormenta.

LA POSADERA. Lloverá.

MUJER. ¿Vives sola desde siempre?

LA POSADERA. No.

MUJER. Y antes ¿con quién vivías?

LA POSADERA. Con alguien que ya está muerto.

MUJER. ¿Aún lo sientes?

LA POSADERA. De vez en cuando duele.

MUJER. ¿Cuándo duele?

LA POSADERA. En el resplandor de alguna siesta, en el ruido de la escarcha, en el color de los zapallos en almíbar... en las noches de tormenta...

MUJER. ¿Cómo ésta?

LA POSADERA. ¡Qué pena!

MUJER. ¿Cuál es la tristeza?

LA POSADERA. Mis recuerdos. Sábanas de niebla van cayendo esta noche sobre ellos.

MUJER. ¿Por qué esta noche?

LA POSADERA. ¿Sabes leer las líneas de la mano?

MUJER. No.

LA POSADERA. Yo sí.

MUJER. Mira ¿qué ves en las mías?

LA POSADERA. Un desierto de sal en cada palma.

La MUJER quiere retirar sus manos. LA POSADERA las sostiene.

LA POSADERA. Pero debajo...

MUJER. ¿Qué hay?

LA POSADERA. Deseos de nácar flotando en ríos de sangre viva.

MUJER. *(Las retira.)* Lo que no se ve no está.

LA POSADERA. Si el cielo se despejara, ¿no estaría ahí la luna?

MUJER. Esta noche no despejará y puede seguir nublado mañana, pasado o quién sabe, cien años más.

LA POSADERA. ¿Para quién guardas tus riquezas? ¿Te crees eterna?

MUJER. Si es verdad lo que dices, los deseos saldrán a la luz algún día.

LA POSADERA. Si no escarbas en tu sal. ¿Cuántos años tienes?

MUJER. A veces tantos, estoy cansada de llevarlos, y otras creo que aún no he nacido. ¿Cuántos años ves en mi cara?

LA POSADERA. Siglos de soles y desvelos.

MUJER. ¡Pero qué ojos tienes!

LA POSADERA. No recuerdo, hace mucho tiempo rompí todos los espejos.

MUJER. Dan miedo...como dos despeñaderos.

LA POSADERA. Será.

MUJER. ¿Por qué has roto los espejos?

LA POSADERA. Al mirarme se me hacía que estaba en compañía.

MUJER. Un espejo, una sombra, qué más da.

LA POSADERA. Son de escarcha tus palabras.

MUJER. Así me crecen.

LA POSADERA. Tan desiertas...Tu soledad brota de ladrillos, de puertas cerradas.

MUJER. ¿Quién te sostiene en tu soledad?

LA POSADERA. Yo misma. Elijo la vigilia de mi cuerpo, pero no pongo trancas. Alguna vez mis sábanas volverán a ser ríos de deshielo, cascadas, cataratas. Te invito a cenar, ¿quieres? Hoy hay fiesta.

MUJER. ¿Qué celebras?

LA POSADERA. El regreso del agua a los arroyos. ¿Sabes cantar?

MUJER. Silbo.

LA POSADERA. ¿Cómo los pájaros?

MUJER. Mejor que ellos.

LA POSADERA. Silba.

MUJER. Si tú cantas.

LA POSADERA. No sé si podré alcanzar un pájaro.

Cantan y silban mientras LA POSADERA comienza a preparar una mesa.

LA POSADERA. Cierra los ojos.

LA POSADERA sale. La MUJER continúa silbando.

LA POSADERA. *(Canta. En off.)* “Con agua de lluvia fría mojo mi cuerpo y mi cara...se han desatado la piedras, me bajan ríos de lágrimas...se han desatado las piedra, me bajan ríos de lágrimas...”

La MUJER toma su bolsa y se dirige hacia la puerta. Se detiene. Está indecisa. Vuelve al lugar. Espera.

LA POSADERA Regresa. Ha cambiado su vestido y su delantal por ropas de terciopelo negro. Trae una bandeja con comida y vinos

LA POSADERA. Ya puedes abrir los ojos.

MUJER. ¿Quién eres?

LA POSADERA. ¿Quién quieres que sea?

MUJER. Una princesa condenada a vivir en la torre oscura.

LA POSADERA. Eso soy ¿Y tú?

MUJER. Puedo ser carcelera, mendiga, loca, asesina.

LA POSADERA. Elige una.

MUJER. ¿Cuál prefieres?

LA POSADERA. ¿De esas? Ninguna.

MUJER. ¿Entonces? ¿Quién sería?

LA POSADERA. La estrella que falta en mi ventana.

MUJER. ¿El príncipe, dónde está?

LA POSADERA. No habrá príncipes. No llegarán. Los caminos están anegados. ¿Te apena?

MUJER. Por ti. Son ellos los que rescatan a las princesas de los peligros que las amenazan.

LA POSADERA. El peligro que amenaza a esta princesa es más poderoso que todas las es-

padas de todos los príncipes del mundo.

MUJER. ¿Qué forma tiene?

LA POSADERA. Es invisible y agudo.

MUJER. Cierra los ojos. No abras las puertas.

LA POSADERA. ¿Y tú...? ¿En esa bolsa has podido esconder el rumor del alud y las tormentas?

MUJER. No hables de mí.

LA POSADERA. Tan liviana de equipaje. ¿Quién apuró tu partida?

MUJER. Mi deseo.

LA POSADERA. ¿Un deseo que no tiene rumbo? ¿De quién huyes?

MUJER. De los días sin fin. De las noches eternas. De la sangre que golpea. (*La mira.*) Dos hojas a la deriva.

LA POSADERA. Vete, estás a tiempo. Que mi soledad no te detenga.

MUJER. Llueve.

LA POSADERA. Come entonces. La comida ya está fría. ¿Qué vino quieres?

MUJER. Me da igual.

LA POSADERA. ¿Así siempre decides?

MUJER. Me atraviesan cientos de caminos. ¿Cuál es el correcto?

LA POSADERA. ¿Correcto? ¿Qué quiere decir correcto?

MUJER. Lo que está bien. Lo que se debe.

LA POSADERA. Palabras enjauladas. ¡Suéltalas! Muéstrame tus garras y tus alas.

MUJER. No te confundas. No soy más que una ramita quebrada.

LA POSADERA. Puedo sanarla. ¿Qué harás mañana?

MUJER. ¡Mañana! ¡Mañana! ¡Mañana! ¿Tú cocinas?

LA POSADERA. Todo.

MUJER. ¿Siempre sola, digo, sin ayuda?

LA POSADERA. Sola.

MUJER. ¿Si quieres hablar?

LA POSADERA. Hablo.

MUJER. ¿A quién?

LA POSADERA. A la sombra, al reflejo en el agua, a los pájaros.

MUJER. Que estás loca, dirán.

LA POSADERA. Eso dicen, pero no por hablar sola.

MUJER. ¿Estás loca?

LA POSADERA. ¿Qué piensas?

MUJER. No sé nada. No conozco ya a la gente. Hace años que no salgo de mi casa.

LA POSADERA. Pero tu cuerpo habla.

MUJER. ¿Qué te revela mi cuerpo?

LA POSADERA. Ráfagas de lamentos, inundaciones de lágrimas.

MUJER. Y por las venas arroyitos que antes eran cataratas. ¿Qué más ves?

LA POSADERA. Aristas erosionadas, redondeces de luna y mariposas de gasas.

MUJER. Tu soledad levanta pedestales bajo mis pies.

LA POSADERA. La tuya tiende trampas.

Silencio.

MUJER. No hay relojes en esta posada.

LA POSADERA. Puedes seguir tu viaje, no esperes la mañana.

MUJER. ¿Cuántos caminos por aquí pasan?

LA POSADERA. El camino de los vientos... no deja huellas.

MUJER. Por allí me iré.

LA POSADERA. Ni cien toros embravecidos han podido con él. Toma el camino del agua. Un remanso para irse a la deriva.

MUJER. Tomaré ese.

LA POSADERA. Pero no te confíes, por allí también naufragan.

MUJER. Habrá otros.

LA POSADERA. El camino de las piedras, peligrosas como puntazos de flecha.

MUJER. ¿Estoy acorralada?

LA POSADERA. ¿Sabes volar?

MUJER. Ojalá supiera. Tú, ¿qué haces?

LA POSADERA. Sueño caminos que van y regresan.

MUJER. ¿Si no quiero regresar?

LA POSADERA. Morirás de sed, sin haberte nunca contemplado en el agua.

MUJER. Tus palabras son oscuros colibríes.

LA POSADERA. El miedo las desata.

MUJER. ¿Quién lo provoca?

LA POSADERA. Un rumor conocido como un desborde de lágrimas.

MUJER. Podrías bordar vestidos con tus palabras.

LA POSADERA. Vestidos y cortinas y enaguas y sábanas y sepultarme en el silencio cuando la noche se vaya.

MUJER. "Sepultarme en el silencio cuando la noche se vaya" Miles de espinas me cercan el corazón. ¡Qué lástima!

LA POSADERA. ¿Lástima?

MUJER. Clavadas en mis espinas se secarán tus palabras.

LA POSADERA. Cierra los ojos. ¿Qué sientes?

MUJER. Tu aliento, tibio como un gorrioncito de vino.

LA POSADERA. ¡Te creías infranqueable!

MUJER. ¡Cómo eres!

LA POSADERA. Al fin sonríes. ¿Te gustan las sandías?

MUJER. Adivinaste.

LA POSADERA. (*Sale. En off.*) Este año ha habido pocas.

MUJER. En mi casa, tantas. ¿Quién las iba a comer? Las he tirado. Daba pena ver tantos corazones hundiéndose en el barro.

LA POSADERA entra con una carretilla llena de sandías.

LA POSADERA. Elige.

MUJER. ¿Quién la cala?

LA POSADERA. La visita. Para conocer el alma de los que habitan la casa.

MUJER. ¡Apártate! (*Levanta una sandía y la deja caer.*) ¡Pobre corazón tan lastimado!

LA POSADERA. Entero estaba, antes de tu llegada.

Comen en silencio.

LA POSADERA. ¿Has visto máscaras?

MUJER. De niña, una noche corrí detrás de una caravana. Regresé al amanecer con los pies llenos de llagas.

LA POSADERA. Una noche como ésta, alguien, por mí, dejó partir su caravana.

MUJER. Ese alguien ¿dónde está?

LA POSADERA. Las calandrias mueren cuando están enjauladas. Sólo me quedan las máscaras.

MUJER. Muéstramelas.

LA POSADERA. Esta noche echarán a volar fantasmas.

LA POSADERA sale llevándose los velones.

MUJER. ¿A oscuras me dejas?

LA POSADERA. (*En off.*) ¿Sientes miedo?

MUJER. ¿Qué historia vamos a ver?

LA POSADERA. (*En off.*) La de un lirio que nació en una calavera.

En la oscuridad aparece la máscara de una calavera.

CALAVERA. Soy una gallina enana, una hormiga insignificante, la cola de un cerdo muerto, soy la huella de un burro enfermo. Aléjate.

Aparece una Máscara Dorada.

MASCARA DORADA. ¿Por qué ocupas un lugar que no te corresponde?

CALAVERA. Es el lugar que merezco.

MASCARA DORADA. ¿Un corral? ¿Un surco en la tierra? No seas vanidosa.

CALAVERA. Entonces seré el gusano que habita bajo la tierra. Seré el excremento del gusano, una lombriz ciega.

MASCARA DORADA. Si tienes poderes para ser lo que dices, conviérteme en ciénaga. Ocuparás mis huecos.

CALAVERA. No te burles. La caravana ya se va. Déjame en paz. Vete.

MÁSCARA DORADA. Aquí me quedo.

CALAVERA. No quiero, un día te marcharás y en tu fuego se habrán consumido todos mis deseos.

MÁSCARA DORADA. Esas son cosas inventadas.

CALAVERA. Vuelve a tus caminos.

MÁSCARA DORADA. Tú eres mi último camino.

CALAVERA. Quiero vivir en paz. Eso quiero.

MASCARA DORADA. Entonces recoge flores y cava tu tumba. Me marcho.

CALAVERA. Tengo una herida en el pecho. ¿Cuál es el remedio?

MASCARA DORADA. Beber agua de lágrimas, mirarte días enteros en el espejo hasta revelar todos tus miedos.

CALAVERA. Con lápidas de cemento he tapado miedos y secretos.

MASCARA DORADA. Resucita y apoya tus labios sobre mi vida.

LA CALAVERA apoya los labios sobre los labios de la MÁSCARA DORADA.

MASCARA DORADA. Miel y sal. Furia y silencio.

CALAVERA. Almíbar de baba y oro, la lengua de mi espejo.

Las máscaras desaparecen. LA POSADERA regresa con las velas y las máscaras en la mano. Saluda.

LA POSADERA. ¿No aplaudes?

MUJER. ¿El lirio? Aquí no estaba.

LA POSADERA. Es el recuerdo que aún endulza mis sábanas.

MUJER. ¡Cómo hablas! ¿Has estudiado?

LA POSADERA. Mucho.

MUJER. ¿Tienes libros?

LA POSADERA. ¿Libros? Sólo he visto uno. Lo olvidó un viajero. ¿Sabes leer?

MUJER. ¡Claro!

LA POSADERA. Yo no. Te lo regalo.

MUJER. ¡Me sorprendes! ¡Todo el tiempo me sorprendes! Lloraré al amanecer cuando me vaya.

LA POSADERA. Hagamos un pacto, ¿quieres?

MUJER. ¿A qué cadenas quedaré atada?

LA POSADERA. Muestras las uñas. Aún no he dicho nada.

MUJER. Habla.

LA POSADERA rompe un pedazo de su vestido, en él guarda una semilla de sandía.

LA POSADERA. Toma. Cuando llegues a tu casa, sin sacarla de la tela, cava un hoyo y la plantas. Tú, ¿qué me regalas?

MUJER. Lo mismo (*Corta un pedazo de vestido.*) Toma.

LA POSADERA. Un espantapájaros cada una hará con su vestido para que señalen el verde camino de las guías, desde mi huerto al tuyo, desde tu huerto al mío.

MUJER. ¿Si la tierra se traga la tela y las semillas?

LA POSADERA. ¿Qué páramos, qué desiertos se te cruzan ya por la cabeza?

MUJER. Dos vestidos secos, al viento, como hilachas de banderas.

LA POSADERA. Depende

MUJER. ¿De qué?

LA POSADERA. Del vivir.

MUJER. ¿Qué es vivir?

LA POSADERA. Soy el punto donde se juntan las luces y las sombras. Después de mí ya no hay más preguntas. Soy la última respuesta.

MUJER. ¡Cómo cantan las ranas!

LA POSADERA. Cantan.

MUJER. Apenas llueve.

LA POSADERA. Sí, apenas ¿Sientes frío?

MUJER. ¡No!

LA POSADERA. Como te tapas... parece una telaraña el chal. ¿Lo has hecho tú?

MUJER. Sí.

LA POSADERA. Eres extraña.

Silencio.

LA POSADERA. De repente te presiento verde y tranquila como un valle, al momento veo que alzas vuelo, y de a ratos, eres como el centro de una piedra, impenetrable.

MUJER. ¿Tú?

LA POSADERA. ¿Yo?

MUJER. ¿Cómo eres?

LA POSADERA. Mírame.

MUJER. Un muro.

LA POSADERA. Si te asomaras...

MUJER. Vería lo que se esconde a las miradas de la gente, lo que está en el fondo de las casas.

LA POSADERA. Te equivocas, no escondo nada. Hace tiempo derribé estos muros ¿Y tú?

MUJER. ¿Yo?

LA POSADERA. Con armadura de hierro te ocultas en tus murallas.

MUJER. Mis respuestas siempre caen heridas al paso de tus palabras.

LA POSADERA. Si tus respuestas tuvieran la firmeza del diamante, mis palabras sólo serían pobres palomas sin alas.

MUJER. Me ganas.

LA POSADERA. Yo no jugaba. ¿Te ha gustado la comida?

MUJER. Mucho. Gracias. (*Ayuda a recoger los platos.*)

LA POSADERA. Deja, yo lo hago.

MUJER. Quiero ayudarte.

LA POSADERA. No. No quiero acostumbrarme.

MUJER. Llueve otra vez. Este tiempo no para. ¿A qué hora te levantas?

LA POSADERA. Al alba.

MUJER. A veces, a mí se me pegan las sábanas.

LA POSADERA. ¿Estás cansada?

MUJER. No.

LA POSADERA. Tienes tres cuartos para elegir: uno que da al gallinero, el otro da a un huerto que todavía está seco, pero en el tercero, a la ventana hoy le ha brotado un cerezo.

MUJER. ¿Dónde duermes?

LA POSADERA. Desde hace tiempo, en una caja de cristal, espero.

Silencio.

MUJER. Da miedo este viento, va a apagar las velas.

LA POSADERA. ¿De qué te asustas? Has cruzado el monte. De noche nadie se atreve.

MUJER. De las paredes tengo miedo, se me hace que avanzan para ahogarme.

LA POSADERA. Esos son miedos de niños, a tu edad tendrás otros miedos. ¿Cuáles?

MUJER. Son míos.

LA POSADERA. Yo también los tengo.

MUJER. ¿Tú? ¿Miedo?

LA POSADERA. ¿De robles me haces?

MUJER. ¿Cuál es tu miedo?

LA POSADERA. ¿No puedes verlo? Un sembrado de ortigas ya echó brotes en mis carnes.

La MUJER va hacia la puerta.

LA POSADERA. ¿Qué haces?

MUJER. Me vuelvo.

LA POSADERA. ¿A dónde?

MUJER. Al camino.

LA POSADERA. ¡Estás loca!

MUJER. Debo seguir mi viaje.

LA POSADERA. ¿Quién te apura?

MUJER. Las miradas que salen de las sombras, las palabras que andan por el aire.

LA POSADERA. Tapa tus oídos, cierra los ojos, escóndete en el rincón más oscuro, pero no te vayas.

MUJER. Debo hacerlo.

LA POSADERA. ¿Por qué?

MUJER. Acá hay rejas por todas partes y ojos que no paran de acecharme.

LA POSADERA. Hay deseos que cruzan alambradas.

MUJER. Cohibida, desnuda, avergonzada, así me siento. Déjame ir.

LA POSADERA. No soy yo. Eres tú quien te retiene.

MUJER. Quemarte la lengua quisiera, cegarte los ojos. No mirarte.

LA POSADERA. Toma una braza, la más roja. Deja huecos en mis ojos y en mi boca, pero no te podrás rescatar, ya estás en mí.

MUJER. Si tuviera piedras en mi mano, te atrancaría la boca.

LA POSADERA. Ya estás acá. Muéreme la frente. Estás acá. Muérame el corazón.

MUJER. No provoques. Son de púas estos dedos y estas uñas.

LA POSADERA. ¡Furias! ¿Por qué merezco furias?

MUJER. Tú y esa cosa oscura que te nació de repente. ¡Ahuyéntame! ¡No quiero estar en ti, no quiero!

LA POSADERA. ¡Huye! Llévate tu cuerpo. ¿Qué esperas?

MUJER. ¡Devuélveme! No me quieras.

LA POSADERA. ¡No! ¡Eso no!

MUJER. ¿Cómo volver a ser libre sabiéndome atada?

LA POSADERA. Tus pies no están encadenados.

MUJER. El corazón, te digo. Desencadena el corazón.

LA POSADERA. ¿El tuyo o el mío?

MUJER. No te empecines. El mío quiero. Sin trampas. Sin marcas. ¡El mío!

LA POSADERA. *(Le toma las manos y las pasa por el cuerpo de la MUJER.)* ¿Te sientes? Si encuentras un lugar lejos de mí, no dudes, huye que yo atrancaré las puertas para que no vuelvas a verme.

MUJER. ¡Suéltalas!

LA POSADERA. Soñé estas uñas. Estos dedos, soñé. *(Pasa las manos de la MUJER por su cuerpo.)* Así. Abriendo surcos en este páramo. Cruzando y descruzando esta enorme soledad.

MUJER. Tú las llevas, no yo.

LA POSADERA. Pero tú no las rescatas.

MUJER. ¿Qué son dos manos? Piel. Sangre. Huesos. Venas. Nada.

LA POSADERA. Sudor. Temblor. Búsqueda. Todo.

MUJER. Dos maderas secas.

LA POSADERA. Dos náufragos asombrados.

MUJER. Palabras.

LA POSADERA. ¿Qué sientes?

MUJER. Formas.

LA POSADERA. Ni el mármol de una tumba puede evitar la tibieza que el sol le provoca.

MUJER. Tú no eres el sol.

LA POSADERA. Y tú no te creas mármol. Toma tus manos, pero no las dejes cerca.

MUJER. ¡Inundadas! ¿Así me las devuelves? ¡Lagunas de lágrimas en las palmas de mis manos! *(Se pasa las manos por el vestido.)* Mis vestidos son capaces de absorber todo un océano.

LA POSADERA. Sigo en ti.

MUJER. Cuando vuelva a mi casa pondré estas manos en el fuego y los vestidos.

LA POSADERA. “Ella se está desatando los cordones”, diré. “Ella está dejando caer la pollera a sus pies. Ella está desabrochando la enagua”, diré. “Ahora pasa las manos por sus muslos para sacarse las medias. Ella desnuda se está mirando en el espejo”, diré. “Y piensa en mí”

MUJER. Desalienta sueños. Mírame la espalda, me estoy yendo.

LA POSADERA. Eso veo, y te detienes.

MUJER. ¿Por qué a mí?

LA POSADERA. ¿Qué?

MUJER. Tus deseos.

LA POSADERA. Es así.

MUJER. Como una araña atrapadora.

LA POSADERA. Hemos caído. Sin querer, sin buscar, hemos caído.

MUJER. No me tienes. Repito, ¿por qué a mí?

LA POSADERA. Preguntas.

MUJER. Respuestas, eso quiero.

LA POSADERA. Desde otras tierras llega a un pueblo un hombre con alas. Todas las mujeres se asoman a las ventanas para verlo. Todas se asoman y gritan para que él las mire, para que él las desee entre todas. Todas, menos una. Esa devana madejas de ovejas tibias. Él se posa en su ventana. Les basta un solo aliento para amarse. Ella le pregunta ¿qué es el azul? Él le responde: un cielo sin nubes, un color del arco iris, los ojos de mi gato. ¿Si fuera ciega? -pregunta ella y cierra los ojos. No volverá a abrirlos hasta no saber qué es el azul. El hombre con alas, inventa respuestas y formas y sonidos para definirlo. El hombre con alas se fue secando en la ventana.

MUJER. ¿Y ella?

LA POSADERA. ¿Ella? Ella devana madejas de ovejas tibias. Y se pregunta ¿qué es el azul? Preguntas que traen preguntas. Nada más.

MUJER. Debo apoyarme en mis brazos, tal es mi turbación. ¿Qué debo hacer?

LA POSADERA. Mis respuestas para ti serían cadenas.

MUJER. Cadenas. Desde que crucé esa puerta no oigo más que chirridos de cadenas.

LA POSADERA. Traías grillos en las piernas.

MUJER. Sueño que estoy en una posada. Sueño que alguien sin cuerpo me habla. Sueño que sobre este banco estoy acostada y despierto y un sudor de pesadilla me moja el pecho y la cara. Y abro los ojos y me levanto y camino. ¿Aún no te has ido? Me echaré vinagre en los ojos y sepultaré en escarcha el recuerdo de este sueño para que la carne no arda.

LA POSADERA. Toma. (*Le da una vela.*) Despiértate en tu cama.

MUJER. ¿Esperarás? Tú, como el hombre con alas, ¿esperarás?

LA POSADERA. ¿Qué debo esperar?

MUJER. Mi amor o mi desamor.

LA POSADERA. Mascarón de proa es mi amor. Y mástil. Y bandera. Hija de océanos, soy.

MUJER. Yo, tu ancla, tu sirena, tu puerto quiero ser.

LA POSADERA. Tu desamor será ancla de otro barco, no del mío. Tu desamor es verdadero y no canto de sirenas. Tu desamor nunca será mi puerto.

MUJER. ¿Si te amara?

LA POSADERA. ¿Cómo llegarte? Cataratas de palabras me detienen. Huracanes de pensamientos me anticipan un naufragio. Mírame. Doy la espalda a mi amor y soy yo la que me alejo.

MUJER. ¡Tonta! En lágrimas te alejas. Y no luchas.

LA POSADERA. ¿Contra quién debo luchar?

MUJER. Embiste contra mis tinieblas y mis miedos.

LA POSADERA. ¿Luego?

MUJER. Luego me liberarás.

LA POSADERA. Siendo libre, ¿me amarías?

MUJER. Nací pájaro enjaulado... no me conozco en libertad.

LA POSADERA. Cierro los ojos y todo es posible. Borrar tus dudas y tus miedos es posible cuando cierro los ojos. Así viví hasta antes de tu llegada. En soledad todo era posible.

MUJER. ¿Qué puedo hacer?

LA POSADERA. Rescato mi corazón. Voy a mirarte hasta gastar tu cuerpo, y voy a pensarte hasta gastar tu recuerdo. Si volvemos a cruzarnos preguntaré ¿quién eres? pero no me detendré, volvería a amarte.

MUJER. ¿Morirás? De pena, ¿morirás?

LA POSADERA. Te crecí en mi soledad. ¡No! Tu ausencia no me morirá.

MUJER. No puedo con este mar.

LA POSADERA. Empieza a alejarte, no quiero recordarte en tus debilidades.

MUJER. ¡Si yo fuera un brote nuevo!

LA POSADERA. Si mi amor fuera tan grande, tan vasto, no alcanzarían las hachas del mundo para separarte de mi lado. Es este mi amor chiquito y mezquino el que te aleja. Este mi amor de noria y de molino. Este amor tímido, asustadizo el que me encoge. Si cruzas la puerta empezaré a olvidarte para no dolerme ¡Espera! Por una vez, ¿puedo pedirte que te quedes?

MUJER. Enciéndeme el corazón.

LA POSADERA se acerca a la MUJER.

LA POSADERA. Y los labios.

MUJER. No me dejes sueltos los pensamientos.

LA POSADERA. Confía.

MUJER. No me reconozco. Ya no hay fronteras en mi cuerpo.

LA POSADERA. ¿Qué buscan tus ojos fuera de mí?

MUJER. Lo que se aleja. Lo que queda atrás.

LA POSADERA. Eso duele.

MUJER. Como dardos clavados en la espalda.

LA POSADERA. Mis brazos son tus vendas y mis manos te cicatrizan.

MUJER. ¿Qué haremos?

LA POSADERA. Pararnos por las noches al borde de un abismo.

MUJER. No quiero morir, ahora no.

LA POSADERA. No es la muerte lo que busco.

MUJER. ¿Qué buscas tan al filo de la vida?

LA POSADERA. Cuidarte. Que me cuides. El desvelo.

MUJER. ¿Es locura tu amor o es alguna sombra mía que dilata tus pupilas?

LA POSADERA. Es y no es.

MUJER. Durante el día, ¿qué haremos?

LA POSADERA. Fundirnos una en la otra.

MUJER. Tu amor es egoísta.

LA POSADERA. Enséñame otro modo.

MUJER. Nos desbastará.

LA POSADERA. Eso quiero, que todo empiece y termine entre tu cuerpo y el mío.

MUJER. Tanto fuego nos consumirá pronto.

LA POSADERA. ¿Quién podrá separar dos cuerpos en cenizas?

MUJER. ¿Qué destino de tormentos me espera? ¿Qué desiertos? ¿Qué puertas se cerrarán para siempre a mis espaldas?

LA POSADERA. Todas.

MUJER. No lo entiendes. Estoy hecha de pequeñas cosas cotidianas lámparas de otoño, ruido de cubiertos, tibieza de sillones, voces de niños, galletas horneadas.

LA POSADERA. Y de estos labios y de estos pechos...

MUJER. Tienen dueño.

LA POSADERA. Pero mis palabras te humedecen la mirada, y aún no te has ido.

MUJER. Si estoy cerca del fuego siento calor, pero en cuanto me aleje...

LA POSADERA. ¡Pobre pequeña liebre asustada!

MUJER. No me compadezcas. No me conoces. Soy una torre y mis cimientos son sólidos y profundos.

LA POSADERA. Y vacía. Puedo imaginar tus noches.

MUJER. Por las noches, duermo.

LA POSADERA. ¿Qué pared de vidrio te escuda de repente? Hasta hace un momento...

MUJER. Siglos querrás decir. Mis pensamientos son inconstantes como mi piel y veloces como las sombras. Ya estoy a millones de kilómetros de la primera palabra que cruzamos.

LA POSADERA. ¡Cuántos miedos te evaporan! Deja quieta las palabras y hunde tus ojos en mis ojos.

MUJER. ¿Me crees tan tonta como un pájaro que cede a la serpiente?

LA POSADERA. Ríe si quieres. Yo soy el pájaro.

MUJER. No es verdad. Me tienes aquí, atrapada en tus deseos, en tus palabras.

LA POSADERA. Con anillos de oro quisiera aprisionarte, pero te escapas, siento que te escapas. ¿Qué debo hacer?

MUJER. Nada. Soy así, amalgama de pasado y futuro. Sin sobresaltos. Me gustan los caminos señalados.

LA POSADERA. Uno de ellos te condujo hacia mí.

MUJER. Te interpusiste.

LA POSADERA. Estaba señalado.

MUJER. Sólo es encrucijada.

LA POSADERA. Ya formo parte de tu mapa.

MUJER. No te conozco. Eres sueño, vapor. Una nube pasajera. Cierro otra vez los ojos, te doy la espalda, ya no estás. Cierro los ojos y veo una casa y un jardín donde juegan los niños y un delantal rojo en la cocina, agua hirviendo y un par de botas embarradas. Es mi marido el que sube por la escalera. Se detiene en la puerta y corro a abrazarlo. He traído dos liebres me dice. Suelta el caballo le digo lávate las manos. ¡Tanta sangre! Mañana iremos al río, los niños aprendieron a pescar y yo...

LA POSADERA. ¡Niños! grita él por la ventana ¡Denle avena y agua. Ajustenle las cinchas que están flojas!

MUJER. ¿Ya te marchas? Si ni siquiera has llegado.

LA POSADERA. ¡Niños, prendan aquí mis medallas!

MUJER. Bordo sábanas con hilos de telarañas, perfume de jazmines las almohadas, en invierno hierva menta y eucalipto en nuestro cuarto, en verano abro las ventanas para grillos y chicharras, pero de tu lado, la cama parece no estrenada.

LA POSADERA. Estamos en guerra.

MUJER. Cuando no estamos en guerra hay cacerías o cosechas o siembras.

LA POSADERA. ¿Reclamas? Nunca lo has hecho. ¿Por qué hoy reclamas?

MUJER. Un fantasma, eso eres un fantasma.

LA POSADERA. He desandado leguas para venir a verte. ¿Qué quieres?

MUJER. ¿Querer? Quisiera abarcar el mundo con mi mirada. Quisiera caminar sobre el agua. Quisiera ser sólo alas.

LA POSADERA. Debo marchar.

MUJER. Dos liebres muertas. ¿Es todo lo que me dejas después de tan larga ausencia?

LA POSADERA. Pensaba en ti cuando las cazaba.

MUJER. Llévatelas de vuelta.

LA POSADERA. ¿Qué le pasa hoy a mi canario?

Silencio. La MUJER se aleja de LA POSADERA.

LA POSADERA. Tu cuerpo es un hogar tibio.

MUJER. Abandonado.

LA POSADERA. Lo habitaré de soles y de lunas.

MUJER. Son de viento tus palabras.

LA POSADERA. Enmudeceré si quieres.

MUJER. ¿Si abro los ojos, estarás?

LA POSADERA. Mira, no traigo liebres muertas en las manos. No temas, no soy un fantasma.

MUJER. ¿Qué prometo? ¿Qué prometes?

LA POSADERA. Nada.

MUJER. Se levantan huracanes en mi sangre cuando hablas.

LA POSADERA. Huracanes que me arrastran.

MUJER. ¿Lejos de mí?

LA POSADERA. Lejos de mí, hasta tus abismos y tu centro.

MUJER. ¿Por qué me duele tanto el amor esta noche?

LA POSADERA. ¿Por qué me duele?

MUJER. Me daré vuelta y abriré los ojos. ¿Estarás?

LA POSADERA. ¿Qué quieres?

MUJER. ¿Qué quiero? Que un rayo me parta en dos mitades. Eso quiero.

LA POSADERA. Entera, yo te quiero.

MUJER. Ya no puedo.

LA POSADERA. Entonces quiero tu mitad más en sombra, más herida, tu mitad más en lágrimas.

MUJER. ¿Un ángel me habla o es la voz del diablo?

LA POSADERA. Nunca los he visto en este sitio. ¿Quiénes son ellos?

MUJER. Los que elevan, los que abisman. Los que nos guían hacia un destino irremediable.

LA POSADERA. Sólo sé de hombres y mujeres que se guían a sí mismos. Son valientes. Andan y desandan caminos día tras día para llegar a destinos que sólo ellos saben.

MUJER. Yo necesito una mano fuerte que me lleve. Sola me siento entre tinieblas y no avanzo.

LA POSADERA. ¿Por qué te aceptas débil, temerosa?

MUJER. Lo soy.

LA POSADERA. Sin embargo esta noche caminas sobre brasas.

MUJER. Mañana me echaré agua y me curaré las llagas.

LA POSADERA. Ojalá te mueras mañana para que no presencias tu agonía.

MUJER. Suéltame. Ya está roto el hechizo.

LA POSADERA. Hadas, príncipes, diablos, ángeles ¿De qué estás hecha? Abre los ojos. Mira mi simpleza. No entiendo tus artes hechiceras. ¿Cómo puedes mezclar en tus conjuros el deseo y no deseo? Me das miedo. Me dan miedo las alas de tus ángeles que despliegan sombras; me dan miedo las horquillas de tus diablos que se clavan en mi corazón. Mírame. No tengo dioses que sometan a juicio lo que siento. No tengo dedos que señalen hacia qué pensamientos debo dirigirme.

MUJER. Marido no tienes, tampoco hijos.

LA POSADERA. Los tienes tú, y también deseos.

MUJER. Yo los llamaría, soledad, abatimiento.

LA POSADERA. Renunciamiento, diría yo.

MUJER. ¿Te crees sabia?

LA POSADERA. No intentes herirme, herirte, ya lo has hecho y sin palabras. Puedes irte ya, a mí también me esperan.

MUJER. ¿Quién en tu páramo te espera?

LA POSADERA. No me esperan almohadas perfumadas, ni grillos de verano ni chicharras, no me esperan vapores de menta o eucaliptos. Me esperan estas mesas, me espera el agua con la que lavaré mi ropa, me esperan las aves para morir en mis manos y ser mi alimento, me espera la tierra para abrirse en surcos y que yo la llene de semillas. Me espera también un verano de lágrimas no escondidas y tal vez todo el invierno de tristeza.

MUJER. ¿Qué puedo hacer por ti?

LA POSADERA. Olvidarme. ¿Y yo?

MUJER. Olvidarme.

LA POSADERA. Ya no llueve. Mira, yo misma te abro la puerta y te señalo el camino.

MUJER. ¿Hacia dónde me dirijo?

LA POSADERA. ¿Hacia dónde ibas?

MUJER. Loca de soledad, dejé durmiendo a los niños y salí, sin destino.

LA POSADERA. Entonces sigue ese mismo camino.

MUJER. ¿Si volviera a golpear tu puerta?

LA POSADERA. No te abriré.

MUJER. ¿Por qué?

LA POSADERA. Porque me volvería mala. Te encadenaría a estas paredes y sujetaría tu lengua para que no llamas a nadie.

MUJER. No hables porque cuando vuelva a mi casa no voy a parar de buscarte.

LA POSADERA. Ya decidiste el camino.

MUJER. Tómá, guarda esto. Recuerdos de mis dos hijos. Al salir, a la muñeca le robé este ojo, y del pesebre del niño, el ángel de mazapán. Algún día, tal vez...

LA POSADERA. ¿Cuándo llegará ese día?

MUJER. Preguntas que traen preguntas. (*Sale.*)

LA POSADERA. ¿Cómo sabrás qué es el azul si estás tan ciega?

MUJER. (*En off.*) Ella devana lana de ovejas tibias y el hombre con alas, posado en la ventana, inventa formas y sonidos para definirle el azul.

LA POSADERA. No soy hombre.

MUJER. (*En off.*) Tienes alas.

LA POSADERA. Me secaré esperando en la ventana.

MUJER. (*En off.*) ¿Qué es el azul?

LA POSADERA. El cielo.

MUJER. (*En off.*) ¿Qué es el azul?

LA POSADERA. El mar.

MUJER. (*En off.*) ¿Qué es el azul?

LA POSADERA. Los montes al anochecer.

MUJER. (*En off.*) ¿Qué es el azul?

LA POSADERA. El viento que refresca mi cama las noches de verano, el aire del abanico plegado en alas de pájaros, el vapor que se levanta del pan recién horneado.

MUJER. (*En off.*) ¿Qué es el azul?

LA POSADERA. Este escalofrío que corre por las venas de mis manos, las lágrimas de mis ojos, la soledad de mi sombra bajo un cielo despejado, el humo de tu ausencia que ya me está ahogando, encontrar en un mar la muerte que estoy pensando, las olas que me traerán de regreso para seguir esperando.

PERRITOS AFGANOS

Ana Laura Pace (Ciudad Autónoma de Buenos Aires)

analaupace@gmail.com

PERSONAJES

MABEL

PEDRO

NENECA

TÍA GRACIELA

Casa con patio en el fondo. MABEL es una mujer trans. Tiene sobre la falda a Alelías, un caniche Toy. Lo peina con hebillitas y moñitos de colores. Se escucha a TÍA GRACIELA, en la extra escena, que está usando un secador de pelo y grita.

TÍA GRACIELA. *(En off.)* ¿Y al final? ¿Vino o no vino?

MABEL. No entiendo lo que me dice con eso prendido.

TÍA GRACIELA. *(Apaga el secador.)* ¡Me hacés ir hasta allá con todo el trabajo que hay!

MABEL. No venga si no quiere. Acá no la necesitamos. ¿No es así Alelías? *(Entra TÍA GRACIELA. Tiene en la mano el secador de pelo y botas de goma.)* Ataque a la tía, Alelías. Atáquela...

TÍA GRACIELA. ¡La vas a hacer mala así! La psiquis de estos perritos de probeta no es normal. ¿Cómo anda la inversión?

MABEL. Penélope no es una mercancía.

TÍA GRACIELA. Bueno, pero los cachorritos, sí. ¿Pedro trajo al candidato?

MABEL. Están en el patio.

TÍA GRACIELA. ¿Y por eso tenés esa cara?

MABEL. ¿Qué tiene?

TÍA GRACIELA. Cara de ojete.

MABEL. No sea vulgar, tía.

TÍA GRACIELA. A esa perra no se la puede cruzar con cualquiera. Es hembra escarlata.

MABEL. ¿Cómo usted tía?

TÍA GRACIELA. Venga con la tía, Alelías. *(Le quita de los brazos a Alelías y se la queda ella.)*

La vas a malcriar de alzarla todo el tiempo. Ya bastante acobardaste a Penélope, esa perra fruncida, por tratarla como a un hijo.

MABEL. Como a una hija, tía, como a una hija. *(Mira por la ventana.)* El candidato es un ma-

cho campeón.

TÍA GRACIELA. ¿Ese? ¿Macho campeón?

MABEL. A mí Pedro me dijo...

TÍA GRACIELA. Campeón de la estafa... Despabilate Abelito...

MABEL. ...

Desde el patio, entra PEDRO.

PEDRO. ¡Mabel! Te gusta lo que le conseguí a Penélope...

MABEL. ¡Sí, lindo afgano!

PEDRO. Ringo

MABEL. ¡Qué porte tiene, Peter!

PEDRO. No me digas Peter, que yo trolo no soy.

TÍA GRACIELA. No, claro... (A MABEL.) Como te venía diciendo... ojito y ojota con este. (A PEDRO.) ¿Tiene papeles?

PEDRO. ¡Uh! ¡Los papeles! ¡Se los traigo para mañana sin falta!

MABEL. (A TÍA GRACIELA.) ¡Tía! ¡Cómo vamos a desconfiar de Pedro! Y aprovecho la ocasión para decirle que con Pedro ya estamos haciendo planes de mudanza.

PEDRO. Bueno, planes, lo que es un decir... si sale lo de los cachorros puede ser...

TÍA GRACIELA. (A MABEL.) Vos no me vas a dejar sola.

PEDRO. Todavía es pronto decir eso...

MABEL. (A PEDRO.) ¿Pronto te parecen 10 años?

TÍA GRACIELA. Cómo te gustan las telenovelas.

MABEL. (A TÍA GRACIELA.) Sí las vemos juntas, algo me dice que usted también es cómplice.

Se escuchan ladridos varios.

TÍA GRACIELA. Dejé en el spa de patas a Lulú y a Biyú. Las bichon frisé. No quiero que se pasen de vapor. Les puede bajar la presión. Cualquier macana que nos mandemos, enseguida nos hacen mala fama y al carajo la clientela.

TÍA GRACIELA sale.

MABEL. Tiene razón la tía. Es que una es una más su reputación.

PEDRO y MABEL miran a los perros por la ventana y franean cuidando que la TÍA GRA-

CIELA no regrese.

PEDRO. Ellos saben qué hacer.

MABEL. ¿Estás seguro?

PEDRO. Es instintivo.

MABEL. ¿Muy?

PEDRO. Muy pero muy animal...

Mabel y Pedro se hacen arrumacos. Mabel le dice algo al oído.

PEDRO. Ahí viene la tía...

MABEL. Tiene para rato. Si está peinando a las bichon frisé. Dale seguí hablando que era muy lindo lo que me estabas contando sobre instinto animal...

PEDRO. *(Por TÍA GRACIELA.)* Ese secador de pelo debe ser una grabación. Escucha todo lo que decimos.

MABEL. Eso es paranoia Peter.

PEDRO. Tu tía no me traga.

MABEL. ¡Me dejaste decirte Peter!

PEDRO. Es que está ella todo el tiempo, observándome.

MABEL. No es mala...

PEDRO. No sé.

MABEL. Tiene poco roce.

PEDRO. Ningún roce. Me odia.

MABEL. Tenés algo de razón. Hay algo de trauma no resuelto con los hombres. El padre era un tarambana y la madre una santa, todo según como corresponde a la moral y las buenas costumbres del siglo pasado... No es fácil para ella, hace lo posible por adaptarse.

PEDRO. Te llena la cabeza en mi contra.

MABEL. Pedro, es mi tía y me acepta como soy...

PEDRO. Te maneja la vida, Mabel.

MABEL. No es tan así.

PEDRO. Me mira con desconfianza.

MABEL. Es que le hacés acordar al padre. Pobre mujer, nunca supo ser feliz.

Se corta el sonido del secador de pelo.

Entra TÍA GRACIELA. PEDRO y MABEL disimulan.

PEDRO. *(Mirando a Penélope por la ventana.)* ¿La volviste a peinar?

MABEL. Le hice la Palmerita, un peinadito, para el novio.

PEDRO. ¡Cuánta pavada Mabel, cuánta pavada!

MABEL. ¿Y si le duele?

PEDRO. Eso no duele...

TÍA GRACIELA. ¡Qué animal que es...!

MABEL. ¿Qué dice tía?

TÍA GRACIELA. (*Mirando hacia la ventana.*) Ese animal, que trajiste es joven.

PEDRO. Es un gran campeón.

TÍA GRACIELA. Muy joven y tiene manchas.

PEDRO. Sí, unos lunares

MABEL. Marcas de estirpe seguramente.

TÍA GRACIELA. Esos no son lunares. Son manchas. Ese perro es falso y berreta. No pasa un jurado de exhibición.

PEDRO. ¡Pero tía! No me lo boicotee de antemano, que me lo inhibe al campeón.

TÍA GRACIELA. (*A PEDRO.*) Ese no es ningún campeón. Me olvidé a Alelís en el sauna.

MABEL. Vaya tía, que se le van a caer todos los moñitos que le puse.

TÍA GRACIELA. (*Mientras sale.*) Que no te zarpe el chabón.

MABEL. Tía...

Sale TÍA GRACIELA.

PEDRO. Bueno, en qué estábamos.

MABEL. No me acuerdo... ¿No me refresca la memoria mi bull terrier gigante...?

Empiezan un juego amoroso.

MABEL. No sabés cómo se puso el Manchi cuando lo até. El escándalo que hacía, lo encerré en el cuartito del fondo. A nadie le gusta ver cómo le cogen a la hermana.

PEDRO. ¡Penélope no es la hermana!

MABEL. Se criaron juntos. El Manchi no será de raza pero es muy guardián, y la quiere mucho.

PEDRO. Terminala con eso... (*MABEL deja el cepillo.*) O querés empezar... Mirá cómo se me pone "la nariz"...

MABEL. Pobre Penélope está nerviosa.

PEDRO. Cómo te lo dijo... Guau... Gua... uuu...

MABEL. Es su primera vez y Ringo es un macho que no conoce...

PEDRO. (*Se aparta de MABEL.*) No se escucha el secador.

MABEL. Estará haciéndole reflexología a Juanita Azurduy, una salchicha que tenés que verla. Una personalidad, una firmeza de carácter sobre esas cuatro patitas cortas, más cortas que la mentira... A propósito Pedro, últimamente nunca dormís en casa.

PEDRO. Si tu tía es una vigilante.

MABEL. Un poco chapada a la antigua. Pero tiene un corazón.

PEDRO. *(Se pone cariñoso.)* Y dale corazón, chapemos a la antigua... como en el zaguán.

MABEL. Basta. Ni te me acerques. ¿En qué andás Pedro?

PEDRO. ¡En qué voy a andar! ¡En un 504 a gas! Me rompo el lomo laburando veinte, veinticinco, treinta horas por día para qué... ¡Para mantener a esa perra que se hace la interesante con el único afgano que le conseguí!

MABEL. Yo a Penélope la tengo hecha un pimpollo. La cepillo con el pelo mojado, así no se le hacen nudos. La seco con dos toallas, con una le saco la humedad y con la otra...

PEDRO. Con la otra también.

MABEL. ¡No señor! Con la otra le doy brillo. Después le paso la planchita, spa de patas día por medio, vitaminas y minerales...

PEDRO seduce a MABEL.

MABEL. ¡Salí! Estoy amargada con todo lo que me dijiste.

PEDRO. ¿Amargada? Yo te veo más gordita... Más linda... Más carnosa...

MABEL. *(Empieza arisca y luego concede.)* Penélope no habla pero se hace entender.

Cuando el afgano lo ve a uno, uno ve a través del afgano. Sólo hay que mirarla de frente, a los ojos.

PEDRO. Si se los encontrás debajo de tanta pelambre.

MABEL. Ella no quiere un macho en su territorio. Un macho que la lastime y que después la abandone.

PEDRO. *(Se aparta y mira hacia la ventana.)* Ahí tenés, otra vez se lo sacó de encima.

MABEL. ¿Otra vez? ¡¿Qué pasó?!

PEDRO. Que te dije... Es una engrupida.

MABEL. Es pudorosa. Apenas se conocen.

PEDRO. Mabel, es una perra.

MABEL. Y a la dueña, vos, ¿la conocés hace mucho? Ese afgano no es puro.

PEDRO. Y vos le crees a tu tía.

MABEL. Tía Graciela raramente se equivoca. ¿De dónde conoces a la dueña vos?

PEDRO. ¡Ya te lo dije! ¡Es una pasajera! ¡La llevo y la traigo! ¡Nada más!

MABEL. ¿Sabés por qué Penélope no quiere ¿no? Porque el Ringo es virgen.

PEDRO. ¡Andá! Si es un campeón de pedigree. Un gran servidor de perras.

MABEL. ¡Pobre Penélope! Por ser tan pero tan reina, no tiene derecho al amor.

PEDRO. Mabel, pensemos en los cachorros. Nos van a sacar de este agujero.

MABEL. Este no es ningún agujero, este es nuestro hogar. Con Tía Graciela incluida, siempre.

PEDRO. ¡Pensá Mabel! ¡Con ocho perritos nos paramos para toda la vida! Te compró la máquina de coser y armamos la boutique canina. No querías una pava eléctrica. Te compro siete, una de cada color y para cada día de la semana.

MABEL. ¿Un plasma de 60?

PEDRO. Un plasma de 60.

MABEL. Un viaje a las Cataratas...

PEDRO. ¡Un plasma de 60!

MABEL. A mí nunca me sacas a pasear.

PEDRO. (*La abraza.*) Mabel, te lo juro por mi santa madre, Dios la tenga en su santa gloria: si la Penélope se deja, vendemos los perritos, cargo gas y nos vamos de luna de miel a las Cataratas...

MABEL. ¡Quiero bañarme en la Garganta del Diablo como una descocada! ¡Te muerdo todo!

PEDRO. ¡Guau, guau!

MABEL y PEDRO se besan. Se escuchan golpes de palmas en la puerta.

MABEL. Debe ser la mamá de Chumi, el yorkshire bonsai de Amelita Graziano.

PEDRO. ¿Qué Graziano?

MABEL. No me la dejes picando...

MABEL abre la puerta. Entra NENECA.

NENECA. (*A PEDRO.*) ¡Por fin! ¡Te estuve llamando como loca!

PEDRO. Neneca...

NENECA. ¡¿Qué es este lugar?! ¿Adónde lo trajiste a mi bebito?

PEDRO. ¿Cómo llegaste hasta acá?

NENECA. Viste que era necesario el chip de seguridad...

PEDRO. El chip...

NENECA. (*A MABEL.*) Ni se enteró que se lo pusieron. Nunca se entera de nada.

PEDRO busca el chip en su cuerpo.

MABEL. El chip antisequestro, Peter... lo debe tener el Ringo

NENECA. (*Por MABEL.*) ¿Qué es "esto" "Peter"?

MABEL. “Esto” tiene nombre.

PEDRO. (A NENECA.) ¿Y por qué le pusiste un chip sin mi consentimiento?

NENECA. (A PEDRO.) Sabía que eras capaz de cualquier cosa pero siempre me sorprendes con algo nuevo. ¡Llévate a Ringo en medio de la noche, sacarlo de su cucha, secuestrarlo para cruzarlo con cualquiera!

MABEL. Penélope no es cualquiera.

PEDRO. Neneca... Mma... Abel, es el dueño de Penélope.

MABEL. ¡¿Y qué más Pedro?!

PEDRO. Primo...

MABEL. Soy la madre de Penélope... y la... prima de Pedro...

PEDRO. Mi primo, claro Abelito, te presento a la señora...

NENECA. ¿A la señora? Te desconozco Pedro.

MABEL. Con Penélope animamos fiestitas infantiles. Por acá por el barrio...

NENECA. Encantada...

MABEL. Soy Mabel.

NENECA. ¡Mabel! Linda Penélope con ese regio chúfulo.

MABEL. La Palmerita, sí. Soy estilista canina.

NENECA. Qué reservado sos Pedro. Nunca me contaste. Llevamos a Ringo a la peluquería cerca de casa, gastando un dineral, pudiendo darle ese trabajo a Mabel, que además se ve que lo precisa.

PEDRO. Es que Mabel los “atrola”. Y Ringo es muy macho.

NENECA. ¿Qué es eso de los atrola? No ofendas a Mabel. (Toma de la mano a MABEL.) Hay que ser respetuoso de las diferencias. Los homosexuales suelen ser personas muy sensibles...

PEDRO. Pero Abel no es...

MABEL. (A PEDRO.) Basta de decirme Abel. Me estas clavando un puñal en el corazón.

NENECA. Te lo dije mi amor. Hiper sensibles...

MABEL. (A PEDRO.) Atendé a la señora. A ver si remontás un poco barrilete...

PEDRO. (A MABEL como machos.) ¡Primo viejo y peludo nomás. Siempre un crack!

MABEL. No tires de la soguita...

PEDRO. ¡Un campeón!

MABEL. (A NENECA.) Acá el único campeón me parece que es Ringo, ¿no es cierto?

NENECA. ...Hijo, hijo de un gran campeón. Es joven todavía para revelar todo su potencial. (A PEDRO.) Entiendo que le pediste a Mabel los papeles...

MABEL. A mi Penélope, porque es mía sola y de nadie más, le sobra alcurnia.

NENECA. Le puede sobrar alcurnia pero tiene que tener papeles.

PEDRO. ¿Cómo vamos a desconfiar del primo?

NENECA. Si es un acuerdo de familia, está todo muy bien. De todos modos espero no haya malos entendidos.

MABEL. Para nada.

MABEL busca los papeles y se los muestra a NENECA, que corrobora exhaustivamente que esté todo bien.

MABEL. Yo también ahora quiero ver los papeles.

PEDRO. Si ya te los mostré.

MABEL. Los quiero ver de nuevo. Cuentas claras conservan la “familiaridad”.

NENECA. Mustrale Pedro.

PEDRO. ...

NENECA. ¡No me digas que no los trajiste!

Los perros les llaman la atención.

PEDRO. ¡Vamos Ringo, papá!

NENECA. Ahí está. Si es un bebé todavía. No sabe ni qué hacer con esa perra que es muy mayor para mi chiquito.

MABEL. ¡Peter qué me trajiste!

PEDRO. ¡Lo que me pediste!

MABEL. Yo esto no te lo pedí. Pobre Penélope. Quedó como paralizada. Voy a asistirle que me necesita.

MABEL sale.

NENECA. ¿¡Peter!?

PEDRO. Así me decían, en casa, por Peter Pan.

NENECA. El niño que nunca crece... No sabía que tenías “une prime”

PEDRO. ¿Qué tiene?

NENECA. Nada. Es raro. No me imaginaba así a tu familia...

PEDRO. ¿Cómo así? ¿Qué quieres decir?

NENECA. ¿Por qué siempre me dejas afuera de tu vida?

PEDRO. Por qué no sé si entenderías...

NENECA. ¿Acaso no soy una buena mina? Compañera, gamba...

PEDRO. Sí Neneca, y yo te quiero lo que pasa es que...

NENECA. ¿Entonces por qué? Si me conformo con poco, si cada vez me conformo con me-

nos.

PEDRO abraza a NENECA.

PEDRO. Perdoname, soy un bruto. Te estoy dejando muy sola, lo sé. Ando con muchos quilombos de guita... Mañana me vence la cuota del Cero...

NENECA. Cuántas veces tengo que recordarte que la plata no es un problema.

NENECA le da plata a PEDRO.

PEDRO. Gracias Neneca, mi amor... ¿No te dije que iba a salir a flote? Vas a ver, lo voy a hacer.

NENECA. ¿Qué hacemos con los papeles de Ringo?

PEDRO. Los conseguimos. Vos dejame manejarlo que de esto entiendo...

NENECA. ¿Y cómo es el tema del porcentaje?

PEDRO. Ciento por ciento para nosotros, mi vida.

NENECA. ¿Por qué Pedro? Ya querés estafar a Mabel, tu prime. Me da pena, en su condición... y viviendo en este rancho... Ves como sos... Tiene que ser 50 y 50 o 70 y 30... y deberíamos pagar la mitad de los gastos del parto, me parece que corresponde.

PEDRO. Ya veremos, igual no es momento todavía de hablar de porcentajes, primero tienen que cruzarse.

NENECA. Hace tiempo que no nos cruzamos vos y yo.

PEDRO. Es que estuve con mucho trabajo.

NENECA. Eso ya me lo dijiste, además me di cuenta.

PEDRO. ¿¡De qué te diste cuenta!?

Miran por la ventana.

NENECA. Tu prima me mira raro.

PEDRO. Es medio visco. Un viento, lo dejó así... Extraviado.

NENECA. Pedro, mirá que no atraso mil años. ¿Vos no sos bisexual?

PEDRO. ¡Me estás diciendo anormal!

NENECA. Si todo el mundo es bisexual hoy en día. ¿O serás género fluido? Por ejemplo, tu prime de chico, ¿tuvo novia?

PEDRO. No me acuerdo. Los hombres no le prestamos atención a esas cosas. (*MABEL entra. PEDRO cambia de tema.*) O no nos criamos juntos nosotros...

MABEL. Sí claro primo, hicimos todo lo que vos digas.

Miran a los perros por la ventana.

NENECA. No sé qué les hiciste Mabel, pero me parece que está funcionando.

PEDRO. Mira como levanta la colita la princesa afgana.

MABEL. No nos hagamos ilusiones tampoco.

NENECA. A Ringo se lo percibe superado por las circunstancias...

MABEL. Los afganos son como los putos, perros hiper-sensibles...

PEDRO. ...¡Shhhhh!

NENECA. ¡Qué maldita costumbre esa de chistar en vez de usar el lenguaje!

PEDRO. ¡Manchi, fuera! ¡No molestés! ¡Rajá de acá! ¡Andá a tu cucha!

NENECA. ¿Y ese de dónde salió?

MABEL. El Manchi es del barrio. Va y viene. Prefiere andar suelto. No pasa todas las noches en casa. ¿Adónde duerme cuándo no duerme acá? No se sabe... Pero siempre vuelve. Siempre.

Entra la TÍA GRACIELA dándole la mamadera a Alelíes, el caniche toy.

TÍA GRACIELA. (A PEDRO.) Así que andabas “de novio”.

NENECA. (A PEDRO.) ¡Otra parienta más! Usted debe ser la abuela.

TÍA GRACIELA. Abuela, las pelotas.

MABEL. ¡Tía Graciela!

NENECA. Discúlpeme... Es esta luz... Lúgubre...

TÍA GRACIELA. Es la única que tenemos.

MABEL. No se enoje con la chica, tía, claramente la luz no la favorece.

NENECA. Si es tía de Mabel... La señora debe ser la madre de Pedro...

PEDRO. (A NENECA.) Calmate mi amor, calmate...

MABEL. Presentalas primo... Mamá, mi novia... Mi novia, mamá...

PEDRO. Ya está. Ya se conocieron. (A TÍA GRACIELA.) Mamá, ella es Neneca. Neneca ella es mamá... (A NENECA.) No pienses nada raro...

MABEL. Para nada... qué hay de raro.

TÍA GRACIELA. Y bueno... (A NENECA.) ¿Qué desgracia ¿no? ¡Tener esta suegra!

NENECA. (A PEDRO.) Tu mamá no había fallecido...

PEDRO. Sí pero no... es mi mamá.

TÍA GRACIELA. A mí no me dijo nada de vos.

MABEL. Si lo sabíamos, Tía Graciela. Si Pedro, que es muy buen hijo, nos había contado que su novia tenía un afgano.

NENECA. ¿Les dijo novia?

MABEL. Nos había mostrado fotos y todo.

NENECA. ¿Les habló de mí?

MABEL. Peter es un romántico incurable. No para de nombrarte. Neneca hizo esto, Neneca hizo lo otro.

TÍA GRACIELA. Neneca, como en la novela...

NENECA. Siempre alguien me lo recuerda...

TÍA GRACIELA. Con la rubia flaca estirada que no me acuerdo el nombre... Que ahora de tan flaca parece más vieja... Porque cuando la mujer llega a una edad, tiene que elegir entre la cara o el culo...

MABEL. Neneca era la mala. Y había elegido el culo, claramente.

NENECA. No era mala. Era capaz de hacer...

MABEL. (*Interrumpe.*) "Cualquier cosa por amor", así se llamaba... Y el locutor de la voz de bolero que decía "Una mujer siempre debe estar dispuesta a hacer..."

MABEL, NENECA y TÍA GRACIELA. (*Al unísono.*) "Haría cualquier cosa por amor"

PEDRO. Shhh... Shhh...

MABEL. ¡No me sifoniés que no soy un vaso de vino!

NENECA. Bien dicho Mabel. ¡Esa mala costumbre que tiene de sifonear!

TÍA GRACIELA. Lo heredó del padre... Un tano brutísimo que preparaba unas berenjenas en escabeche, para chuparse los dedos...

PEDRO. ¡Hagan menos bochinche que distraen a los perros! ¡O para qué estamos acá!

MABEL. No sé primo ¿para qué estamos...?

TÍA GRACIELA. Hay que asistirlo a Ringo me parece... (*Le da los guantes a MABEL.*)

MABEL. No es mi perro y yo ya fui. Te toca a vos. (*Le da los guantes a NENECA.*)

NENECA. ¿Yo? ¿Qué tengo que hacer?

TÍA GRACIELA. (*A NENECA.*) Lo mismo que le haces a tu novio.

NENECA. Me da pudor, Grace... La puedo llamar Grace, o te puedo...

PEDRO. Claro, mamá. Neneca es pudorosa, como Penélope. Mejor voy yo...

PEDRO toma los guantes y sale.

TÍA GRACIELA. (*Por PEDRO.*) ¿Lo vieron a este? Cuando quiere es un caballero.

MABEL. Ya viste como son los hijos... Capaces de darnos lo mejor y lo peor.

NENECA. ¿Vos tenés hijos Mabel?

TÍA GRACIELA. Sí, tiene dos muchachones que ya trabajan.

MABEL. Hijos de mi vida anterior.

TÍA GRACIELA. De la anterior y de la actual. Son tus hijos igual. (*A NENECA.*) No lo quieren

ni ver desde que usa vestidos.

NENECA. ¡Qué dolor pobrecita! ¡¿Cuánta incompreensión Mabel?!

MABEL. No te preocupes. Estoy acostumbrada.

TÍA GRACIELA. ¡Me acostumbré yo, no van a poder ellos que son jóvenes!

NENECA. Grace, yo tenía muchas ganas de conocerla... Lo que pasa es que Pedro me había dicho que no tenía madre...

MABEL. ¿Y cómo tenías ganas de conocerla si no sabías que existía?

NENECA. Fue un decir.

TÍA GRACIELA. Yo te entendí querida.

MABEL. ¿Ahora se entienden?

NENECA. ¡Mabel está celosa Grace!

MABEL. Es que la tía fue como mi madre y mi padre a la vez...

NENECA. Lo que no logro comprender es ¿por qué Pedro me mintió?

MABEL. ¡No te mintió! Solo que no te dijo la verdad.

TÍA GRACIELA. Los hombres, con paciencia y con saliva, cambian. Hasta el más díscolo se ubica si ve amenazado su confort. (A NENECA.) Es bueno Pedro... Te lo digo yo que lo vi nacer. Además, hace cosas en la casa. Te levanta una pared, te arregla las canillas, te pone la membrana. No hay nada como un hombre útil. Voy a ayudarlo con esos perros... (A MABEL.) Con calma...

TÍA GRACIELA sale. Quedan MABEL y NENECA.

NENECA. A mi gimnasio va una chica trans que no parece... Quiero decir no te das cuenta...

MABEL. ¿Y qué parece?

NENECA. Mujer.

MABEL. ¿Mujer como vos o mujer como yo?

NENECA. ¿¿Qué cosa que Pedro jamás te mencionó!? Ni siquiera al pasar...

MABEL. Porque es un aparato y nunca sabe cómo presentarme y eso que ya tengo DNI.

NENECA. Debieron de ser muy cercanos cuando chicos.

MABEL. Muy cercanos también de grandes...

NENECA. Te contó que nos vamos a Iguazú el próximo fin de semana.

MABEL. No, eso justo no me contó.

NENECA. ¿Vos conocés?

MABEL. ¿Cataratas? No. Pero tampoco iría. Le tengo alergia a las mariposas... y pánico a los yacarés... y a las bichas... esas que duermen enroscadas en los árboles...

Entran PEDRO y TÍA GRACIELA. Se quedan todos junto a la ventana.

PEDRO. ... ¡¿A que no saben!?

MABEL. Penélope le mostró la mariposita al Ringo.

NENECA. *(Se acerca a la ventana y se ríe.)* ¡La mariposita! ¡Qué amor! *(PEDRO la abraza.)*

¡No me toqués con las manos sucias!

PEDRO. *(A NENECA.)* ¿Qué pasó mi amor?

MABEL. No sé.

MABEL se aparta y mira por la ventana.

MABEL. Pobrecito Ringo. Se ve que no puede. Claramente, no sabe nada del amor. Como todos nosotros... Voy a darles un último empujoncito a esos tortolitos...

MABEL sale.

TÍA GRACIELA. *(A PEDRO.)* Bueno, ¿y para cuándo los confites? Ahora que conocí a tu novia, podrían formalizar...

PEDRO. No es necesario.

NENECA. El matrimonio es una institución demodé. Gastada, vetusta, inservible, castradora...

TÍA GRACIELA. *(La interrumpe.)* Cuando llegaste parecías más entusiasmada...

PEDRO. Mamá, no la molestes a Neneca con tus fantasías de ser abuela... *(A NENECA.)* Perdonala a mamá.

PEDRO busca la ventana.

PEDRO. ¡Vamos Ringo! ¡Yo sé que no me vas a fallar, Papá!

TÍA GRACIELA. Mientras tanto nosotras hablemos de negocios.

NENECA. De ninguna manera. Primero que concreten.

Entra MABEL.

TÍA GRACIELA. Penélope arriesga su vida con el embarazo y el parto. Queremos el 70 %.

PEDRO. Arrancamos leve...

NENECA. Vos callate que sos solo un intermediario.

PEDRO. Ahora soy solo un intermediario... ¿Quién tuvo la idea? ¡Soy el CEO de esta empresa!

NENECA. Grace, usted es una enterpreuner. Esta pyme ya le está quedando chica. Podría lanzar una startup... Y extender su cobertura de servicios a otras zonas con el desarrollo de una app... ¿Cómo se llama la peluquería?

TÍA GRACIELA. Dame la pata.

NENECA. Marketinero... Bien... Grace, escuchó alguna vez hablar del Customer Avatar...

TÍA GRACIELA. Claro...

MABEL. No. No escuchó...

TÍA GRACIELA. Sí que escuché. Es el cliente ideal.

NENECA. Muy bien. ¿Del branding?

TÍA GRACIELA. Y sí me tomé unos brandings alguna vez...

PEDRO. Empina el branding seguido...

MABEL. (A NENECA.) Mirá Neneca, dejá de venderle espejitos de colores a mi tía... Además entre chinas no nos vamos a pisar las trenzas.

TÍA GRACIELA. ¡Se arma!

PEDRO. (A NENECA.) Nos vamos.

MABEL. Sí, llevatela... Defendela... Hacé lo que no haces conmigo...

TÍA GRACIELA. (Se interpone.) Vayan adónde quieran, pero al perro me lo dejan acá que todavía no hizo la tarea...

NENECA. No, nos vamos nada Pedro. Tu mamá tiene razón. Después de tanto esfuerzo... De haber venido hasta acá. Hasta este suburbio... Perdón, sé que es tu familia... Nunca quise saber demasiado de tu familia... Por eso no preguntaba... Vos me contabas lo que querías, yo escuchaba. Entrabas y salías cuándo y cómo querías, yo esperaba... Y eso para mí era suficiente. Hasta que un día me trajiste a Ringo, nuestro bebé... para que me acompañara las noches que vos salías a trabajar... y por primera vez me sentí una mujer completa con casa, coche, un perro fino y elegante para sacar a pasear por el parque, varios ex pululando, un amante sexy y rústico (A PEDRO.) Querías tanto a Ringo... que hasta creo que un poco me enamoré...

NENECA besa a PEDRO.

MABEL. No aguanto más. ¡Neneca salí de mi casa, llevate a tu perro y dejanos vivir en paz!

NENECA. ¿¡Qué decís?!

TÍA GRACIELA. No hagas una tragedia de esto.

NENECA. (A PEDRO.) ¿Estás enamorado de tu prima trans? Es eso...

PEDRO. (A NENECA.) Pero cómo se te ocurre. Si me conocés. ¿No me conocés? Me conocés...

NENECA. ¿Así que ésta es tu familia Pedro?

PEDRO. Neneca...

TÍA GRACIELA. (*Mira por la ventana*) ¡A Penélope se la está montando el Manchi! ¿No estaba atado?

PEDRO. ¡Si es un enano!

MABEL. ¡Lo usa de banquito al Ringo!

NENECA. Qué saldrá de esa mezcla...

MABEL. Qué intriga ¿no?

TÍA GRACIELA. Sería como cruzar a Claudia Schiffer con una rata amazónica...

PEDRO. ¿A quién le vamos a vender un cachorro ahora?

MABEL. Qué importa de todos modos. (*A PEDRO.*) Llévate a ese perro frígido, a esta mujer que te trata como una cosa y desaparecés de mi vida para siempre.

PEDRO. Mabel te lo ruego...

NENECA. Pedro, mirate... Estás desesperado... Estás haciendo un papelón.

MABEL. Me negaste Peter, y más de tres veces...

PEDRO. (*A MABEL.*) ¡No quise! ¡No tenía opción! ¡Perdoname! Vos sos la única persona que puede entenderme... que me conoce bien. Sabés lo difícil que es ser un hombre en un mundo de mujeres que te exigen protección...

TÍA GRACIELA. Tan difícil como ser una mujer en un mundo de hombres que no se animan a ser lo que realmente son. Y se casan y frustran a toda su prole por falta de amor. Varones condenados al vagabundeo amoroso en la clandestinidad.

NENECA. Cuanto más conozco a los hombres, más amo a mi perro fino y elegante. Gracias Grace. (*A PEDRO.*) Tu madre tiene potencial como entrepreneur.

TÍA GRACIELA. Despabilate Neneca. Yo no soy la madre.

PEDRO. Y Mabel no es mi prima.

NENECA. De eso sí me di cuenta, que no estoy tan ciega. Y además dolió. No parece porque fui educada para ocultar las emociones, pero fue un impacto.

PEDRO. Mabel es mi mujer.

MABEL. Soy su mujer trans. Con papeles.

NENECA. Dolió fuerte. (*A PEDRO.*) Cómo pudiste... comprarnos el mismo perro... Me lo llevo.

MABEL. (*A NENECA.*) Llévate a Pedro también. Tu amante sexy y rústico. Llévatelo y juntalo con tus ex maridos pululantes... ¡Y hagan todos juntos una regia comida por Palermo!

PEDRO. ¡Momento momentito! ¡Que yo voy con quien quiero! (*A MABEL.*) Y con quien me corresponde, porque me quiere como yo la quiere.

MABEL. Pero te vas a perder el viaje a las Cataratas...

NENECA. No hay ningún viaje a Cataratas. Te mentí Mabel, para ver qué cara ponías.

Vamos Ringo, nos vamos a casa... (*A PEDRO.*) Y vos, hacé feliz a tu mujer.

TÍA GRACIELA. Mejor te acompaño... Me llevo al muerto, y los dejó con el degollado...

TÍA GRACIELA acompaña a NENECA y salen.

MABEL. Andate. Llévate tus cosas.

PEDRO. Ahora charlemos. Otro día me las llevo.

MABEL. No. Llévate todo ahora.

PEDRO. Mabel, yo no quería...

MABEL. Sabés que Pedro, yo sí te quería y te quiero con locura. Pero todo tiene un límite. Y tengo algo que confesarte. Fui yo quien soltó al Manchi, para que de una vez por todas, triunfara el amor. Sólo yo pude ver como ese pobre perro la amaba en silencio a ella, a Penélope, tan esbelta, tan fantástica. Despreciándolo desde sus 70 centímetros, con su magnífico pelaje de top model. Frente a ella, tan bella, el Manchi, sucio, feo y retacón. Los Manchis nunca tenemos suerte. Todo nos cuesta demasiado sabés, y cuando lo conseguimos, cuando creemos que lo alcanzamos, pasa alguna desgracia.

PEDRO. Mabel yo te amo. Voy a dejar a Neneca.

MABEL. ¡Farsante! ¡Si fue Neneca la que te dejó!

PEDRO. Porque se dio cuenta de que te amo demasiado.

Se besan.

MABEL. ¿En serio me pensabas llevar a las Cataratas de luna de miel?

PEDRO. ¡Cuándo te mentí yo Mabel!

APAGÓN

LA MUERTE DIGNA

Eleonora Maristany (Ciudad Autónoma de Buenos Aires)

eleonoramaristany@gmail.com

PERSONAJES

HUGO

MAURO

Una cocina comedor. A la izquierda una puerta que da a interiores. Junto a ella, una vieja cómoda. En la pared del frente, un ventanal y la puerta de entrada. En las paredes, algunos cuadros viejos de naturalezas muertas, un banderín de Platense y una foto del Polaco Goyeneche con la camiseta de Platense puesta. En el centro, una mesa rectangular con una silla a cada lado. A la derecha, la cocina donde HUGO revuelve una cacerola mientras come una mandarina. Entra MAURO desde la calle. Abre con sus llaves. Trae una mochila pesada.

HUGO. ¿Qué hacés Maurito? *(Le ofrece un gajo de mandarina.)* ¿Querés?

MAURO. Me siento mal.

HUGO. ¿Qué tenés?

MAURO. Creo que tengo la presión baja. ¿Algo salado no hay?

HUGO. Todavía no. Estoy cocinando agridulce. Comida francesa. Estoy haciendo el curso.

MAURO. Si... Me dijiste.

HUGO. *(Le alcanza un frasco de perfume que hay sobre la cómoda.)* Sentate y olé un poco. *(MAURO obedece.)*

MAURO. ¿Qué es esto? *(Lee la etiqueta.)* ¿Atkinson? ¡Esto está nauseabundo Hugo! Dame un poco de vino. Con eso levanto.

HUGO. *(Le sirve.)* ¿Y qué querés? Debe haberse comprado el último perfume en mil nueve setenta.

MARCOS. *(Bebe.)* Buen vinito te mandaste.

HUGO. Lo merecemos.

MARCOS. ¿Qué festejás Hugo?

HUGO. ¿La vida?

MARCOS. La tuya.

HUGO. No me jodas... Estás transpirando. ¿Querés que llame un médico?

MAURO. No. Estuve así todo el día. No pasa nada. Escuchame... El año pasado cuando me rajaron del laburo, de rodillas vine a pedirle algo de las joyas de mamá. Me tiró doscientos

pesos para que me compre la comida de ese día. Ni las joyas, ni el plazo fijo... ¡Nada! “Ya vas a conseguir otra cosa, el país está emergiendo”, me dijo. No te enojés. Vine esta mañana. Piqué la pared del fondo. *(Saca de la mochila una bolsa de tela toda sucia con joyas adentro y la tira sobre la mesa.)* Estaba ahí. Entre los ladrillos.

HUGO. Vos estás loco ¡Cómo te vas a mandar solo!

MAURO. Estaba seguro que tenía que estar. Tuve suerte. Apenas empecé a picar apareció.

HUGO. ¡Esto es un montón!

MAURO. ¡Un montón de mierda es!

HUGO. ¿Qué?

MAURO. *(Da vuelta la bolsa y desparrama las joyas sobre la mesa. Las revuelve, las muerde.)*

Toda bijouterie barata. ¡Ni dos mangos nos dan por esto!

HUGO. ¿Cómo sabés?

MAURO. Porque las llevé como un boludo a empeñar. ¡Nada! ¡Plástico y metal! ¡Veinte años haciéndonos creer que teníamos una fortuna en joyas! Todo el tiempo recordándonos eso pero que... ¡¡Ojo!! ¡No podíamos tocar ni una antes de que se muera! ¡Muerto de hambre me vió! Sin un mango para pasarle a los pibes y yo como un boludo pidiéndole un anillito de mierda. ¡Cómo me hubiese calmado con solo decirme: “Hijo, no hay nada de valor ahí”! ¡Pero no! Me lo hizo desear como si esas joyas fueran un chupete y yo un bebé que llora y no se calma.

HUGO. Quizás no sabía. Quizás pensó que tenían algún valor. ¿Por qué las guardaba entre los ladrillos entonces?

Se escucha un quejido-grito desde la habitación que linda a la izquierda.

HUGO. Voy yo. *(HUGO sale a la habitación.)*

MAURO revisa algunos cajones como buscando algo. Vuelve HUGO.

HUGO. Se cagó.

MAURO. ¡Otra vez che! ¡No para de cagarse!

HUGO. Y bueno... todavía vive... Se caga. Limpialo, por favor.

MAURO. ¿Otra vez yo? ¡Lo limpié ayer!

HUGO. *(Va a la olla y revuelve.)* Es que siempre me agarra cocinando... ¡Es un asco! Te dije que necesitamos una persona también a la noche.

MAURO. No tenemos guita para pagar dos enfermeras. Y vos nunca te hacés cargo del trabajo sucio. Pareciera que el único hijo soy yo.

HUGO. Andá Maurito, vos lo hacés mejor. A mi no me sale, lo ensucio más, me ensucio yo...

MAURO. Es la última. Mañana vas vos y yo cocino.

HUGO. Mañana... No sabemos si va a haber mañana para él.

MAURO. Dios te oiga. *(Sale.)*

HUGO revuelve. Se escuchan insultos inentendibles.

MAURO *(Desde adentro.)* Dale viejo... colaborá.

HUGO toma una cucharada y prueba lo que está cocinando. Vuelve MAURO con guantes de látex y tapándose la nariz con el brazo.

MAURO. No puedo más.

HUGO. *(Ofreciéndole la cuchara para que pruebe.)* ¿Querés?

MAURO. ¡Vomitara quiero! *(Se quita los guantes y los tira.)* Te dije...Hicimos mal en sacarlo del hospital. *(Se pone alcohol en las manos.)* Muerte digna... ¡Ja! ¿Digna para quién?

HUGO. Para él. Pero tenés razón... Hace tres meses que lo trajimos para que muera en su casa y en su cama y los que nos estamos muriendo somos nosotros.

MAURO. Sin embargo te veo muy tranquilo. Pilcha nueva *(Lo huele.)* Este perfume no es Atkinson. Curso de cocina... ¿Francesa me dijiste? Vino caro... ¿Será el amor?

HUGO. Seguramente. Y no me jodas Mauro. Los dos estamos en la misma. Esperando. Y mientras, comemos algo rico. ¿Está mal?

MAURO. No no. Está muy bien. Y me alegro por vos.

HUGO. *(Sirve dos copas de vino. Brindan.)* Por el amor entonces...

MAURO. Por el tuyo. Porque yo con Fabiana voy para atrás. Hace un mes que ni la veo. Hablamos por teléfono por algún que otro tema de los pibes que son cada vez menos. Ya están grandes.

HUGO. ¿El plan de reconquista no funcionó?

MAURO. Sin laburo y con el ánimo por el suelo no podés conquistar ni a tu ex mujer, creeme.

HUGO. Y se puso tan linda... *(Sigue revolviendo.)*

MAURO. ¿Quién?

HUGO. Y... ¡Fabiana! ¿De quién estamos hablando? ¡De Fabiana!

MAURO. ¿Y vos cómo sabés?

HUGO. Porque me la cruzo bastante seguido en el mercadito de la vuelta de casa. ¿No te dije?

MAURO. No.

HUGO. Ah... pensé que sí.

MAURO. ¿Y qué hace ahí?

HUGO. Y... compra.

MAURO. No te hagas el boludo Hugo. ¿Vive en el Abasto y se va a comprar al mercadito de Parque Patricios?

HUGO. Cómo se ve que no le comprás comida ni al gato... ¿Vos sabés la diferencia de precios que hay entre un barrio y otro? ¿Sabés la guita que se ahorra viniendo al mercadito de mi casa? Yo se lo recomendé. Y de tanto viaje y caminata se puso flaquita y linda.

MAURO. Siempre fue linda.

HUGO. Bueno, no sé... Yo la veo más linda.

MAURO. Mirá vos. *(Pausa. MAURO se acerca a la habitación. Se queda en la puerta mirando para adentro.)*

HUGO. *(Probando la comida.)* Esto está quedando... ¿Qué pasa?

MAURO. Los papeles del plazo fijo no aparecieron... ¿No?

HUGO. No. Revolví todo. Este agridulce me está saliendo muy bien.

MAURO. La pasta de ayer de francesa no tenía nada. Bien tana era.

HUGO. Esa la aprendí de la vieja... Me levantaba temprano los domingos para verla amasar. Se mataba dándole a la masa. Desde las cinco de la mañana preparando la salsa con la conserva y le daba cuatro horas de cocción para que la carne salga bien tiernita. Y yo ahí... No podía parar de mirarla. Tan flaquita... El pelo rubio larguísimo que se recogía para que no cayera ni uno en la comida... Hermosa. ¡Cata te salió igualita!

MAURO. Un poquito más rebelde diría yo.

HUGO. ¿Y qué querés? ¿Que a los dieciseis años sea una monjita de clausura? Dejala vivir.

MAURO. ¡No, si vive! Ahora vive con el pelo azul.

HUGO. La vi en su foto de perfil. Ayer me escribió. Quería saber qué dijo el médico. La piba se ocupa del abuelo. Lo quiere.

MAURO. Sí. No sé por qué pero lo quiere.

HUGO. La verdad es que con los chicos fue un buen abuelo.

MAURO. Ponele.... ¿Y qué dijo el médico?

HUGO. Más de lo mismo. Está mal. Ayer con mucha presión.

MAURO. Esta espera se me hace insoportable.

HUGO. A mi también hermano. ¿Pero qué vamos a hacer?

MAURO. Nada.

HUGO. Por eso, no se puede hacer nada. Solo esperar. No hay plan B.

MAURO. No me entendés. Cuando digo nada, quiero decir justamente eso. Nada. Que lo que podemos hacer es... nada. ¿Me entendés?

HUGO. No.

MAURO. Si Huguito. No te hagas el boludo. Estás entendiendo. ¡Hay plan B! Y lo sabés.

(Pausa larga. Se miran.) Decime una cosa... ¿Dónde está tu dolor?

HUGO. ¿Qué?

MAURO. Si si... Tu angustia, tu pesadumbre... ¿Dónde está? Porque hace seis meses que se está muriendo y vos no derramaste ni una sola lágrima. Es más... ¡Radiante te veo! Cursos de cocina, pilcha nueva, perfumes, risas, chistes...

HUGO. ¿Y eso qué tiene que ver? Cada uno lleva su dolor como puede... ¿Qué sabés vos cómo llevo el mío? ¿Con quién me descargo y me consuelo? ¡Nada sabés! Y a vos tampoco te veo muy dolido.

MAURO. Porque no lo estoy.

HUGO. ¿Cómo que no?

MAURO. No Hugo... no lo siento, no me sale. Hago fuerza para recordar buenos momentos y que eso me sensibilice. Pero no los encuentro.

HUGO. ¿Ah, no? Mil momentos buenos te puedo hacer recordar.

MAURO. Uno solo... Con uno me alcanza... *(Pausa.)* Te escucho.

HUGO. Cuando te llevó a probarte en Platense y quedaste. ¡Era tu sueño!

MAURO. Mirá esto... *(Se levanta la remera y le muestra una cicatriz en su espalda.)* Me la hizo él a cinturonzos después de un partido en el que le erré a todas... "Mi hijo tiene que ser el mejor, o no ser", me dijo... ¿Te acordás?

HUGO. ¿Cómo no me voy a acordar? Mamá se metió en el baño y se quedó toda la noche llorando.

MAURO. Toda la noche no. Porque él se encargó de arrastrarla hasta la cama y obligarla a quedarse ahí. Y no la dejó curarme. Lo tuviste que hacer vos.

HUGO. Toda la noche poniéndote paños con agua oxigenada... Llorabas... Y yo lloraba con vos... ¿Y sabés qué hacía para distraerte del dolor? Te decía que cuentes cuántos muñequitos del chocolatín Jack había en mi mesa de luz. Yo los coleccionaba... ¿Te acordás?

MAURO. Todos en filita los tenías.

HUGO. Tenía ochenta y seis. Y vos los contabas bien, y me decías "ochenta y seis" mientras yo te curaba y se te caían las lágrimas. Entonces te lo negaba. "No, hay ochenta y siete..." Y vos volvías a contar uno por uno... Y había ochenta y seis... Y así te curaba. Distrayéndote.

MAURO. Dolía eso. Y vos debés tener alguna cicatriz también.

HUGO. ¡Lleno de cicatrices estoy! Y no solo en el cuerpo. ¡Pero no es el momento ahora! Ahora está indefenso y nos necesita.

MAURO. Si... Como lo necesitaste cuando te pudo haber hecho salvar de la colimba con ese amigo que tenía y no lo hizo... De eso también te acordás, estoy seguro.

HUGO. *(Pausa. Comienza a cebarse en el recuerdo.)* De rodillas se lo pedí. "¡No señor!", me dijo. "¡Un hijo mío hace lo que debe hacer! ¡Por algo lo crié bien machito!..." Dos años de marina me comí... ¿Sabés las veces que me mordí los codos para no contarle todo? ¿Por no aparecer de la mano con Pablo y decirle "Qué hacés viejo? ¿Te acordás del capitán Uribarrea? Ahora es mi novio. Te lo presento."

MAURO. ¡Qué lástima que no lo hiciste hermano! Hubiésemos adelantado todo esto.

HUGO. *(Se acerca a la habitación y le grita hacia adentro.)* ¡Mirá qué machito me hizo la colimba papá! ¡Puto te salió el pibe!

MAURO. ¡Brindemos por eso! *(Brindan y beben.)* No lo quiero hermano. No me nace quererlo. No puedo esperar más. Necesito la plata.

HUGO. ¿Qué plata? Con el tema del plazo fijo no podemos hacer nada. Y la guita está ahí.

MAURO. La plata de la herencia. La mitad de esta casa. Pero la necesito ya.

HUGO. ¿Y por qué tanto apuro?

MAURO. Porque estoy endeudado hasta las pelotas. Hace dos meses que no le puedo pasar la mensualidad de los chicos a Fabiana. Ya me puso un abogado.

HUGO. Yo no te puedo ayudar en esa...

MAURO. No te estoy pidiendo que me ayudes. Pero tengo que hacer algo.

HUGO. ¿Algo como qué?

MAURO. Eso que está ahí no es una persona Hugo... Está gris. Y vos lo dijiste antes. Somos nosotros los que nos morimos con esta espera. *(Grito desde adentro.)*

HUGO. *(Desconfiado.)* Dejá... Voy yo.

MAURO. Si... Andá vos.

HUGO sale.

HUGO. *(Desde adentro.)* ¡¡¡Viejo...Viejo!!!... *(Pausa. Vuelve.)* Se murió.

Se quedan un instante mirándose. Pausa.

MAURO. ¿Estás seguro?

HUGO. ¡Y si boludo!...No respira.

Entran los dos a la habitación. Silencio largo. Se oye un grito del viejo y los dos hermanos vuelven de la habitación eyectados.

MAURO. ¡La puta madre qué susto! ¡Te dije si estabas seguro! ¡Hasta para morirse es un jodido!

HUGO. ¡Pero te juro que no respiraba!

MAURO. Te habrá parecido. Siempre me cagó... literalmente. ¡Siempre! Y ahora me sigue cagando.

HUGO. *(Reponiéndose del susto. Agitado.)* Bueno... a tener paciencia hermano. Vamos a comer.

MAURO. No tengo paciencia. Ni tiempo.

HUGO. Vamos... Son los últimos tramos. Ya sé que fue jodido.

MAURO. ¡Muy! Acordate cuando dejó a mamá para irse con Gise.

HUGO. ¿Con quién?

MAURO. Con Gisella.

HUGO. ¿Gise? ¿Le decís Gise a la pendeja?

MAURO. Si... qué se yo... Gisella, Gise... es lo mismo. Y no es una pendeja. Es una mujer.

HUGO. Antes era una pendeja.

MAURO. Para él era pendeja.

HUGO. ¿La volviste a ver?

MAURO. A veces.

HUGO. ¿A veces?... Te conozco...

MAURO. ...

HUGO. ¿Te estás acostando con la mujer de tu viejo? ¿Por eso lo dejó?

MAURO. ¿Qué mujer? ¡Haceme el favor! ¡Nunca fue su mujer! Nos flechamos apenas nos presentó. Tenemos los mismos gustos, compartimos la misma música, nos gustan las mismas películas... Qué se yo... Nos gustamos. Nunca se lo quisimos decir porque ya estaba enfermo.

HUGO. Me dejás helado.

MAURO. Nunca lo quiso. En algún momento se sintió protegida por él porque la sostuvo con plata y su familia es muy humilde. Pero fue solo eso. A mi me quiere. Nos queremos. Y queremos vivir juntos. Está embarazada.

HUGO. ¡Ah bueno! ¡Sos un pato criollo! Un paso una cagada.

MAURO. ¿Por qué una cagada? ¿Cual es la cagada? ¿Apostar de nuevo con alguien que también quiere apostar conmigo? Mis hijos ya están grandecitos como para entender. Fabiana se va del Abasto a Parque Patricios más linda que nunca, según vos... ¿A qué? ¿A comprar zapallitos más baratos? No, a mi no. Anda con alguien y no me lo querés contar.

HUGO. A mi no me metas en esa... La sentás y se lo preguntás.

MAURO. No hace falta. Mirame.

HUGO desvía la mirada.

MAURO. ¡Mirame!

HUGO lo hace.

MAURO. Seguís siendo transparente. Por lo menos para mí. Es el tipo de la dietética del mer-

cado. Fuimos juntos un día que ya estaba todo podrido entre nosotros. Ví cómo se miraban. Era evidente. Me hice el gil, me dio mucha fiaca meterme en ese berenjenal.

HUGO. *(Después de una pausa.)* A ver Maurito... ¿Qué querés hacer? ¿Matarlo?

MAURO. No.

HUGO. ¿Cuánto más puede durar? Recién dejó de respirar.

MAURO. No dejó de respirar. Lo hizo a propósito. A veces creo que lo escucha todo y se ríe de nosotros.

HUGO. No puede hacer eso.

MAURO. Andá a saber... *(Grito desde adentro.)*

HUGO. Es grito de haberse cagado.

MAURO. Yo no voy.

Pausa.

HUGO. Yo tampoco.

Se quedan mirándose. Pausa larga.

HUGO. ¿Ponemos la mesa?

MAURO. Hoy juega el calamar.

HUGO. A ver si ascendemos de una vez por todas. *(Comienzan a poner la mesa mientras cantan bajito.)* “Y dale alegría alegría a mi corazón, lo único que te pido es que ganemos hoy, el campeonato local es mi obsesión, tenés que dejar el alma y el corazón...”

Comienza a bajar lentamente la luz sobre el canto hasta apagón.

FIN

EN CARNE VIVA

Mónica Maffía (Ciudad Autónoma de Buenos Aires)

monicamaffia@gmail.com

PERSONAJE

ACTOR

Un célebre actor –en plena función de estreno- interpreta con vehemencia el monólogo final de “Un enemigo del pueblo” de Ibsen.

ACTOR. Quieren que compre la contaminación de las aguas, el diario, el público... ¡que compre la contaminación de toda la ciudad a cambio de transformarme en un héroe! ¡No soy un héroe! ¡Soy el enemigo! Y pronto van a saber qué clase de enemigo soy. Voy a afilar mi lapicera como una daga.

El ACTOR hace una breve pausa dramática. Retoma el texto con ferocidad.

Ustedes, todos ustedes, *amigos del pueblo* van a sangrar antes de que termine. Vayan, firmen la petición. Y que ni se les ocurra llamarme cuando se enfermen. La verdad va a salir.

Se empieza a sentir mal.

¡Hagan sonar las alarmas!

Interrumpe la representación. Tras un instante de perplejidad se acerca a la pata del escenario o algún lugar del área escénica donde tiene escondida una botellita de agua y una toalla. Se seca la frente y bebe.

No puedo más. No puedo más.

Finalmente con la toalla al cuello y la botellita en la mano, se acerca a proscenio.

Estimado público, críticos, compañeros de elenco, director. Mis disculpas pero no puedo continuar la función. El malestar que siento va más allá de lo físico.

Esperé durante años ¡años! la oportunidad de interpretar este rol y pronunciar el gran monó-

logo del Dr. Stockmann. Me conmovía la lucha solitaria del médico consciente de que cierto emprendimiento turístico en su pequeña ciudad balnearia era una amenaza para la salud, mientras el intendente -que era su propio hermano- avalaba el proyecto y los habitantes optaban por el beneficio económico que les daba cerrar los ojos a la contaminación de las aguas. ¡Qué grande Ibsen, qué visionario! A fines del siglo XIX describe una situación que salta del teatro a la vida real de nuestros días y desde entonces no hizo más que empeorar. El crudo retrato de una sociedad corrompida que no hace caso a las advertencias del médico honesto, el intento de comprar su silencio, el ensañamiento porque no lo logran y la humillación de que lo llamen “el enemigo del pueblo”.

Sí, este rol es un sueño que tengo desde hace años. Sin embargo, ahora que me lo gané y que tuve la suerte de trabajarlo con un gran director y junto a mis compañeros con quienes desde hace veinte años comparto este escenario del querido “Ensamble de Teatro Clásico”, ya no puedo hacerlo. Tengo tal dolor espiritual de ver que la realidad supera la ficción y me estalla en la cara, que ya no puedo seguir. No es el personaje quien está quebrado emocionalmente por el doble discurso de las autoridades y de su gente, sino yo mismo.

No puedo continuar ni con la obra ni con la compañía.

Lamento hacer esta conferencia de prensa improvisada, no es mi estilo pero estoy en carne viva. Permítanme explicarlo mejor.

Llegué al teatro como un adolescente desencantado con las actividades que sí disfrutaban chicos de mi edad pero que a mí no me interesaban y encontré en los clásicos respuestas a mis preocupaciones. Encontré mi vocación y se abrieron nuevos interrogantes. Saqué un abono para menores de veinte años y vi todas las obras del “Ensamble de Teatro Clásico”.

Estudí con los grandes maestros de la Argentina; me anoté en cuanto taller encontré de técnica vocal, canto, expresión corporal, esgrima, clown, todo lo que consideré que podía sumar para crecer como actor y como persona.

Me presenté a varios castings para hacer mi experiencia y ganar solvencia para cuando pudiera presentarme a una convocatoria del “Ensamble”. Soñaba con ser parte de esta compañía algún día y ¡llegó el momento!

Había que audicionar con el monólogo de “Segismundo”, un fragmento del “Tartufo” y algo breve a elección de cada postulante.

Estudí las formas de recitar los versos de Calderón con un especialista y parece que fui bastante convincente con aquello de:

“¿Qué delito cometí contra vosotros naciendo?

Aunque si nací ya entiendo qué delito he cometido.

Bastante causa ha tenido vuestra violencia y rigor

pues el delito mayor del hombre, es haber nacido.”

Para Tartufo trabajé las técnicas de improvisación y los pasos heredados de la Commedia dell' Arte transfigurados por Molière, para conocer bien el estilo:

“¿Por qué me defiende ahora que sabe que he cometido este crimen? ¿Sabe usted de qué soy capaz? Usted se deja engañar por las apariencias y yo estoy muy lejos de ser lo que muchos se figuran. Todos me tienen por un hombre de bien pero la verdad es que no valgo absolutamente nada. Tráteme de pérfido, de infame, de perdido, de homicida, de ladrón, de insultos peores aún. No lo contradiré porque lo merezco y quiero sufrir de rodillas la ignominia de sus palabras como expiación de los pecados de mi vida.”

Fue divertido. Luego, como opción personal, elegí un poema en lugar de un texto teatral, un poema larguísimo: “El Cuervo” de Edgar Allan Poe. Dí por sentado que no me dejarían recitar más que una o dos estrofas así que empecé:

“Una noche que mediaba triste y fría
cavilaba sobre libros de leyendas
que existían tiempo atrás.
Meditaba adormecido
cuando –débil- a mi oído
de repente llegó un ruido
que venía del portal.
Murmuré: “es un visitante
que a mi puerta quiere entrar.
Eso es todo, nada más.”

Para mi sorpresa, me dejaron seguir y seguir. Y vino la parte que más me gustaba:

“¡Emisario del Averno! ¡Ave o ente del infierno!
¡oh, profeta! Donde horror siniestro mora
dile a mi ánima que implora por la pálida Leonora
si hay un bálsamo en Galaad
¿para alivio de mis penas hay un bálsamo en Galaad?”

Dijo el cuervo. “Nunca más”

Así fue como me incorporaron en el Ensamble para debutar con el rol de Leonardo en “Bodas de Sangre”. ¡No lo podía creer! Lloré toda la noche, no me podía dormir de la emoción. Recién al día siguiente –más calmado- pude compartir la noticia con mis padres. Habían apoyado cada búsqueda mía, acompañado cada decisión. Estaban orgullosos y felices.

Otro rol soñado: “Hamlet”, me permitió aprender sobre la conducta humana, sobre la hipocresía de los gobernantes y la traición de los amigos. Larguísimos ensayos durante varios meses, pero disfruté cada minuto. Y además... por primera vez en mi vida, me enamoré hasta la médula. Pero no de la actriz que interpretaba a Ofelia; no, de Laura, la escenógrafa, a quien no veía tan seguido como a la actriz así que las oportunidades de acercarme con naturalidad no eran tantas y esto contribuía a la melancolía de mi personaje.

Recuerda conmovido.

Petrarca... Soneto a Laura... el aura... laurel...

“Bendito sea el año, el punto, el día,
la estación, el lugar, el mes, la hora
y el país, en el cual su encantadora
mirada encadenose al alma mía”

La vida siguió por otro rumbo: contacto con distintos públicos y paisajes durante las giras, grandes artistas que se sumaban al grupo o hacían participaciones especiales.

Un día, un nuevo espectáculo me volvió a reunir con Laura pero entonces, al verla trabajar con tanta pasión diseñando telones que fijaba en el piso y pintaba de pie con enormes pinceles, haciendo tallas de telgopor que después se lucían en los grandes escenarios líricos, así, así, desde la madurez y la admiración por su arte, compartiendo largas caminatas pude vislumbrar el amor con mayúsculas y no la dejé ir.

Hace algo más de dos años decidimos formar una familia. Consciente de que los efluvios de disolventes, pinturas, adhesivos propios del trabajo escenográfico serían perjudiciales en el caso de un posible embarazo, mi mujer optó por proyectos menos creativos pero más seguros y se embarcó en el diseño espacial y dirección técnica de la instalación de esta nueva cámara negra y el retapizado de las butacas. Todo esto, gracias a la incorporación de un nuevo mecenas del “Ensamble de Teatro Clásico”: la empresa “Textiles de Alta Gama”.

Es una empresa especializada en el tratamiento de sargas de algodón para telones cortafuegos y para textiles escénicos y de tapicería. Retarda la inflamación cuando son expuestos a las llamas. Eso las hace ideales para un teatro porque aquí todo está basado en electricidad y suele haber accidentes. Todo con aval legal y con el debido certificado de los organismos reguladores.

El problema es que nadie aclara que las sustancias que los vuelve ignífugos son contaminantes, que suelen afectar las tiroides de una embarazada y también el crecimiento de los embriones.

En resumen, el contacto con las telas especiales le produjo a Laura un aborto espontáneo cuando apenas sospechábamos que estaba embarazada.

Ese fue el primer golpe que recibimos. Nos tomamos un mes de vacaciones, lejos de todo: aire puro, paisaje y descanso.

Al regresar pedí una reunión con el Secretario General del Ensemble para ver qué indemnización, licencia de trabajo o reconocimiento podría tener Laura desde el departamento legal dado que encuadraba en lo que podríamos llamar “accidente de trabajo”. Y qué apoyo de recuperación y tratamiento brindarían desde el plan de salud.

Tardó un buen par de semanas en contestar y darme una fecha... para el mes siguiente. Me armé de paciencia y me presenté en su oficina en la fecha propuesta. Aunque dijo que elevaría el asunto al Director de Producción y me convocarían para una reunión, esto no sucedió. Pasaron dos, tres meses... y nada. Si lo veíamos en el teatro, esquivaba la mirada. Le envié un recordatorio pero no acusó recibo.

Mientras tanto, Laura y yo nos ocupábamos de trabajar nuestra fuerza interior para seguir adelante, nuestras caminatas se transformaron en rutina de ejercicios, dieta sana con productos orgánicos y a seguir celebrando la vida.

Ante la falta de respuesta del Secretario General, contacté directamente al Jefe de Producción para plantearle lo sucedido con “Textiles de Alta Gama”. Subrayé la demora injustificada de respuesta tras un año de gestiones para acordar la reunión. Tuve una inmediata y amable respuesta diciendo que se ocuparía personalmente. Todavía estamos esperando.

Empezamos a soñar con irnos a vivir a las afueras, cambiar de aire en cuanto nuestra economía doméstica lo permitiera, tener espacio verde para cultivar algunas verduras y hacer nuestros los versos de Fray Luis de León:

“Del monte en la ladera,
por mi mano plantado tengo un huerto,
que con la primavera
de bella flor cubierto
ya muestra en esperanza el fruto cierto.”

Otro mecenas, pero de los enormes, el gigante “Naturaleza Química”, sumó sus aportes al “Ensemble de Teatro Clásico”. Eso permitió programar espectáculos más grandes. Es una empresa que tiene dos ramas: la famosa cadena de farmacias “NQ” y otra rama vinculada al agro: “Elementales de la tierra”, semillas, pesticidas, esas cosas.

Tuvieron un gesto amable con los integrantes del Ensemble, nos regalaron sobres de semillas. Podíamos elegir plantas de cultivo o hierbas aromáticas: orégano, albahaca, ciboulette... elegí semillas de tomate.

La idea de la casa en las afueras empezó a ser una realidad con un nuevo y magnífico rol protagónico: la tan esperada oportunidad de interpretar al Dr. Stockmann de “Un enemigo del pueblo” de Ibsen.

Laura prefirió no estresarse viajando al centro todos los días, ni exponerse a tantos contaminantes en el teatro así que trabajaba desde casa en diseños escenográficos.

Mi sueldo mejorado nos permitía ese lujo. Empezó a hacer yoga absorbiendo ese aire puro, lejos de la ciudad y a cultivar la huerta. ¡Qué alegría la primera ensalada de lechuga orgánica producida por nuestras propias manos! Y que la semilla que sembramos hubiera traído de la mano a la semilla humana que felizmente mostraba el “fruto cierto” en la pancita de Laura.

Los tomates crecieron rápidamente pero las semillas que les sacamos para volver a plantar no brotaron así que tuvimos que comprárselas otra vez a “Elementales de la tierra”, la única marca disponible. Nos pasó lo mismo con otras plantas que daban sus frutos pero no lográbamos reproducirlas de sus mismas semillas. Creíamos que se nos había perdido la habilidad de “dedos verdes”.

(Irónico) En el vivero nos asesoraron muy bien. Nos dijeron que quizás había un desequilibrio entre fertilizantes y pesticidas o que un exceso de riego podría haber afectado nuestros modestos cultivos pero lo bueno de las semillas de “Elementales de la tierra”, era que ya venían recubiertas con todo lo necesario para brotar bien y asegurarnos de tener una huerta libre de bichos. ¡No había que agregarle nada ni gastar en más insecticidas! Para no tener que esperar a que crezcan de cero, nos llevamos también algunos plantines.

Había uno muy especial para nosotros: un pequeño laurel en homenaje a aquel del “Soneto a Laura” de Petrarca que tantas veces le había recitado en nuestras primeras citas. Volvimos felices a casa cantando como chicos:

*“Mírenme, soy feliz
entre las hojas que cantan
Cuando atraviesa el jardín
el viento en monopatín.”*

Pronto Laura empezó a sentir rechazo por los tomates de nuestra huerta. El obstetra detectó síntomas de intoxicación y ordenó algunos estudios. Además de cambios inquietantes en el electrocardiograma, la sorpresa fue encontrar en el análisis de sangre una cantidad de sustancias tóxicas que podían venir de los lugares más diversos: “¿tabaco?” no fumamos, “¿exceso de frituras?” rara vez consumimos fritos, “¿cocción en sartenes con antiadherentes?”, no tenemos ese tipo de batería de cocina.

Cuando focalizó sobre insecticidas, recordamos la super oferta del vivero: semillas con su propio plaguicida incluido. Se olvidaron de decirnos que la cobertura pesticida de las semillas

la absorbe la planta cuando crece y al comer productos de nuestra huerta lo habíamos ingerido en pequeñas dosis.

(Indignado) Este pesticida es altamente peligroso para una embarazada ¡las toxinas se concentran en la sangre del cordón umbilical! Laura estuvo otra vez bajo alto riesgo y casi perdimos el bebé. Como una burla perversa, el antídoto lo vendía la misma empresa pero desde su marca “Naturaleza Química”. Es decir, “Elementales de la tierra” nos vendía semillas estériles para obligarnos a volver a comprarles a ellos, nos envenenaba con los pesticidas con los que recubrían las semillas y después nos vendía el remedio bajo la marca farmacias “NQ”. Un círculo vicioso. Una genialidad perversa de nuestro sponsor. Por suerte, Laura ya está completamente repuesta y el bebé fuera de peligro.

Después de haber intentado mil caminos de diálogo con los directivos del Ensemble que llevan dos años postergando respuestas para evitar que mi malestar se filtre a los medios, acabo de ver con claridad que este protagonismo no ha sido un logro artístico o un premio a mi trayectoria, sino una forma encubierta de que canalizara a través del rol mis reclamos. Han intentado que confunda la ficción con la vida. Aquí se ha subestimado mi inteligencia y eso me ofende.

Pero además ahora veo la incongruencia –por no decir inmoralidad- de programar una obra con los valores que exalta “Un Enemigo del Pueblo” y tener entre los auspiciantes del espectáculo a *(parodiando una publicidad televisiva)*:

“Pureza de Manantial:
de la naturaleza
a su mesa”

Cuando es sabido que en la planta “modelo” de la que tanto se jactan, para dar flexibilidad a esta botellita utilizan sustancias tóxicas que contaminan el medio ambiente. Habrá que ver si el agua de manantial efectivamente es de manantial o si es tan pura.

Abolla la botellita y la pateo fuera de escena.

Esta evidencia que tuve -como una revelación- durante la función, es la gota que colmó el vaso de mi frustración: la compañía de teatro no puede depender de sponsors moralmente inaceptables.

Por eso, como considero que la falta de respuesta es una respuesta, ya no puedo continuar en el Ensemble, no quiero ser cómplice de la destrucción del planeta, del “eco-cidio” que están produciendo sus sponsors.

Vengo a denunciar la hipocresía de las autoridades del “Ensemble” que, aceptan dinero de las

mismas fuentes que –bajo la trampa de un discurso ecológico- degradan el medio ambiente. Esto nos está pasando a todos, dentro y fuera del teatro. El sistema está enfermo.

Todas estas firmas que he nombrado, tienen subsidios del estado, están exentas de impuestos y tienen la desfachatez de aparecer como mecenas culturales cuando se llevan del presupuesto más de lo que ponen disfrazándolo de buenas acciones.

Hace falta discutir sobre la ética de financiación de las artes ¿quién quiere hacer los grandes clásicos que indagan sobre el destino, sobre la finalidad de la existencia, si los espectáculos están financiados por traficantes de venenos, de armas o de esclavos? ¿Por qué se presta a esto el “Ensamble de Teatro Clásico”? ¿Por qué naturaliza un sistema económico que destruye el medio ambiente y por ende nos destruye a todos? ¿Por qué permite que se lleven el mérito de ser considerados “mecenas” como si les interesara el arte y la vida?

Cuando nos eligen como actores de esta compañía no solamente evalúan el potencial artístico de los integrantes sino también su responsabilidad hacia el trabajo y su ética profesional. ¿Por qué no miden a los sponsors por su ética empresarial? Ahora resulta que para compartir nuestras artes con el público, debemos ser socios de grupos que son arte y parte de la destrucción del planeta. No, no, no. No quiero ser cómplice.

Trata de ordenar sus pensamientos.

¿Acaso no dice Shakespeare: “todo el mundo es un escenario y todos los hombres y mujeres, simplemente actores”?

En este momento esa frase se me presenta con un carácter biológico. El teatro como un hábitat que reproduce lo que sucede en el planeta. Repasemos lo que fui enumerando y traten de no asustarse. “Todo el mundo es un escenario”.

El escenario, como otras piezas fundamentales del teatro, está construido en madera. Hay madera por donde miren:

Golpea el escenario, baja a la platea, pasea entre el público como un guía de turismo señalando los elementos que va mencionando y se acerca a hablarles a los espectadores individualmente.

Las varas para los artefactos de luz, las gradas para subir y bajar a platea, las barandas, el piso, las butacas mismas, las escalinatas para acceder a las filas superiores de la platea. Prácticamente toda maquinaria escénica y las escenografías. La madera se pule y se protege con barnices o se pinta. Por cuestiones de mantenimiento, cada tanto se vuelve a pintar, entonces hay que volver a aplicar disolventes. Varios de estos elementos tienen componentes que están prohibidos y otros deberían estarlo porque puede producirnos irritaciones en los

bronquios, reacciones alérgicas, complicaciones digestivas como tuvo Laura. O trastornos neurológicos y riesgo de aborto como tuvo Laura.

En nuestras casas estamos en contacto diario con productos de limpieza, ambientadores en spray que perfuman el hogar y los negocios, insecticidas que en muchos casos también contienen estas sustancias tóxicas.

¿A ver? ¿Qué más tenemos en los teatros? telones, alfombras, tapizados, ya mencionamos que son tratados con esas sustancias anti-inflamables que produjeron el aborto de nuestro primer embarazo y que pueden afectar las tiroides. Lo que no dijimos es que se limpian con productos de lavado a seco que afectan las vías respiratorias y pueden producir asma.

¿Otro material de uso básico en los teatros? El papel. Carteles, esos programas de mano con los que se están abanicando, cartón para la escenografía, todo indispensable para la actividad teatral. El problema es la fabricación del papel, el catálogo de problemas ambientales que surgen de una planta de producción de pasta de celulosa. No sólo por el consumo de agua –un bien que debemos cuidar porque el agua dulce, esencial para la vida, ya es escasa- sino porque contamina los ríos produciendo inundaciones tóxicas en áreas fértiles.

Ya ven cómo “todo el mundo es un escenario”, cómo estamos expuestos y cómo depende de nosotros cuidarnos porque en ese escenario que es nuestro planeta “todos los hombres y mujeres” somos, como dice Shakespeare, “simplemente, actores”.

¿Y saben qué? Shakespeare también nos habló del cambio climático y responsabilizó por eso a los gobernantes. ¿No me creen? En “Sueño de una noche de verano”- una discusión matrimonial entre Oberón y Titania que son los reyes de mundos sutiles- desencadena una verdadera lucha de poder con estos resultados medioambientales que describe Titania:

“Nunca -desde el comienzo del solsticio de verano- hemos podido reunirnos con mis hadas para hacer nuestra danza de los vientos en colinas, valles, bosques o prados, junto a fuentes o arroyos o en la costa del mar, sin que aparezcas para molestarnos con tus peleas.

Por eso los vientos que nos silbaban en vano, en venganza han levantado las nieblas del mar y las han derramado sobre los ríos que han crecido de tal forma que aún los más pequeños han producido grandes inundaciones. El trabajo de bueyes cargando su yugo ha sido en vano, los labradores -sudando su frente- han arado los campos pero el maíz se pudrió en su tallo antes de madurar. Los rediles están vacíos en los campos anegados y los cuervos se ceban con la carroña de las ovejas infectadas.

Los campos de juego están cubiertos de barro. Los seres humanos necesitan el invierno, las noches ya no están bendecidas con himnos sagrados y villancicos. Por lo tanto la luna, que gobierna las mareas, pálida de ira ha llenado el aire de enfermedades. Y por esta destemplanza las estaciones están cambiadas: escarcha blanca cae sobre las rosas rojas, y como una burla, el invierno se pone sobre su corona helada, una guirnalda perfumada de capullos de verano. La primavera, el verano, el fértil otoño y el invierno furioso cambian sus trajes, y

ahora el mundo confundido ya no sabe cuál es cuál. Y esta generación de males proviene de nuestra discusión, de nuestra discordia. Somos responsables por esto.”

Vuelve al escenario y deja la toalla. Se acomoda la vestimenta como estaba en la función de “Un enemigo del pueblo”.

¿Qué me dicen? En el mundo de las hadas los gobernantes se hacen cargo de los estragos que causan y del sufrimiento que nos infligen.

Regresa a la misma posición en la que interrumpió el monólogo de Ibsen.

Pero ahora ya perdimos la inocencia.

Las luces vuelven a cerrarse sobre el Dr. Stockmann que suelta el final del monólogo como un alarido.

“Ustedes, todos ustedes, *amigos del pueblo* van a sangrar antes de que termine. Vayan, firmen la petición. La verdad va a salir. ¡Hagan sonar las alarmas! ¡La verdad ya salió, está al acecho como un león en la calle! ¡Hagan sonar las alarmas!”

APAGÓN.